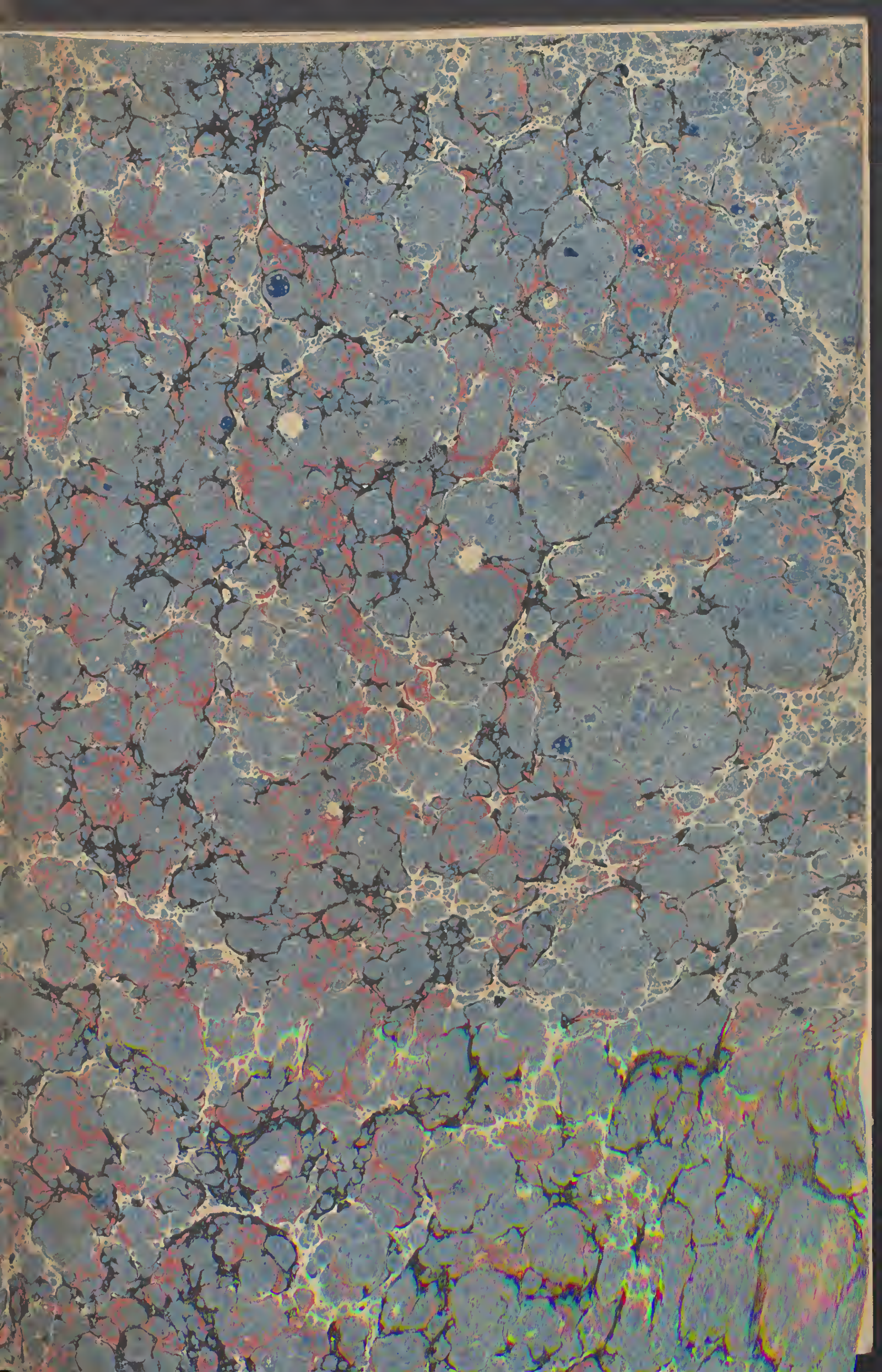






EL
PROSCRIPTO.

EPISODIOS

DE LA

TRAGICOMEDIA DEL SIGLO XIX,

DE

J. Heriberto García de Quevedo.

De la montaña desciende
El rio precipitado,
Párase un poco en el prado
Y empieza á serpentear:
Pero ¡ay triste! ¿qué pretende,
Un paso y otro torcido,
Si para el mar es nacido,
Y ha de morir en el mar?

(*D. J. Manuel de Arjona*, penitenciario de Córdoba.)

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPÍA DE M. RIVADENEYRA,
Salon del Prado, núm. 8.

1852.

Parve (nec invideo) sine me, liber, ibis in urbem
¡Hei mihi! quò domino non licet ire tuo.

Ovidio, *Elegia* 1.ª *de los Tristes.*

A su amigo D. Franc.co Escudero
Memoria del autor.

A .....

Una página en blanco es cada historia
A los ojos del mundo indiferente;—
—¡Pueda á tu corazon ser la presente,
De un amigo infeliz dulce memoria!

AL QUE LEYERE.

Heme propuesto, amigo lector, escribir una serie de poemas que, tendiendo todos al mismo fin, formen, al modo de los eslabones de una cadena, y segun mis cortas fuerzas alcanzaren, si no el complemento rico de belleza y conviccion, el feto, siquiera informe, de la grande epopeya humanitaria que las orgullosas miserias de nuestro siglo, descreido y egoista, imperiosamente reclaman.

El Proscripto, que ahora te presento, es el tercer eslabon de aquella cadena que empecé con los otros dos que acaso te sean desconocidos : *Delirium* y *La segunda vida.*

El pensamiento civilizador, que atraviesa como una línea tangible y de un polo al otro dichas obras, es el mismo en el fondo, siquiera distinto en los medios : — el pensamiento moral del Evangelio — la redencion por el amor.

¡Amor! pasion sublime, de la cual emanan todas las que ensanchan, elevan y divinizan el corazon, desde la blanda y fácil piedad hasta el difícil y encumbrado heroismo; así como del contrapuesto polo, la indiferencia, nacen todos los que le esterilizan y depravan, desde el egoismo pasivo hasta la mas execrable perversidad. — Pero esto no es de aquí.

Acaso no falten críticos escrupulosos que me acusen de monotonía; pero, dejando aparte que yo para tí, y no para ellos, escribo, ¿no es por ventura la misma nuestra humana miseria, cualesquiera que sean las fases exteriores de que se revista ?—No es siempre y exclusivamente el amor la su-

prema palanca de redencion de que se sirve la divina Providencia para la ejecucion de sus altos fines?

Digan pues lo que quieran esos estériles predicadores de miserables fórmulas de escuela sobre mis débiles trabajos; ensáñense sobre la corteza caduca, sobre la carne mortal, por decirlo así, de mis obras. El fondo es imperecedero, porque su orígen es aquel manantial supremo y eterno, aquella infinita unidad de amor y salvacion que nos revela el sentimiento. La admiracion por lo bello y lo justo es intuitiva en el corazon humano :—no está sujeta, ni sujetarse puede, á reglas de escuela, emanaciones mezquinas de un gusto transitorio. Nada puede con el espíritu inmortal el escalpelo del anatómico, al reducir á átomos impalpables el informe monton de materia inmémore, que algunos momentos antes era capaz de sentir y comunicar en torno suyo la extraña y comprensiva síntesis de la vida humana : — ¡AMAR Y PADECER!...

Presto te ofreceré otro, y aun otros eslabones ó capítulos de esta obra mia, que, si no me engaño mucho, será la mas importante de mi vida literaria. Y si hasta ahora te fueren simpáticos mis esfuerzos, ruega á AQUEL de quien dimanan la Fe, la Esperanza y el Amor, que me sostenga en este combatido palenque de mi vida; que, segun me siento de cansado y afligido, creo que sin su auxilio soberano habré de arrojar la espada, y abandonarme inerme y solo á los furores de mi contraria fortuna.

De esta tu casa, á 1.° de julio de 1852.

J. HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO.

Parve (nec invideo) sine me, liber, ibis in urbem
¡Hei mihi! quò domino non licet ire tuo.
(Ovidio, *Elegia* 1.ª *tristium.*)

I.

A vosotros, los de alma generosa,
Sensible temple y corazon altivo;
Vuestra sola es mi lira dolorosa,
A vosotros no mas, confiado escribo:
Si acaso entre la turba bulliciosa
Me arroja en su furor el hado esquivo,
Hállome como náufrago viajero
En la playa que nunca vió primero.

II.

Nacido para amar, entré en la vida
Con un alma de fuego, apasionada...
¡Ay me! ¡Cuánta ilusion lloré perdida!
Cuánta dicha creí, que fué soñada!
Cuántas veces, so túnica florida
De virginal amor, hallé la helada
Alma del egoismo aciaga y dura,
Riendo de mi cándida ternura!

III.

El valor, la hidalguía y el talento
Dotes funestas son de adverso hado;
La ciencia de vivir es fingimiento,
Y el que finge mejor el mas preciado:
¡Cuánto estúpido oí llamar portento!
¡Cuánto mandria pasar por alentado!
Y ¡cuánta vergonzosa medianía
Llegar á la mas alta nombradía!

IV.

El necio mas ramplon llámase sabio,
Si entiende de adular el arte odioso,
Y maldiciente el noble y firme labio
Que la verdad pronuncia valeroso;
Y cada cual rebélase al agravio,
Y al sincero apellidan envidioso,
Y vanidad la varonil franqueza,
Y soberbia indomable la entereza.

V.

Modestia la cobarde hipocresía,
Ardimiento á lo que es fanfarronada,
A la suma bajeza cortesía,
Prudencia á la avaricia mas taimada;
Y padron de inmortal filosofía,
Heróico corazon y alma elevada,
A aquel que ve la desventura ajena
Secos los ojos y la faz serena!

VI.

Y flaco es y cobarde el noble pecho
Que la ofensa, magnánimo, perdona;
Que el vil nunca se encuentra satisfecho
Si al vencido no pisa y desmorona;
Y mirando á través del prisma estrecho
De sus mezquinas almas, la corona
De vencedor jamás el bueno alcanza,
Sino el que astuto tuerce la balanza.

VII.

Y triunfa siempre el interés bastardo
Sobre la santa ley de la justicia,
Y gritan: «¡Al ladron!» si algun gallardo
Triunfa al fin por arrojo ó por pericia;
Y si acaso sufrió breve retardo
Su insaciable ambicion ó su codicia,
Claman desaforados al despojo,
Y nunca amengua su bastardo enojo!

VIII.

—¡ Siglo décimonono, siglo impío,
Gigantesco á la vez y limitado;
Do el cuerpo alcanza inmenso poderío,
Y el alma yace en infelice estado:
Henchido de ambicion, de fe vacío,
Jamás en otro alguno el cielo airado
Vió mayor impiedad ni mas altares!
—¡ Siglo de anomalías singulares!

IX.

Siglo de empedernidos mercaderes,
De amor, fe y religion profanadores,
Do la gloria, el honor y los placeres
Se dan á los mas ricos compradores;
Do venden sus caricias las mujeres,
Do alquilan sus conciencias los doctores,
Do reyes, pueblos, son siervos del agio;
Que á todos llega el mercantil contagio.

X.

Siglo mas que los otros ilustrado,
Cuya ciencia rayando va en locura;
Que á mitad de su curso ha devorado
Mas que otros diez; — y de la edad futura
Suma leccion, corriendo desbocado,
Consigo arrastra en su corriente impura,
Santas costumbres, venerandas leyes,
Tribunos y pontífices y reyes.

XI.

En tu asqueroso fango confundidos
Con la ciega, ignorante muchedumbre,
Predican mil apóstoles fingidos,
En son de libertad, vil servidumbre;
Mas ¿qué valen estériles gemidos,
Si del vicio la hedionda podredumbre,
En falsa luz bañada la faz rea,
El universo manda y señorea?

XII.

—Tal vez parezca exagerado y duro
El cuadro que, lëal, traza mi pluma,
Aunque del torpe error y el vicio impuro
Difícil es exagerar la suma;
Empero anda con paso mal seguro
El que su propio desaliento abruma,
Y fácil es que su flaqueza añada
Al cansancio y azar de la jornada.

XIII.

¡Cuán llano es, ó lector, ser compasivo,
Benévolo, indulgente y generoso,
Al que contempla de lugar altivo
Este cáos mortal vertiginoso!
Mas yo, infeliz, que agonizando vivo,
Náufrago en medio al piélago sañoso,
Mi alma tal vez, y á su pesar, respira
Las tempestades roncas de la ira.

XIV.

De violentas pasiones conturbado
El ánimo, lector, es casi cierto
Que el juez mas imparcial, recto, ilustrado,
No pudiera juzgar con firme acierto :
Aunque tengo lo dicho por probado,
Déjote el sentenciar; y pues advierto
Que acaso sobre ya dedicatoria,
Voy á empezar la prometida historia.

EL PROSCRIPTO.

—

PRÓLOGO.

Sala de una casa particular alhajada modestamente. — Una puerta al fondo. — A la derecha puertas que dan á lo interior de la casa. — A la izquierda ventanas que dan á la calle.—En el centro una mesa con recado de escribir, libros, etc., etc. — Adela borda en un bastidor, cerca de una de las ventanas. — Alfredo, sentado á sus piés, hojea un libro de filosofía.

ESCENA PRIMERA.

ALFREDO, ADELA.

Alf. En todos estos libros celebrados
Domina el torpe error : — hablan del alma
Como de una ecuacion : — el leve instinto
De la razon humana, se oscurece,
Y duda y se confunde en las tinieblas
Del secreto que Dios tan solo pudo
Descifrar plenamente. — El escalpelo
Del hábil anatómico, divide

Los tejidos, las fibras, las entrañas
De un cadáver : — estudios de la muerte
Que jamás llevarán al juicio humano
Á adivinar la esencia de la vida.
— ¡Y hablan estos filósofos del alma! —
Con cálculos y símiles groseros
Amontonan ridículas teorías,
Y con palabras bárbaras se esfuerzan
En ocultar su estúpida ignorancia.
—Creo en Dios, amo á Dios, porque lo siento.
Creo el'alma inmortal, porque el divino
Ser que cree dentro á mí y espera y ama,
No puede perecer : — sus atributos
No son de la materia, y el sepulcro
Reclama solo inmémores cenizas.
— Quien no siente, no cree...

Ad. (*Mirando á la calle.*) ¡Qué gran caballo
Lleva el conde aleman!...

Alf. Y con su fria,
Calculadora ciencia, hacen tratados
Del alma... aun mas... de Dios!—El que primero
Se lanzó á empresa tal y osó dar nombre
Á su intento sacrílego, un demente
Debió ser ó un hipócrita malvado!
— ¡Cuán vana eres profunda teología! —
¿Qué alcanza nuestro torpe entendimiento
De aquel oculto Ser, inexplicable,
Suma unidad de amor, fecunda causa

De este vasto universo? — Átomo leve
Cuanto contemplan los humanos ojos
Es de su creacion; — y el vil insecto
Á quien su propio ser es un enigma,
Cuya razon á analizar no basta
De un grano microscópico de arena
La formacion sencilla, osado escribe
De la *ciencia de Dios!* — ¡Y á dar se atreve
Definiciones de Él! — Cuando no sabe
Ni discurrir...

Ad. Espléndido es el coche
Que lleva Carolina: — Generoso
Cuanto rico es el Duque. — ¡Alfredo!...

Alf. Sobre
Los mil arcanos de su propia vida!

Ad. —Pues señor, está visto, ni aun me escucha.—
¡Hay nada mas estúpido que un sabio!
(*Bostezando.*) ¡Alfredo! Alfredo!

Alf. ¿Qué quieres,
Bien mio? — Responde...

Ad. Nada.
Soy la mas afortunada
Entre todas las mujeres.

Alf. (*Cerrando el libro.*) Lo dices hoy con un tono...

Ad. Con el tono que es debido.

Alf. Déjasme, á fe, confundido...

Ad. De franca y veraz blasono.
¿No hay, por Dios, casi dos años

Que te recibiste?

Alf. Cierto.

Ad. Al mismo tiempo que Alberto..

Alf. Es verdad.

Ad. Con tus extraños
Escrúpulos, siempre pobre
Serás, mientras él en alta...

Alf. A mí nada me hace falta.

Ad. Mi amor acaso te sobre.

Alf. Hay tamaña ingratitud
En tus palabras, bien mio!...
Me asombra hoy ese desvío.

Ad. Y á mí tu austera virtud.

Alf. Adela, cuando á tus piés
Te declaré mi pasion,
Te hablé de mi condicion,
Que era entonces la que hoy es.
No te oculté mi pobreza
Ni mi dudosa esperanza;
Que no siempre á unir se alcanza
La virtud con la riqueza.
Tú me amaste tal cual soy,
Yo te amo siempre lëal...
Dime qué genio fatal
Te inspira esas quejas hoy.

Ad. La razon : — si la fortuna
Te ofrece mil ocasiones...

Alf. Tiene altas obligaciones

Quien nació en hidalga cuna.

Ad. Nunca podrás convencerme.
Alberto es feliz, temido,
Rico...

Alf. Alberto se ha vendido,
Y yo no quiero venderme.
Prefiero la oscuridad,
La miseria, si es forzoso,
Á ese fausto vergonzoso,
Fruto vil de la maldad.
Pero es contienda importuna...
Adios, bien mio; hasta luego.

Ad. Adios. (*Dándole la mano. — Alfredo sale.*)
Santo es ó está ciego
Quien desprecia la fortuna.
(*Sacando una carta.*) — Veré qué dice esta carta.
No es el autor muy rendido;
Pero es galan y atrevido,
Y yo del otro estoy harta.
(*Leyendo.*) « Por última vez, Señora,
Vais hoy mis letras á ver;
Harto debeis conocer
Cuánto mi pecho os adora.
Si de faltar no hallais medio
Al que así os sacrificais,
Tal vez os arrepintais
Cuando ya no haya remedio.
Con su honor inmaculado,

Ciencia, virtud y valor,
No deja el noble señor
De ser tonto rematado;
Y la alta filosofía,
De que hace pomposo alarde,
Mucho será que le guarde
De la miseria algun dia.
Separad vuestro destino
De ese moderno Quijote :
El morirse de hambre á escote
Es solemne desatino.
Conmigo seréis dichosa,
No echaréis de menos nada :
Vale mas ser envidiada
Que vivir siempre envidiosa.
Vuestra rival Carolina,
Que hoy de vos triunfa insolente,
Al saber mi amor ardiente
De rabia se desatina.
Lacayos, coches, preseas,
Os ofrezco en profusion ;
Seréis desesperacion
De las lindas y las feas.
Tendréis espléndidos trenes,
Mis rentas vuestras serán ;
No olvideis aquel refran :
Tanto vales cuanto tienes.
— ¿Vuestra hermosa juventud

Pasará en tan necia duda? —
Ved que la virtud desnuda
Es ridícula virtud.
Si á mis ofertas cedeis,
Temida seréis y amada ;
No importan al mundo nada
Los sacrificios que haceis.
Creedme, y seréis feliz; —
La virtud á nadie abona,
Y es desliz que se perdona
Un provechoso desliz.
Cuanto digo aquí es seguro,
Y el que no sigue consejo,
Señora, no llega á viejo.
Todo vuestro : — *el conde Arturo.* »

Ad. Tiene mil veces razon...
Pero... fuera gran maldad
Desgarrar por vanidad
Aquel noble corazon.

(*Llaman á la puerta.*)

Llaman : — mi tia ha de ser...
Há rato ya que salió...
— ¿Callaré el asunto? — No...
Me dirá su parecer. (*Abre, y entra la Tia.*)

ESCENA II.

ADELA. — SU TIA.

Tia. ¡Jesus! ¡qué cansada vengo!
Ad. Andais demasiado, tia.

Tia. Aquí ha muerto la alegría,
Y en la calle me entretengo.
— ¿Y Alfredo?
Ad. Marchóse ya.
Tia. Me alegro : es muy fastidioso.
Ad. Pensad que ha de ser mi esposo...
Tia. Eso después se verá.
Ad. ¿Cómo?
Tia. ¿No hay casi dos años
Que concluyó su carrera?
Ad. Cierto.
Tia. Pues bien, — si quisiera
Casarse... Hija, hay mil engaños...
Los hombres pérfidos son...
Ad. Me asustais, tia...
Tia. No tal :
Cauta, prevengo del mal
Tu inexperto corazon.
Ad. (*Ap.*) A esta la ha comprado el otro.
(*Alto.*) Decidme pues con franqueza...
Tia. Por no causarte tristeza
He puesto mi alma en un potro.
— Alfredo no te ama ya.
Ad. ¿Cómo, tia?
Tia. Si te amara,
Claro está que se casara.
Ad. Pero... tal vez no podrá.
Tia. Quien quiere, puede...

Ad. Es muy pobre.
Tia. Y se pasa todo el dia
Leyendo filosofía!...
Aunque el dinero le sobre,
Nunca hará de tí su esposa...
— Pasa con gran prontitud
La dorada juventud. —
A tiempo estás, niña hermosa;
Piénsalo bien : — mil amantes
Te adoran con fe rendida...
Destierra, niña querida,
Escrúpulos vergonzantes.
Elige uno...
Ad. En mi lugar,
¿Cuál prefirierais?
Tia. Seguro
Eligiera al conde Arturo...
Es rico y noble sin par.
Ad. ¿Y Alfredo, tia? — ¿Y mi honor?
Tia. No hay amor con tal tibieza,
Y el honor sin la riqueza
Brilla con poco esplendor.
Tengo experiencia del mundo,
Hija mia ; — soy ya vieja :
Lo que hoy mi voz te aconseja
Será para tí fecundo.
En llanto y oscuridad
Del pobre pasa la vida...

— La virtud desconocida
Es un sol sin claridad.
Mira, Adela, en derredor,
Y en tu claro discurrir,
Di si puedes discernir
La alma verdad del error.
Vive el rico en el placer,
Vivir el pobre es llorar;
Fuera torpe el vacilar
Cuando se puede escoger.
«Pero es un feo borron
El vicio», responderás...
Créeme, niña, — son los mas
Los que tienen la razon:
El conde Arturo es galan,
Rico, espléndido, cortés...
Si viene...

Ad. Vendrá á las tres.

(*Mostrándole la carta.*)

Tia. Las tres muy pronto serán.

(*Dan las tres en el reloj de un templo inmediato.*)

¡Oiga! — El reloj respondió.

Ad. ¿Ois, tia? — Para un coche.

Tia. ¿Y el otro?

Ad. Vendrá á la noche.

Tia. Adentro te aguardo yo. (*Vase.*)

Ad. Basta de necios alardes
De virtud, siempre importuna.

— Pues te me brindas, fortuna,
¡Bien venida!
(*Llaman, y abre la puerta.*)

ESCENA III.

ADELA. — ARTURO.

Art. (*Entrando.*) Buenas tardes.
Ad. Buenas tardes, señor Conde.
Art. Dejad á un lado el señor...
Ya sabeis todo el amor
Que dentro al alma se esconde.
Ad. Hablais de un amor tan fiel,
Conde, con suma frialdad...
Art. No ha menester la verdad
De un engañoso oropel.
Mi carta habréis recibido...
Ad. Sí, Señor.
Art. Estoy sujeto
A cumplir lo que os prometo.
Decid... ¿qué habeis decidido?
Ad. Pero... con tanta premura...
Art. Lo hecho de pronto es mejor.
Ad. Y ¿no os cansará mi amor?
Art. ¿Cansa jamás la ventura?
Ad. Bien : — acepto. — Esta es mi mano.
Art. ¡Oh! — me ahoga la alegría.
Ad. Ahora... hablemos de mi tia.
Art. Vos sois aquí el soberano.

Ad. Ella seguirme querrá...
Art. Y bien... ¿qué mal hay en...
Ad. Pero...
El caso es que yo no quiero.
Art. Lo que gustareis se hará.
Ad. Su tiempo y razon emplea
En torpe chismografía...
Art. Pero... á haceros compañía...
Ad. Para eso, Conde, es muy fea.
Por harto tiempo, en verdad,
Fatigó mi juventud
Con palabras de virtud
Y obras de perversidad.
Hoy la máscara arrojó
Un momento, y no es posible
Ver un alma mas horrible
Que la que entonces vi yo.
Me espanta su voz, su gesto...
Si á sus plegarias cedeis,
La vida que me ofreceis
Fuera un destino funesto.
Art. Se hará como lo mandais...
Y ¿cuándo logra mi amor?...
Ad. Ahora mismo, si gustais:
Lo hecho de pronto es mejor.
¿Vuestro coche aguarda?
Art. Sí.
Ad. Voy al punto á preparar...

Art. Si me quereis escuchar,
No saqueis nada de aquí.
En nuestra casa tendréis
Cuanto querais, muy de sobra.
Ad. Es cierto.
Art. Harto mala obra
Con dejarle á Alfredo haceis.
Ad. Vamos luego.
Art. Sí... al instante ;
Pero antes juzgo prudente...
Ad. ¿Otro nuevo inconveniente?
Art. Que escribais á vuestro amante.
De nuestra resolucion
Habladle con entereza :
Es mas diestra la franqueza
Que la mas hábil traicion.
Ad. Bien : — voy la carta á escribir.
Art. Poco y claro : — es lo mejor.
Ad. Bien... (*Poniéndose á escribir.*)
Art. Respetad su dolor.
Ad. Ved si teneis qué decir. (*Dándole la carta.*)
Art. (*Leyendo.*) « Amigo mio, hasta hoy
Lëal fuí á vuestra esperanza ;
Pero, hallando en mí mudanza,
Por no engañaros me voy.
Pésame, os juro, pagar
Amor con ingratitud :
Respeto vuestra virtud ;

Mas no la puedo imitar.
No maldigais mi memoria :
Calmáos ; no me busqueis.
— Tal vez la dicha hallaréis
En vuestros sueños de gloria.»

Art. Perfectamente, á fe mia ;
No se puede mejorar...
¿Vamos?
(*Plegando la carta y poniéndola sobre la mesa.*)

Ad. Sí : — echemos á andar
Antes que salga mi tia.

(*Se coge del brazo de Arturo, y salen, cerrando con precaucion la puerta.*)

ESCENA IV.

ALFREDO. — LA TIA.

Alf. (*Llamando.*) ¡Adela! Adela! — acaso resentida
Me quiere castigar. — ¡Adela! Adela!
Pues esta situacion no es divertida...
¿Has resuelto no abrirme, ingrata *puella?*[1]
(*Llamando con mas fuerza.*)

Tia. (*Saliendo.*) ¡Qué rudo golpëar!

Alf. ¡Abrid!

Tia. ¿Quién llama?

Alf. Yo... Alfredo.

Tia. ¡Oh Dios! — ¿Y Adela? — Con Arturo
Se iria. (*Abriendo.*)

Alf. ¿Dónde está?

Tia. No sé : — os lo juro.
Alf. Id, Señora... Decidla que el que la ama
La espera...
Tia. No está aquí...
Alf. ¡Decidme dónde!
Tia. Lo ignoro.
Alf. ¿Pretendeis volverme loco?
¿Con que, ignorais?...
Tia. Señor, hace muy poco
Que oí llegar á ese extranjero conde.
Alf. ¿Arturo?
Tia. Sí, Señor.
Alf. ¡Dios soberano!
Tia. Pero aquí hay un papel á vuestro nombre.
Alf. (*Tomando la carta y leyéndola con desaliento.*)
¡Cedió por fin al oro de aquel hombre!
¡Y estaba al escribir firme su mano!
(*Rasgándola y arrojando los pedazos con furor.*)
— ¡Ingratitud, fragilidad, vileza,
Venalidad, traicion — sois femeninas! [2]
— ¿Un dia, un breve instante, acaso pudo
Cambiar su corazon? — ¿Tanta fineza
Tuvo por galardon el golpe rudo
De este ingrato abandono? — ¡Oh peregrinas
Facciones! ¡Oh satánica hermosura,
Que ciego idolatré! — ¡Fingido velo
De falsa castidad, cubierta impura
Del fétido albañal que fué mi cielo!

— ¡Cual la marmórea piedra cincelada
Puesta sobre un sepulcro, aquella lumbre
Que yo tan pura y virginal creia,
Aquella faz hermosa y recatada,
Eran velo falaz con que encubria
De su alma la asquerosa podredumbre!
— ¡Reniego de mi amor! — ¡Maldito sea
El que en tan vano ser pone esperanza!
Y ¿necio habrá que en sus palabras crea,
Si quien dijo mujer, dijo mudanza?

(*Paseándose desaforadamente.*)

Tia. (*Recogiendo los pedazos del papel y leyéndolos.*)
¡Ni un adios para mí! — ¡Digna corona
De tan largo fingir! — ¡Y me abandona
La vil en mi vejez y malandanza!
¡Ira de Dios! — ¿No habrá quien la castigue?
Alf. Frio desprecio mi dolor mitigue...
Tia. ¡Mi alma te doy, Luzbel, por mi venganza!
(*A Alf.*) ¡Escuchadme, Señor! — ¡Lástima infunda
En vuestro noble corazon mi ruego!
Alf. ¡Callad! — ¿No veis que estoy de enojo ciego?
Tia. Sin culpa estoy!...
Alf. ¡El Báratro os confunda!

(*Vase Alfredo. La vieja abre los muebles, saca las ropas, alhajuelas y el poco dinero que encuentra, hace un lio de todo, y se marcha dejando la puerta abierta.*)

ESCENA FINAL.

Habitacion de Alfredo.—Estantes de libros.—En las mesas globos, astrolabios, instrumentos de física, etc., etc.—En las paredes armas de academia y de combate, pipas, algunas estampas y un violin.

Alf. (*Haciendo una maleta de viaje.*)
Siento que el rostro se abrasa
En encendido rubor
Cuando pienso en mi furor...
— En fin... (*Llaman á la puerta.*)
¿Qué es eso?...
Art. (*Desde afuera.*) ¡Ah de casa!
Alf. Esa voz... (*Abre, y entra Arturo.*)
Art. (*Descubriéndose.*) Señor... espero
Que disculpeis mi visita...
Alf. ¿Qué traeis, que así os agita?
Pero... sentáos, caballero.
(*Le alarga un sillon, y se sienta enfrente de él.*)
Art. No ignorais que os he ofendido...
Alf. Lo sé... mas... ¿con qué ocasion?
Art. Os debo reparacion.
Alf. ¿Á eso, Conde, habeis venido?
Art. Creo que cumplo un deber.
Alf. Es decir, quereis matarme
Por mejor desagraviarme...
¡Fuera, á fe, cosa de ver!
Art. Por desgracia os ofendí...
Cumpliendo la ley de honor...

Alf. ¿Podeis volverme mi amor?
Art. Eso no pende de mí.
Satisfaccion vine á daros...
Alf. Inútil satisfaccion.
Muerto ya mi corazon,
¿Qué gano yo con mataros?
Art. Pronta y completa venganza
Con matarme alcanzaréis...
Alf. Y ¿restituirme podréis
Mi ya difunta esperanza?
Art. En fin, yo no puedo mas
Que lo que ofrezco, Señor...
Alf. Yo no entiendo así el honor :
— Podeis volveros atrás. —
Y si quereis añadir,
Haciendo de esfuerzo alarde :
— « Ese Alfredo es un cobarde;
No se ha querido batir, » —
Podeis hacerlo...
Art. Señor...
Aunque me creais un necio,
Vuestro carácter aprecio,
Respeto vuestro valor.
Os llaman extravagante,
Y lo sois... Sobresalis,
En los tiempos que vivis,
De la turba circunstante.
Aunque soy algo aturdido,

De vos sin respeto hablé
Una vez sola, y á fe
Que estoy de ello arrepentido.

Alf. Si os pesa y sois mi ofensor,
¿Qué mas os puedo exigir?

Art. Quisiera, Alfredo, morir
Para expiar vuestro dolor.

Alf. Se ve que sois caballero.

Art. ¡Tanta generosidad!

Alf. Como prueba de amistad,
Un consejo daros quiero.

Art. Decid...

Alf. Teneis mil amigos
Que, mostrándoos aficion,
Os hacen obras que son
De acérrimos enemigos.
—Vuestra noble alma extravían
Con fementidas lecciones.—
Evitad las ocasiones
Que en tan mal sendero os guian.

Art. Lo haré.. pero esa mujer...
¡Si vierais cuánto pesar!...

Alf. No volvais á recordar
Tal ofensa...

Art. He menester,
Si he de vivir con quietud,
Vuestro perdon...

Alf. Yo os le doy...

Art. ¡Oh! ¡Cuán miserable soy
Ante tan alta virtud!
Alf. Mucho, Arturo, encareceis...
Art. Altos ejemplos me dais...
Alf. ¡Por favor!...
Art. ¡Qué! ¿no me odiais?
Alf. Hoy mi amistad mereceis.
Art. ¡Juradlo, en nombre de Dios!
Alf. Fïad: — aquesta es mi mano.
Art. ¡Dios vaya con vos, hermano!
Alf. Mi querido hermano, adios.
(*Se abrazan.*)

FIN DEL PRÓLOGO.

PARTE PRIMERA.

—

CUADRO PRIMERO.

A José Zorrilla.

—

EL ARREBATO.

—

Por un alto cerro,
Con paso brïoso,
Va un bruto fogoso
Trepando veloz:
Le falta el aliento,
Y atrás deja el viento;
Que entrambas le hostigan,
La espuela y la voz.

Va el bruto rigiendo
Con mano segura,
De altiva estatura
Un jóven doncel :
Intrépido el gesto,
Tan noble y apuesto,
Que aun Vénus la hermosa
Prendárase dél.

—

Y empero, en su rostro,
Bañado en el llanto,
De un fiero quebranto
Se ve la señal :
La frente rugosa,
La vista sañosa,
El ángel parece
Del dia final.

—

Al cielo y la tierra,
Feroz, desafía
La imágen sombría
De aquel corredor;
Y si álguien le viera
Pasar de carrera,
Creyérale el príncipe
Del llanto y dolor.

Y salva los torrentes,
Y trepa los peñascos,
Por la pendiente rápida,
En vértigo infernal :
De chispas relucientes
Los acerados cascos
Del fiero bruto, indómito,
Despiden un raudal.

—

Las sombras se acumulan
En la region del cielo,
Cubre la noche lóbrega
Del sol la claridad;
Que trémulas pululan
Entre el opaco velo
Pocas estrellas, pálidas
A tanta oscuridad.

—

Al fin de la montaña,
Desde su excelsa cumbre,
Se mira una vorágine
Sin término ni fin;
Y con violencia extraña
Su propia pesadumbre
Al fondo de aquel vórtice
Arrastra cuerpos mil.

Y el jóven espolea
El fatigado bruto,
De cuya piel despréndense
La sangre y el sudor:
La talla gigantea,
De entre el nocturno luto,
Con gran vigor destácase
Del fiero corredor.

—

Detrás del añoso tronco
De una corpulenta encina,
Del precipicio en el borde
Mirando su horrenda sima,

—

Un cazador, por el traje
Y las armas, pues insignias
No pueden ser de otra cosa
En una region tranquila;

—

Absorto en sus pensamientos,
Acaso triste medita
En los presentes dolores
O en las ya pasadas dichas.

El rumor de la carrera,
Allí tan intempestiva,
Un momento le distrajo
De sus locas fantasías;

—

Y á un relámpago fugace,
Que las sombras ilumina,
Ve del cercano viajero
La faz hermosa y altiva.

—

En sus iracundos ojos
Y en su frente contraida
Algun designio funesto
El cazador adivina;

—

Y recatado en la sombra
Protectora que le abriga,
Cauto á evitar se prepara
La desgracia ya prevista.

—

A este tiempo toca el jóven
Del cerro á la corva cima;
Clava entrambas las espuelas
Al caballo; — mas las bridas

Empuña con férrea mano
El cazador; — se encabrita
El animal; — pugna el jóven;
Pero son vanas sus iras.

—

Como un antiguo centauro,
Entrambos uno, caminan
Amo y corcel largo trecho
Atrás del áspera via.

—

Y al fin, donde la pendiente,
Menos ardua y mas florida,
Forma una angosta meseta
Que el cercano val domina,

—

Á par el triple descenso
Cesa, y con voz conmovida
Al viajador sin ventura
Así el cazador le grita:

—

Caz. ¡Tente! — ¿Ignoras, desdichado,
Á dó vas de aquesa suerte?
Jóv. ¿Pensais que espante la muerte
Al que está desesperado?

— ¡Dejadme!

Caz. ¡No, por mi fe!

Jóv. ¿Qué os importa?

Caz. Soy tu hermano.

Jóv. ¡Por el cielo soberano!

Caz. ¡Tu crímen estorbaré!
¡Tan jóven, y odias la vida!
¿Qué impia resolucion...

Jóv. Tengo viejo el corazon,
Y la esperanza perdida.

Caz. ¿Tan poco á saber alcanzas?
¡Que! —jóven, gallardo, fuerte,
¿Desesperas de la suerte?

Jóv. Conozco bien sus mudanzas.

Caz. Pues, si hoy eres desgraciado,
Mañana puede mudar...

Jóv. Señor, dejadme acabar...
¡Jamás seré afortunado!

—

Y pugna por libertarse
Del brazo que lo cautiva :
Resiste el otro valiente;
Mas su fuerza, enflaquecida

—

Con el desigual combate,
Entre desmayos espira,
Cuando una fulgente idea
De súbito le ilumina.

Y fijando en el viajero
Su mirada enternecida,
Con voz, le dice, que turban
La lástima y la fatiga :

—

— « ¿No tienes madre, crüel? » —
Y á la imprevista pregunta,
Cesa, la color difunta,
De forcejar el doncel.
— « ¿No tienes madre? — ¡Responde! »
—Sí...
« ¡Pues lánzate al abismo!
»Alma que tal egoismo
»En tan tierna edad esconde,
»Merece el fin... »
« ¡Madre mia!...
— »¡Cuán ingrato fuí! — Señor,
»Demencia fué del dolor
»Mi resolucion impía.
»¡Perdonadme! »
« ¡Justo cielo!
»¡Alégrate, corazon!
— »Excede este galardon
»Á mi continuo desvelo.
»¡Venid á mis brazos, hijo! »
Jóv. Vuestra piedad me ha salvado.
Caz. Yo tambien soy desgraciado;
Pero es cuento muy prolijo.

Si quisierais aceptar
Cena humilde y tosco lecho...
Dista de aquí poco trecho
Mi pobre y rústico hogar.

Jóv. Con gusto.

Caz. Gracias os doy :
Miserable es el abrigo...

Jóv. Allí hallaré un seno amigo.

Caz. ¡Eso es verdad, por quien soy!
Vamos pues, jóven...

Jóv. Guïad...

Caz. A pié mejor bajaréis :
Ved dó la planta poneis;
Que es grande la oscuridad.

—

Y práctico del terreno
El cazador, cauto evita
Los riesgos que á cada paso
Hay en la senda torcida;

—

Mientra el joven se apresura
En pos del prudente guia,
Cuya planta vigorosa
Sigue con planta indecisa.

Marcha detrás su caballo,
Lëal á la floja brida,
Y cuyo instinto certero
Seguro al llano encamina:

—

Y mientras van caminando,
En plegaria enardecida
El alma el jóven eleva
Á la clemencia divina...

—

Y en breve las tres figuras,
Cual sombras descoloridas,
Se pierden en las tinieblas
De aquella noche sombría.

CUADRO SEGUNDO.

LA HOSPITALIDAD.

—

I.

En un salon espacioso,
De tan rara arquitectura,
Que aun de Paladio la ciencia
Se viera en él muy confusa,

—

Uno en pos de otro, dos hombres
De diferente apostura
Penetran : el uno anciano,
De noble faz, aunque adusta;

Jóven el otro; su cuerpo
Y rostro, que el duelo anubla,
Van dando claras señales
Del cansancio que le abruma.

—

Cede el anciano á su huésped
Con cortesana finura
El paso, y con sus palabras
La cortés accion ayuda...

—

— Pero antes que á las personas
Oir, segun se acostumbra,
Vamos á hacer del tëatro
Descripcion clara y menuda.

—

Alto de techo, espacioso,
Sin adornos ni molduras
Las paredes, como cuadra
A una fábrica vetusta;

—

Son las ventanas ojivas,
Las vidrieras algo turbias,
Las puertas altas y angostas,
Y las cortinas ningunas.

Vense colgados á trechos
En muchedumbre confusa.
Objetos mil, de uso vario,
Como de edades y hechuras :

—

Armas de caza y de guerra,
Unas limpias, otras sucias,
Y utensilios de labranza
Junto á antiguas armaduras ;

—

Varias cabezas de ciervo,
Que en carga múltiple abruman:
Frascos, cuchillos de monte,
Trompas, espuelas y fustas ;

—

Y alguna estampa devota,
Que ruborosa se oculta
Al ver pendiente á su lado
Profana caricatura.

—

Una lámpara de bronce
Colgada del techo alumbra
Tan solo cuanto es preciso
Porque el salon no esté á oscuras.

— En uno de los testeros,
Que del todo casi ocupa,
De una antigua chimenea
Se ve la enorme balumba;

—

Troncos enteros de pinos
Pábulo dan á la furia
Del fuego, que en espirales
Del cañon sube á la altura.

—

Vese en frente una gran mesa
Hecha de tablas robustas
De nogal, y revestida
Con mantel de gran blancura.

—

En el superior extremo,
Iguales y casi juntas,
Hay dos sillas, que decoran
Mil heráldicas figuras;

—

Cuyos altos respaldares
Van á acabar, casi en punta,
En dos coronas de conde,
Que el linaje antiguo ilustran.

A razonable distancia
Mírase otra silla viuda,
Que ocupar debe algun otro
De mas humilde fortuna;

—

Y en fin, en el lado opuesto,
A la cabecera, pugnan
Dos cubiertos mas humildes
Y dos sillas mas vetustas;

—

Y completan el menaje
De la á un tiempo urbana y rústica
Estancia, antiguos sillones
Que cubre badana oscura.

—

— Frénte al fuego, y en el fondo,
El testero opuesto ocupan,
Sentados unos, tendidos
Los otros en la penumbra,

—

Dos crïados y seis perros,
Que al entrar el amo, á una
Se levantan, y á su modo
Con grande amor le saludan.

Él contesta y acaricia,
Y ordena que pongan una
Silla mas y otro cubierto,
Que el órden sólito turban.

—

Y dejando la escopeta
Y los chismes, se apresura
A dar posesion al jóven
Con bondad y gracia sumas;

—

Y con voz enternecida,
En que blandos se modulan
Los mas angélicos tonos
De la paternal ternura,

—

Así le dice: «Aguardadme,
Y no recordeis angustias;
Que vais á ver un presagio
De las celestes venturas.»

—

Y entróse por una puerta,
Mientra Alfredo, con faz mustia,
Sus pensamientos engolfa
En las tinieblas futuras.

II.

En un sillon, junto al fuego,
Que activo, ruidoso, alegre,
En espirales columnas,
Como una enroscada sierpe,

—

En el ámbito anchuroso
Del hogar, tal se revuelve,
Que deja inciertos los ojos
Si sube ó baja, va ó viene;

—

El cuerpo, á la alta fatiga,
Como los troncos, inerte,
E inquieta como la llama
Que en ellos arde, la mente;

—

Yace el infelice jóven,
A quien un siglo parece
Cada instante que transcurre
Desque le dejó su huésped.

A poco entró una muchacha
Con una argentina fuente
De agua pura, al hombro un paño
Como el ampo de la nieve,

—

Y con sencillo lenguaje
A que se lave y refresque
Rostro y manos le convida,
Si por costumbre lo tiene.

—

En pos de ella, otros crïados
Van entrando muy en breve
Con olorosos manjares
Y luces resplandecientes ;

—

Poco después una dama
Grave y espetada viene,
Que, si no es ya cuarentona,
Pasa de los treinta y nueve ;

—

Y por fin, el noble anciano
En el salon aparece,
Aunque el mismo en la figura,
Con vestido diferente.

Trae de la mano á una niña
Que aun no pasa de los trece;
Mas tan hermosa, que el jóven
Mirándola no resuelve

—

Si es humana criatura,
O bien arcángel celeste,
Y duda si está soñando
O bien si despierto duerme...

—

En óvalo admirable,
De grana el rostro y apretada nieve,
La frente de belleza inenarrable,
De Vénus la nariz, la boca de Hebe;

—

Son los rasgados ojos
De aquel azul de los tranquilos mares
De la Grecia, si miran sin enojos;
De indecible color en los pesares;

—

Una y otra mejilla
Ostentan, cuando rie, dos hoyuelos
Movibles, otro fijo en la barbilla,
Que al mismo Amor causara envidia y celos;

Contrae blanda sonrisa,
Los labios de hermosura soberana,
Y en la leve abertura se divisa
Puro marfil y enrojecida grana;

—

Cubre el blondo cabello,
Libre de todo afeite y compostura,
En sueltos rizos el ebúrneo cuello
Y la espalda de nítida blancura;

—

Y algun rizo perdido
Se desliza con aire indiferente,
Y el ósculo primero da atrevido
Al albo seno femenil, naciente;

—

Esbelta la estatura
Mas que cumple á su edad, la marcha leve,
Idëal la estrechísima cintura,
Tornëada la mano, y el pié breve;

—

La dulce cantoría
De su voz modularon los amores,
Y excede su vibrante melodía
Al canto de los tiernos ruiseñores;

A un tiempo al peregrino
Acarician su voz y su mirada,
Y en piélagos de fe y amor divino
Siente á su vista el alma enajenada;

—

Y ni aun en lo futuro
Que sienta el ángel á esperar se atreve
Aquel amor inmenso cuanto puro,
Y empero en su mirar la muerte bebe.

—

— Pero el obsequioso anciano,
Que está, de ver, impaciente,
El arrobamiento inmóbil
En que el jóven permanece;

—

Por la mano le conduce
A do la niña inocente
Con curiosos ojos mira
Al desconocido huésped.

—

— «Miradla, hijo. — ¿No es hermosa?
— ¡Como un serafin fulgente!
— Pues aun mas hermosa el alma,
Corazon mas noble tiene!»

Y á ella : — « María, un hermano
Mirarás desde hoy en este. »
Y á los dos : — « ¡Qué! — ¿Mis palabras
Escuchais indiferentes? »

—

— ¡Padre!
—Señor...
— ¡Abrazáos!
Y roja toda la nieve
Del rostro, acercó la niña
Á nuestro jóven la frente.

—

Este, apenas con el labio
La tocó, cuando encenderse
Sintió en su pecho la llama
Del amor omnipotente.

—

— La dama, que no era dama,
Sino aya, en voces corteses
Recordó á los circunstantes
Que eran ya mas de las nueve :

—

Con lo que Alfredo y María
Y el anciano, muy alegres,
Al rededor se sentaron
Del suculento banquete.

La cena fué como todas :
Comieron poco los héroes
Del cuento; el aya y anciano
Con apetito excelente.

—

Llegó á su fin : — todo acaba ;
Y alzados ya los manteles,
Y en la sala otra vez solos
Los castellanos y el huésped,

—

En muy cómodos sillones,
Dos á dos, frente por frente,
Y al amor del calorcillo
Que el amigo hogar ofrece,

—

« Para infundiros confianza» ,
Dijo el viejo, « es conveniente
Que os diga antes, de mi historia
Las dichas y los reveses. »

III.

LA HISTORIA.

—

« Me llamo el conde Wilfrido :
Mi patria os dice el lenguaje;
Lo antiguo de mi linaje
Os lo dirá mi apellido.
Mi primera juventud
Pasó en Leipsick estudiando,
En la ciencia adelantando,
Sin perder en la virtud.
De mis estudios al fin,
Y apenas adolescente,
Llegó hasta mí la estridente
Voz del guerrero clarin.
Bramando llamó el cañon
Á los hijos de esta tierra
Germana, á la cruda guerra
Del temido Napoleon.
La pluma y libros troqué
Por el casco y por la espada,
Y sin reparar en nada
Á la arena me lancé.

Sabeis sin duda la historia :
Respiró el suelo aleman
Cuando aquel gran capitan
Miró estrellarse su gloria
Contra el miedo de un inglés [3].
—De todas cuantas lecciones
Hay de humanas ambiciones,
La mas terrible esta es.
Volvió á Alemania la paz,
Mas no á mis estudios yo;
Que el que una vez los dejó,
No encuentra en ellos solaz.
Por entonces coronel
Me nombró el Emperador,
Rëalzando aquel honor
Alguno que otro laurel.
Voy llegando ya á un espacio
Que gasté ¡vano pesar!
En la vida militar
Y en la muerte de palacio; —
Mas los años trascurrian,
Y empezaba á conocer
Que era muy poco el placer
Á los años que venian;
Y comenzó el pensamiento
Á verlo todo sombrío,
Mientra estuviese vacío
El mundo del sentimiento.

Resolví entonces buscar
Alguna honrada mujer
Que supiese comprender
Cuánto podia yo amar.
Busquéla; halléla en seguida;
Declaréme, y aceptó:
No supe hasta entonces yo
Cuánta dicha hay en la vida.
Igualáronnos en cuna
Los destinos celestiales,
Y á hacernos aun mas iguales,
Nos dieron igual fortuna.
— Caséme: — siguieron años
De dicha y paz tan cumplida,
Que era ejemplo nuestra vida,
Así á propios cómo á extraños;
Pero, hijo, es un mar la corte
Tan peligroso y mudable,
Que en ella no hay bien durable
Ni dicha que no se corte.
Tenia yo mil amigos;
Que era rico y generoso...
Mas no hay ningun poderoso
A quien falten enemigos.
No pudiendo despojarme
De mi dicha y de mi honor,
Con el noble Emperador
Trataron de calumniarme.

Los ataques de la envidia
Cuerdo quise despreciar;
Pero esto vino á aumentar
El rencor de aquella lidia.
Tuve yo del riesgo aviso;
Pero hallándome inocente,
Fuí á prevenirlo indolente,
Y á defenderme remiso;
Y viendo austero el semblante
Del Monarca, y mi inocencia,
Solicité mi licencia,
Que me fué dada al instante.
Mucho después he sabido
Que fuí en la corte acusado
De haber con otros fraguado
Un complot muy atrevido:
Suponíanme intenciones
De aspirar al ministerio,
Para explotar el imperio
En pro de mis ambiciones.
Y la prudencia imperial
Atribuyó ¡triste error!
Á la inquietud del traidor
La indignacion del lëal.
— Desterráronme á mis tierras,
Y aquí, con mi hija y mi esposa,
Pasé una vida dichosa
Entre estas frondosas sierras;

Mas todo pasa, ¡ay de mí!
Tambien mi dicha pasó...
¡Ella... que tanto me amó...
Un año há que la perdí!

(*La niña se arroja á sus brazos y llora, oculto el rostro en el seno paternal. — Alfredo contempla enternecido aquel tierno cuadro, mientras el aya se restriega inútilmente los ojos con el pañuelo, sin poder hallar una lágrima.*)

—

Tambien un año hace hoy que mi destino
Huérfano me dejó sobre la tierra. —
Permite que consagre de camino,
Pio lector, de la filial ternura
Un sencillo homenaje
Á aquella veneranda sepultura,
Que tan clara virtud y honor encierra.
Permíteme que llore un breve instante
Tambien sobre mi propia desventura...
— ¡Es tan grato llorar á un pecho amante!

—

¡Padre del alma mia!
Cuando entre los tormentos espirabas
De bárbara agonía,
Al hijo recordabas,
Y en tus postrero ayes le llamabas!

En tanto que él, mezquino,
Surcaba el ancho mar, precipitado,
Y al fin de su camino
Hallaba el desdichado
El sacro hogar paterno abandonado!

—

Mustio, ¡ay! desierto, oscuro,
Vacío aquel lugar donde solias
Con santo amor y puro,
En mas felices dias,
Tus lecciones dictar sabias y pias.

—

¡Ni por la vez postrera
Me fué dado besar el rostro amado
Y la alba cabellera!
—¡Oh crudo, adverso hado!
Oh indecible dolor, desesperado!

—

Tú, padre, desde el cielo
Mira piadoso aqueste amargo llanto
De mi hondo desconsuelo :
¡Escucha el ronco canto,
Tributo de tan bárbaro quebranto!

El Ser omnipotente,
Que ve del alma el padecer impío,
Me escuchará clemente.—
—En su bondad confio.—
¡Aguárdame un instante, padre mio!

—

. . . .
. . . .
. . . .

Corred, lágrimas mias;
Corred, no os detengais.—¿Qué importa al mundo
El ay de amor profundo,
Ni el dolor ni las lentas agonías
De un triste corazon?— Aunque empapada
Vaya en llanto esta página ignorada,
—¿Qué importa á las mundanas alegrías?

—

Llegó su turno á Alfredo, el cual su vida
A contar empezó con voz sonora,
Y salvando la infancia bendecida,
Pasó á aquella otra edad encantadora...
Mas, pues ya del lector es conocida,
Inútil fuera repetirla ahora.
El que no la recuerde vaya al prólogo,
Que desde allí prosigo este mi apólogo.

Del niño amor mirándose burlado,
Se lanzó enardecido tras la fama:
Ser esperó un poeta celebrado;
Que el genio ardia en él con pura llama;
Y velando en su mente lo pasado,
Escribió con cariño un noble drama,
Y lo llevó... Mas esto en canto aparte
Cómo pasó, lector, quiero contarte.

CUADRO TERCERO.

A Eugenio de Ochoa.

—

Comité de lectura de un teatro de primera clase.

ALFREDO. — PRESIDENTE. — VOCALES 1.°, 2.° Y 3.°

Pres. Su drama de usted no es malo.
Representarse pudiera
En seguida, si no fuera
Por...
V. 1.° (*A los demás.*) Ese *por* es el palo.
Alf. Hable usted con claridad.
Pres. Ya ve usted... con los autores...
Las verdades...

Alf. Son favores.
Pres. Dirá usted que es necedad;
Pero si el protagonista,
En vez de ese «viva el Rey»,
Diera algun viva á la ley
O al pueblo...
Alf. ¡Dios nos asista!
Pero, Señor, ¿y la historia?
— ¿Del siglo décimo cuarto
Pretende usted?...
Pres. Estoy harto
De saberla de memoria.
Pero á mí me importa un pito
La verdad; — quiero palmadas:
Entradas, jóven, entradas;
Oro es lo que necesito.
De Moisés hago un Proudhon,
De Luis Catorce un tribuno,
De Julio César un tuno,
Y un Amadís de Sanson.
Siga usted este sistema,
Y dé un puntapié á la historia.
Alf. Yo aspiro á mas pura gloria.
Pres. La gloria es una pamema.
¿Cree usted que los Calderones,
Los Vegas y los Moretos
Siempre escribieron sujetos
A la historia, en sus creaciones?

Diga usted, ¿hay por ventura
Ni un solo ápice romano
En aquel Don Coriolano
Del *Poder de la hermosura*?[1]
Créame, por Belcebú,
Nadie viene aquí á aprender. —
Quien quiera historia saber
Que compre á *César Cantú.*
¿Viene el público al teatro
A estudiar para doctor?
Esto es tan claro, Señor,
Como dos y dos son cuatro.

Alf. Si usted no quiere mi drama
Tal cual es...

Pres. Usted perdone;
Mas si la enmienda no pone...

Alf. El que á sabiendas infama
La profesion que ha elegido,
Merece solo el desprecio.

V. 1.° ¡Habrá estupido!

V. 2.° ¡Habrá necio!

V. 3.° ¡Es un tonto presumido!

Pres. Con tan nobles arrogancias
Habrá usted de sucumbir...
¿Por qué no prueba á escribir
Comedias de circunstancias?
— Si la histórica verdad
Tiene en su alma tanto imperio,

Satirice al ministerio,
Ataque la sociedad.
No logre el vicio quietud
En política ó moral :
Cébese usted en el mal
Con generosa virtud.
Con tal método, á mi ver,
Oro y gloria alcanzará;
Que el premio no faltará
Cuando se haya hecho temer.

Alf. ¡Por Dios santo! (*Con ira.*)

Pres. En conclusion,
Ya sabe usted el camino
De calzarse un buen destino
O una crecida pension[5].

Alf. Quien trueca el sacro laurel
Por vil precio es un infame!

Pres. Mientras el mundo le llame
Feliz, ¿qué le importa á él?
— Jóven, mis consejos son
Fruto de larga experiencia:

Alf. ¿Para qué sirve una ciencia
Que envilece el corazon?

Pres. Si de rumbo no varia,
Seguro veo el naufragio...

Alf. No aspira á tan vil sufragio
La noble esperanza mia.

Pres. Con tan rectas convicciones

Grandes genios naufragaron...
Alf. Pero á los siglos legaron
Sus inmortales creaciones.
Pres. Quizá al hambre sucumbieron,
Y nadie ayuda les dió...
Alf. Mejores eran que yo...
¡Moriré como murieron! (*Saluda y vase.*)

(*El Presidente y los vocales se miran entre sí como asombrados, y al cabo prorumpen en sonoras carcajadas.*)

—

II.

Escenario de un teatro de segundo órden.

ALFREDO. — LA DAMA. — EL GALAN. — LA CARACTERISTICA. — EL BARBA. — LA DAMA JOVEN. — EL GALAN JOVEN. — EL APUNTADOR.

Gal. Si pudiera usted variar
El final...
Alf. ¿Lo cree usted largo?
Gal. No... pero... Hágase usted cargo
De que en su pro voy á hablar.
Alf. Diga usted...
Gal. Cualquiera obra
Triunfa á veces por un chiste,
Y la mejor, esto es triste,

Por nada á veces zozobra.

Alf. Es cierto.

Gal. ¡Y tanto! — El actor
Que ha de decir el final,
Con el público imparcial
Alcanza poco favor.
Si en cambio, yo lo dijera...

Alf. Pero ajar su orgullo así...

Gal. Déme usted la culpa á mí...

Alf. Eso aun mas villano fuera.

Gal. Al fin poco importará...
Si fuera un actor de nombre...

Alf. Yo respeto en él al hombre...
Quede el final como está.

Gal. El barba es un mal actor,
Y lo va á echar á perder...

Alf. Bien está. — ¡Qué hemos de hacer!

Gal. Dármelo á mí...

Alf. (*Secamente.*) No, Señor.

Gal. Bien. (*Ap.*) ¡Ya verá el autorcillo! (*Vase.*)

Dam. Oigame usted un minuto.
¿Confia usted á ese bruto (*Por el galan.*)
Un drama de tanto brillo?

Alf. Y espero que lo haga bien.

Dam. ¿Tambien en esa mocosa
Y en esa vieja horrorosa
Tiene esperanza?

Alf. Tambien.

Dam. Lo celebro. — Adios, amigo. (*Vase.*)
D. jóv. ¡Qué papelillo tan soso
Tengo! — Voy á hacer el oso.
Solo por usted me obligo
A salir tan desairada...
— Si pudiera algo añadir...
Alf. Imposible.
D. jóv. (*Ap.*) ¿Yo pedir
Para no conseguir nada?
(*Alto.*) Beso á usted la mano. (*Vase.*)
Alf. Adios.
Carac. ¿Cómo quiere usted que vista
El drama?
Alf. Eso á la modista.
G. jóv. (*A gritos.*) Aquí para entre los dos...
Es muy tonto mi papel...
Yo hago de barba mejor...
Alf. Culpe usted al Director.
G. jóv. Porque le oscurezco á él
Me ha dado un papel tan necio.
Alf. ¿No es galan jóven?
G. jóv. Primer
Actor: — yo se lo haré ver...
Pero su envidia desprecio.
Bar. Hable usted con libertad:
¿Digo el papel?
Alf. A mi gusto.
Bar. Mucho favor...

Alf. No : — soy justo,
Y hablo siempre la verdad.
Bar. Gracias.
G. jóv. (*Yéndose.*) Con Dios.
Alf. (*Deteniéndole.*) Un momento.
Empieza usted su carrera :
Darle un consejo quisiera,
Puesto que tiene talento.
— No es el papel, no, Señor,
Ni su mayor importancia,
Lo que marca la distancia
Que hay de un actor á otro actor.
Lucha es de la inteligencia,
Combate del corazon ;
No material extension
Ni mezquina conveniencia.
Todo el que hace bien la parte
Que le toca en la ardua lucha,
Satisface al que le escucha
Y merece bien del arte.
Bar. Siempre tuve esa opinion.
G. jóv. Por eso está tan medrado.
Bar. Estoy, aunque desgraciado,
En paz con mi corazon.
Alf. Tiene usted alma de artista. (*Dándole la mano.*)
Bar. En usted lo propio veo.
G. jóv. Con Dios : me voy á paseo.
Faltar no quiero á la lista. (*Vase.*)

Apunt. ¡Oye!... *(A Alfredo.)*
Alf. ¿Es conmigo?
Apunt. (*Consultándole una copia del drama.*) Dejemos
Las ceremonias aparte;
Pues todos somos del arte,
Desde hoy nos tutearémos.

—

III.

EL TRIUNFO.

—

Llegó el dia, por fin: — de bote en bote
Llena el tëatro un público escogido,
Que viene, previo el consabido escote,
A juzgar del autor desconocido;
Y mas de un dramaturgo archi-Quijote
De las letras, solícito ha acudido
Tambien á la funcion, con su silbato,
A protèger al escritor novato.

Rompe una endemoniada sinfonía,
Que á Mozart y á Beethoven vida diera,
Para huir de su horrísona armonía,
Si su polvo tan léjos no estuviera:
Los bronces y las cuerdas á porfía
Se ceban con rencor y saña fiera
Al giro de la bárbara batuta,
En la obertura inerme de la *Muta*.

—

Pero sube el telon con sumo gozo
De los oyentes, casi entontecidos,
Que renacen sintiendo el alborozo
De sus nervios y míseros oidos;
Y cae mas de un pañuelo y de un embozo,
Que á detener los bárbaros sonidos
Cubrian, protectores, las orejas
De viejos niños y de mozas viejas.

—

Pasó en silencio aterrador, profundo,
Como es casi costumbre, el primer acto;
Que al principio en aplausos infecundo
Suele ser el dramático artefacto;
Pero aun no bien al medio del segundo,
Oyó Alfredo, de gozo estupefacto,
Un aplauso, otro luego, y en seguida
Una serie de aplausos sostenida;

Y era de ver, benévolos lectores,
¡Espectáculo á fe bien miserable!
La cara que ponian los autores
Un éxito al mirar tan favorable;
Y en alta voz doblaban los errores
Del drama, sin hablar de lo laudable,
Contraste haciendo su actitud sombría
Con la espontánea y pública alegría.

—

« Fábula inverosímil, grita alguno,
Falsas pasiones y trivial lenguaje; »
Y otro añade : « Pesado, inoportuno;
Y ¿que esto aplauda el público salvaje? »
Y créeme, buen lector, de ellos ninguno
Hecho habia el mas leve aprendizaje
Del arte, ni de prisa ni despacio,
En Boileau, ni Aristóteles, ni Horacio.

—

Pero el mundo va así : — conozco y trato
Poetas de muy alta nombradía,
Y á mas de un renombrado literato,
Que no saben siquiera ortografía.
Ellos dicen : — « El genio es insensato
Que se afane estudiando noche y dia,
O royendo vetustos cronicones,
Trabajo de eruditos ó ratones. »

Y en vano les dirás : «Fué sabio Homero,
Dante y Virgilio, y Milton y Cervantes;»
Que se reirán de tí; — mas ya no quiero
Discurrir en los *númenes reinantes*.
Al fin del acto, súplase tercero,
Llamaron al autor los circunstantes;
Y era tal el aplauso y gritería,
Que el salon casi abajo se venia.

—

— ¡Oh espontánea ovacion, sublime premio,
Que hace olvidar el hambre y la fatiga!
De elogios mutuos bastardeóte el gremio,
Que hasta la gloria sin piedad fustiga;
Mas, sin pensar, me vuelvo á mi proemio.
—Baste decir que ni una voz amiga
Tenia en el tëatro nuestro autor :
Dése al público pues gloria y honor.

—

Salió Alfredo, acatando el mandamiento
Del solo imparcial juez en tales casos,
Y á recibir el premio del talento
Cruzó la escena en mesurados pasos;
Y sin orgullo ó bajo rendimiento,
Propios vicios de pseudo-Garcilasos,
Al público, que ronco le aplaudia,
Se inclinó con graciosa cortesía.

Y ni aun esto pasó libre de crítica
De la cohorte vil pseudo-poética :
Dijo uno : « ¡Qué figura mas raquítica! »
Y era, lector amigo, cuasi atlética;
Otro gritó : « ¡Qué traza tan levítica! »
Otro : « ¡Ay! ¡Padece enfermedad herpética! »
Otro : « ¡Y aun usa cabellera gótica! »
Otro : «Pues ¿la levita?» Otro : « ¡Estrambótica! »

—

El público, que al fin paga á la puerta,
Formó de Alfredo diferente juicio :
Noble halló su ademan, su frente abierta,
De talento y valor seguro indicio :
—Era de aquellos que con planta cierta
Marchan al galardon ó al sacrificio,
Sereno el rostro y firme la mirada,
Allá en el seno del Señor fijada.

—

Á aquel triunfo espontáneo y merecido,
Creyó Alfredo cambiada la fortuna,
Que constante le habia perseguido
Desque su madre le meció en la cuna;
Y corrió tras la gloria enardecido...
—Aquí una digresion es oportuna,
Que quiero fustigar eso que llama
El vulgo gloria, ó si se quiere, fama.

¡Oh fama! Oh fama! — En el error maestra,
Y empero tan de veras codiciada!
Sin tí, ¿qué fuera la mortal palestra?
— Una arena desierta, abandonada. —
Ni ingenio ni valor la firme diestra
Armaran de la pluma ó de la espada,
Y hubiera, Dios el oro y los placeres,
Epicúreos no mas y mercaderes.

—

Por tí el fuerte varon deja el regazo
De la gentil, enamorada esposa,
Y lucha con la muerte brazo á brazo
En la revuelta arena, polvorosa;
Por tí el marino audaz sin embarazo
Surca la mar hinchada y procelosa;
¡Tú burlas los decretos del destino,
Tú sola á lo imposible hallas camino!

—

Por tí da muerte á sus hijuelos Bruto,
Curcio por tí se arroja á la honda sima,
Sócrates traga el venenoso fruto,
Porcia el ígneo carbon, sin que la oprima
El miedo; y Marco, de pavor y luto,
No sin que el alma valerosa gima,
Con la muerte de César llena á Roma,
Escándalo de Nínive y Sodoma!

Y Lucrecia se dió temprana muerte,
Y Scévola abrasó su propia mano,
Y Virginio traspasa el cuerpo inerte
De su hija infeliz ante el tirano;
Y el noble acero contra sí convierte
En Filipos el último romano;
Y, en fin, solo por tí sudo y escribo,
Cuando muero del arte, que no vivo.

—

Y tú, desvergonzada prostituta,
Concedes por igual sumo renombre
Al que bebió en Aténas la cicuta,
Y al que firmó la muerte del Dios-Hombre!
— ¡Horror! — Y en igualdad archiabsoluta,
De duracion al menos, leo el nombre
Del soldado inmortal Lucio Dentato
Junto al de aquel estúpido Erostrato.

—

Y ¿es posible, lector, que aun haya tonto
Que por tan vil laurel sude y se afane,
Y á toda angustia y sacrificio pronto,
Por alcanzarle hasta morir se allane?
Y en firme tierra ó tumefacto ponto,
Dia y noche los sesos se devane
Por obras escribir en prosa ó verso,
Ignoradas de todo el universo?

Pues yo lo soy, lector, sigo adelante
Con firme paso y corazon valiente,
Y ya no encuentro ni editor comprante,
Si antes no hallaba público leyente;
Y en cambio, no hay poeta rebuznante,
Ni prosador, por bárbaro é insipiente,
Que, si halla plumas y papel y tinta,
No lleve de laurel la frente *cinta.*

—

Nunca el premio logré en ningun certámen,
Ni aun honrosa mencion; jamás producto
De ninguna obra mia, atento exámen,
Para un año me fué salvoconducto;
Ni aun libertarme pudo del gravámen,
¡Oh Apolo! del tiránico usufructo
Que goza sin piedad sobre mi númen,
De amigos y acreedores un cardúmen.

—

Dirásme acaso : — Sufre tu estrecheza
Con pecho varonil, que el tiempo pasa;
Y honre en tanto y consuele tu pobreza
El premio aquel que ni aun el rayo abrasa;
— Pero, lector, hablando con franqueza,
Ni una hoja de laurel tengo en mi casa;
Gastóse el que quedaba, y aun fué poco,
Con la Stephan, la Cérito y la Fuoco[6].

Ya que hablamos de sílfides pedestres,
Fautoras de domésticos desastres,
¿Por qué, lector, con premios mas terrestres
No has de premiar sus lúbricos arrastres?
Si al dios Pan atributos das campestres,
Si agujas y tijeras á los sastres,
¿Por qué alcanza un lascivo movimiento
El premio del valor ó el del talento?

—

Si al fuerte lidiador das una espada,
Al poeta inmortal estilo ó pluma,
Al pintor la paleta colorada,
Follaje al bosque, y á la mar espuma;
—¿Por qué al pié de bacante desgreñada
La recompensa prostituyes suma
De Apolo? — ¡Cuán mas justo y verdadero
Fuera, si la premiara el zapatero!

—

Una espada de honor tiene el caudillo,
Una pluma de honor el literato,
Y San Isidro tiene su rastrillo,
Y la encorvada esteva Cincinato;
Pues dése al que en los piés tiene su brillo,
De honor una chinela ó un zapato,
Y si uno no le basta, dénle un par,
Y aun, si lo pide, botas de montar.

—Ya no hay vate ni actor ni bailarina
Cuya cabeza ó piés no haya laureado,
Pór drama ó por pirueta peregrina,
Alguna vez el público ilustrado :
Yo bien sé, y esto un tonto lo adivina,
Que casi siempre es lance preparado
Por deudos del autor, ó que en la tienda
Él propio paga la sublime ofrenda.

—

—Pero volviendo á mí, jamás corona
Vi caer á mis plantas en la escena,
Y trato á mas de un necio que blasona
De tener de laurel su casa llena :
Declaro, buen lector, verdad me abona,
Que ni oro ni laurel me dió mi vena,
Ni aun logré ser, testigos mas de cuatro,
Del comité del *Español Teatro*.

—

—Mas ¡voto á Ciceron!—Este es un voto
Que puedo pronunciar con voz segura,
Libre está, por gentil ó por remoto,
De civil ó eclesiástica censura...
Soy de las digresiones tan devoto,
Que no puedo, por mas que doy tortura
Al caprichoso cálamo, del cuento
Seguir como Dios manda el argumento.

—Cuatro dias duró el famoso drama
De nuestro héroe, no mas, por un percance;
Al quinto enferma se fingió la dama,
Porque ocurrióle con la empresa un lance:
Diz que fué por dinero; — *Volat fama;*
Y el déficit pagó de aquel balance
El autor infeliz; — menguante luna
Alumbróle al nacer: — *¡Dira fortuna!*

—

Lo último está en latin, si no lo entiendes,
Ayúdente Valbuena ó Calepino;
Y entre tanto, lector, por si te ofendes,
Voy á seguir mi cuento de camino:
Llevó Alfredo su drama á ciertos duendes
Que hacian un comercio clandestino
De dramas y comedias á destajo,
Del ajeno lucrándose trabajo.

—

Á estos llaman algunos *editores*,
Porque las obras del ingenio imprimen,
Y yo los llamaré *desolladores*,
Porque al talento agovian y deprimen;
¡Oh sabios sin igual legisladores,
Profundos anatómicos del crímen!
¿Por qué no haceis terrífico escarmiento
Con estas sanguijuelas del talento?

A una de estas, empresa conocida,
Llevó Alfredo su drama confïado...
— «¿Aplaudióse la obra?—Fué aplaudida.
—Pues solo cuatro noches ha durado...
¿Quiere usted?...» —Aquí callo la ofrecida
Suma, lector, para no darte enfado;
Que, aun profano á las letras, su impudencia
Te causara rubor ó displicencia.

—

Esto empezó á desanimar á Alfredo
De aquella que juzgó vida dichosa;
Y aunque incapaz su corazon de miedo,
Empezó á cavilar en otra cosa:
Pero, á fe de García de Quevedo,
Que empiezo á hallar la octava fatigosa:
Punto pues, y prosigo en otro metro,
Y tu venia, lector, humilde inpetro.

—

IV.

ENTRE BASTIDORES.

—

ALFREDO. — UN DUQUE COTORRON. — LITERATOS.
— CURIOSOS.

Duq. La graciosa es mi querida.
Alf. ¿Y qué?...
Duq. Tiene un beneficio;
Merecer quiero un servicio
De usted...
Alf. Diga, por su vida.
Duq. Escríbame una comedia
En que haya un papel airoso...
Alf. Yo no soy autor jocoso...
Duq. Fácilmente se remedia.
Alf. ¿Cómo?
Duq. Imitando á Molière,
A Breton ó á Moratin. —
El genio es un comodin,
Hace todo cuanto quiere.
Doy á usted una semana

De tiempo : — si el drama gusta,
Daré recompensa justa
A su musa soberana.

Alf. Infórmese usted primero
Si me acomoda aceptar...

Duq. ¿Puede acaso usted dudar?

Alf. No dudo...

Duq. ¿Entonces?

Alf. No quiero.
¿Juzga usted la poesía
Mecánica profesion?
¿El genio y el corazon
Tan baja mercaduría?
Lo mismo que al zapatero
Un par de botas, ¿á mí
Hoy me encarga usted aquí
Una obra, caballero?

Duq. Muchos poetas de nombre
Lo han hecho á menos razon...

Alf. Porque esos poetas son
Indignos de su renombre.
De las letras albañiles,
Profanan su sacerdocio,
Y no van mas que al negocio
De sus intereses viles.
No miran sino la parte
Que les toca del botin...
A ellos un medio es el arte;

Para mí, Duque, es el fin!

Duq. Yo creia hacer favor
A usted, y aun honra, á mi ver,
Con mi encargo...

Alf. Podrá ser;
Mas no quiero tal honor. (*Saluda y vase.*)

Duq. (*A los circunstantes.*)
De hacer lo que otros varones
Que están sobre él se avergüenza...
Para un autor que comienza
No le faltan pretensiones.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

¿Te has reido, lector? — ¡Oh! — ¡Cuán ajeno
Rie á veces el público, escuchando
Lo que fué escrito, el pecho rebosando
De amargura y sarcástico veneno!
¡Ay de aquel que en la lucha encarnizada
Que sostiene tenaz contra la suerte,
Por mil partes rasgado el pecho fuerte,
Va dejando la arena ensangrentada!
— Como el antiguo gladiador romano,
Al saludar al César, moribundo
Cae sonrïendo, y con la propia mano
Acaso los pedazos iracundo
Del propio corazon lanza á la arena!

En tanto que serena
La multitud, aplaude entusiasmada
La ejecucion perfecta y acabada!

—

¿Qué importa que el cansado peregrino,
Perdidas las doradas ilusiones
De su vida, en levísimos jirones
Por las agudas zarzas del camino
Deje su fe, su amor y su esperanza;
Si en honda lontananza
Le brinda su destino,
Mas allá de la vida,
Con la gloria inmortal apetecida?

—

— Rie, público amigo, á cada chiste
Que te envia el autor: — no importa nada
Que ahogue tu sonora carcajada
Acaso el estertor de un alma triste!
— Como el imbécil que de risa llora,
De su propia figura,
Al ver una feliz caricatura,
Rie tambien ahora
Al escuchar la farsa encantadora
En que el autor intrépido te lanza,
Como un insulto al rostro, de sí mismo
La miseria y tu estúpido egoismo.
— ¡Justa, por Dios, y lícita venganza!

¿Ves pasar á ese autor tan conocido?
— Mendigo laurëado,
Al salir del tëatro celebrado,
Testigo de sus triunfos, se encamina
A la mansion mezquina
Que no puede pagar con sus sudores. —
Y allí le espera el hambre, y los dolores,
Y la muerte tal vez. — Rïe, no importa;
Rie hasta reventar: — es cosa corta
Que muera de hambre un mísero poeta
Que perdió, haciendo versos, la chaveta!
¡Rie tambien, lector; que es esta vida
Una farsa, por Dios, muy divertida!

CUADRO CUARTO.

A Antonio García Gutierrez.

—

ALFREDO, PERIODISTA POLITICO.

—

ESCENA UNICA.

ALFREDO. — EL DIRECTOR DEL PERIÓDICO.

Dir. Y ¿alaba usted el discurso?
Alf. Ya lo creo: es excelente.
Dir. Venga usted acá, inocente:
¿Juzga que es hábil recurso
Alabar al enemigo?
Alf. Pero... si este lo merece...
Dir. Entonces se le oscurece.
Alf. Yo siempre la verdad digo.

Dir. ¿Tan poco á saber alcanza?
A ver... lo corregiré,
Y...

Alf. Jamás deprimiré
Lo que es digno de alabanza.

Dir. ¿Qué veo?— ¡Y encarnizado,
Contra el General se encona!

Alf. El que de justo blasona...

Dir. Es juicio precipitado.
En él... un hombre especial,
Es menos cualquiera error...

Alf. Será muy buen general;
Pero es pésimo orador.

Dir. Además... en el debate
El mejor se precipita...
La improvisacion...

Alf. Escrita,
Pues él provocó el combate.

Dir. ¿Del partido el deshonor
Pregona usted?

Alf. Yo soy crítico.

Dir. Es usted muy mal político,
Aunque excelente escritor.
— Y ¿aquí alaba al Ministerio?
— ¡Por Dios santo! — Esto da ira.

Alf. Quien de la crítica aspira
A ejercer el magisterio,
Ha de ser justo, imparcial.

Dir. Pues yo así no lo comprendo.
Alf. Ni yo imponerle pretendo
Mi conviccion personal.
Hallo toda oposicion
Sistemática, infecunda,
Pues sobre bases se funda
De interés ó de pasion.
Firme es, cuanto respetable,
La que, conforme á justicia,
Así ataca la malicia
Como ensalza lo laudable;
Que es solo fuerte enemigo
El que en balanza lëal
Da lo suyo á cada cual.
Sea contrario ó amigo.
Quien fuera del plan trazado
Dentro á su propio partido
No halla poder constituido
Ni salvacion al Estado;
Y talento y probidad
Siempre á sus émulos niega,
O el amor propio lo ciega,
O lo arrastra la maldad. —
Y el tal es, en conclusion,
Por dilema inevitable,
Fanático despreciable
O desalmado bribon.
Dir. Bien... yo admiro la virtud

De tan noble ciudadano;
Pero...

Alf. Beso á usted la mano.

Dir. Adios. — Dinero y salud.

—

II.

ALFREDO, PERIODISTA LITERARIO.

—

ESCENA UNICA.

ALFREDO. — EL DIRECTOR. — DON FACUNDO, *cajero del periódico.*

Alf. Este es mi trabajo de hoy.

Dir. El intróito es excelente.

Alf. Gracias.

Dir. Conciso, elocuente...
¡Admirable, por quien soy!

Alf. (*Ap.*) Verémos...

Dir. (*Leyendo.*) Pero este drama...
El autor es nuestro amigo,
Y dice usted...

Alf. Solo digo

Que es indigno de su fama.

Dir. Y ¿aun le parece á usted poco?

Alf. Poco, en verdad, me parece...

Dir. ¡Que su fama no merece!...

Alf. Caballero, ó yo estoy loco,
O el autor en él falsea
Con torpe intencion la historia,
Y por efímera gloria
O lucro vil bastardea
La mas noble de las artes...

Dir. No entiendo así la cuestion...

Alf. Yo me fundo en la razon.

Dir. Vamos, amigo, por partes :
La historia desfigurada
Estará... es período incierto ;
Pero el arte... no lo advierto.

Alf. ¿Cree usted que no importan nada
A su belleza inmortal.
Esas bastardas pasiones
Que llenan los corazones
De tan dudosa moral?
¡Cuánta impiedad pone en boca
De personajes divinos!
Cuántos necios desatinos
En las ciencias que allí toca!
¡Y no hallando tanta mengua
Bastante, el célebre autor
No respeta, en su furor,

Ni aun los fueros de la lengua!

Dir. No lo tome usted á agravio;
Pero es poco mi saber,
O usted confunde, á mi ver,
El poeta con el sabio.

Alf. No, Señor; — no los confundo. —
Poeta, en griego, es *creador;*
¡Un poeta es el mentor,
El legislador del mundo!
Y á llegar á merecer
Un renombre tan sin par,
Debe serle familiar
Todo el humano saber.
De lo pasado seguro,
Y dueño de lo presente,
Aun es poco, si su mente
No adivina lo futuro;
Que aquel que á ciegas camina,
Mal puede, en su oscuridad,
Conducir la humanidad
Á do el cielo la destina.

Dir. Jamás hubiera creido
Que un poeta fuese tanto;
Pero... mude un tanto cuanto
Ese juicio consabido.
Aunque yo esté convencido,
El autor reclamará...

Alf. No puedo...

Dir. En fin... se verá.

Alf. Abur. (*Saluda y vase.*)

Dir. Adios. — Don Facundo,
Ese mozo es muy profundo...
Desde hoy despedido está.

CUADRO QUINTO.

A Rafael María Baralt.

ALFREDO, CONSPIRADOR.

Club político. — En uno de los testeros una tribuna; á la derecha la mesa del Presidente.—Muchos conspiradores fumando, bebiendo ; — algunos leyendo, y disputando los mas en voz alta.

ESCENA UNICA.

ALFREDO. — PRESIDENTE. — CONSPIRADORES 1.°, 2.° Y 3.°

Pres. En número ya estamos suficiente :
La discusion prosiga comenzada.
¡Silencio! (*Tocando la campanilla.*)
Consp. 3.° (*Encaminándose á la tribuna.*)
Prosiguiendo mi discurso
De ayer, diré...
Consp. 1.° (*Apoderándose de la tribuna.*)
¡Yo tengo la palabra!
Consp. 3.° Su señoría huella, en mi persona,
Mas de una tradicion parlamentaria.

Voces amigas del 1.° ¡No es cierto!
Id. del 3.° ¡Abajo el orador intruso!
Pres. ¡Al órden! (*Agitando la campanilla.*)
Gritos tumultuosos. ¡No lo habrá si ese no baja!
Amigos del 1.° ¡No bajará!
Id. del 3.° ¡Sí tal!
Consp. 1.° No tengo miedo :
Cederé solo á la violencia armada.
Pres. ¡Orden! — Al que callar no le acomode
Tiene para salir la puerta franca.
Consp. 1.° Señores : — Resumiendo lo que dije
Ayer, serán muy breves mis palabras.
¡Justicia, libertad, órden, progreso!
Tales las bases son de mi programa.
Paz y pan para el pueblo; á sus tiranos
Muerte y execracion : — la democracia
Es el seguro porvenir del mundo.
¡Alcese, en fin, nuestra oprimida patria!
No hayan perdon sus viles opresores;
Su sangre corra, sus cabezas caigan,
Y extírpese por siempre entre nosotros,
Hasta en los niños, su ominosa casta.
¡Cada Aman vea una horca ante su puerta,
Un patíbulo se alce en cada plaza,
Y ejerza al fin el generoso pueblo
A su vez la potencia soberána!

(*Estrepitosos aplausos. — El orádor baja en triunfo de la tribuna, y logra por fin sentarse, magullado el cuerpo y descompuesto el vestido por el entusiasmo de sus oyentes.*)

Consp. 3.° *(Subiendo á la tribuna.)*
Yo abundo en los sublimes sentimientos
Del orador, á quien tan justa aclama
Vuestra voz...

Voces. ¡Bien! ¡Muy bien!...

Consp. 3.° Pero presumo
Que debe conocer el pueblo cuántas
Y cuáles son las víctimas que debe
Sacrificar en aras de la patria.
—Los que gozan antiguos privilegios
De sangre; los que tienen enfeudada
Y en gran porcion la pública riqueza...

Voces. ¡Atencion!

Consp. 3.° Los que aumentan la villana
Cohorte que al poder infunde brios;
Y, en fin, todos aquellos que con franca
Y lëal decision no dén al pueblo
Su fuerte ayuda en la comun venganza.

Gritos. ¡Bravo! ¡Muy bien!

(El orador baja en triunfo, menos ruidoso que el anterior, atendida la índole enfermiza del entusiasmo público.)

Consp. 2.° Mi tímida modestia
Turba mi voz, mis fuerzas anonada;
Pero un esfuerzo haré, porque confio
En vuestra generosa tolerancia.

Voces. ¡Bien!

Otras. ¡Proseguid!

Consp. 2.° Los claros oradores

Que antes de mí tuvieron la palabra,
Ostentaron patrióticas virtudes
Al hablar de castigos y venganzas;
Mas, derribar no es todo; — es necesario
Reconstruïr sobre seguras basas
El edificio que hoy caduco rueda
Á la fuerza del pueblo soberana.

Voces. ¡Bien! — ¡Muy bien!

Consp. 2.° El poder muerto supongo
Que hoy nos rige : — ¿Quién ha de ser mañana
Promovedor del bienestar del pueblo,
Guardador de las leyes sacrosantas?

Voces. ¡Atencion!

Consp. 2.° Elegir es oportuno
Con anticipacion quien tanta carga
Apto á regir sobre sus hombros sea,
Como á salvar las libertades patrias.
— Sin tal acuerdo, estéril sacrificio
Será al pueblo su intrépida constancia,
Su sangre entonces una ofrenda inútil
Del sacro altar patriótico en las aras.

Voces. ¡Tiene razon!

Otras. ¡Nombremos nuestros jefes!

Otras. ¡Orden!

Pres. ¡Silencio!

Alf. (*Desde su asiento.*) ¡Pido la palabra!

Voces. ¡La votacion!

Otras. ¡Dejadle que se explique!

(*Alfredo sube á la tribuna.*)

Alf. No armada del puñal de la venganza,
Ni teñida la veste en sangre impura,
Tal como la forjó vuestra locura
Ó torpe iniquidad:
Plácida cual la luz de la esperanza,
Con la paz y el perdon sobre su frente,
Blanda la faz, benigno el continente:
¡Tal es la libertad!

—

Hija de Dios, de su bondad esencia,
Don el mas alto de su amor divino,
Acaso en el mundano torbellino
Al hombre se ocultó:
Negra ambicion, estúpida demencia,
El temor de los buenos, la osadía
De un tirano, el furor de la anarquía
Tal vez la encadenó...

—

Mas no puede morir: — lozana, fuerte,
Crece encorvada bajo el férreo yugo;
Ni el hacha enrojecida del verdugo
Enerva su virtud!
Del seno tenebroso de la muerte,
Insultada tal vez, jamás vencida,
Cual su padre inmortal, torna á la vida
Con nueva juventud!

Poco son á humillarla los tiranos;
Que el mundo ve y conoce sus derechos;
La oprimen ¡ay! con sus bastardos hechos
Mil émulos y mil,
Que so el disfraz de nobles ciudadanos,
En su nombre inmortal alzan pendones,
Y hacen servir los pueblos y naciones
Á su torpeza vil!

—

(*Murmullos amenazadores.*)

Vosotros sois, apóstoles fingidos,
Vosotros, embusteros renegados,
Vosotros, sí, los pérfidos soldados
Del crímen y el error:
No ha menester la libertad, bandidos,
Del estruendo y rencor del fiero Marte;
—Símbolo del perdon es su estandarte,
¡Su blando imperio amor!

—

(*Rumores tumultuosos.*)

Y lidia, sí; — pero en lëal palestra;
Atacada, jamás provocadora;
Siempre grande en la lid, nunca opresora;
Que es númen celestial;
Y nunca armó su prepotente diestra
El odio, ni el temor, ni la venganza;
Jamás para vencer urdió asechanza
Ni usó traidor puñal!

—¡Pueblos!—No es el rencor ni la codicia,
Ni la torpe ambicion ni la impia guerra,
Los símbolos que anuncian á la tierra
Que ya lució su edad:
Si veis órden y paz, amor, justicia,
Adunados reinar en grata calma,
Alzad entonces al Criador el alma.—
¡Esa es la Libertad!

(Por algunos instantes reina en el salon un furioso tumulto.—Todos gritan y gesticulan á la vez.—Los mas distantes amenazan á nuestro héroe con los puños, los paraguas y bastones, y hasta con los inocentes cachivaches del café, etc., etc.—Alfredo los contempla con una mirada de profundo desprecio.)

Voces. ¡Abajo el visionario!
Otras. ¡Abajo el loco!
Otras. ¡Ese es un aristócrata!
Una voz. ¡Arrancada
Tuviera ya la lengua, si lo fuera!
Otra. Pues ¿quién es?
La de antes. Un poeta...
Otras. Eso le basta.
Consp. 1.º ¡Lindas cosas!
Consp. 2.º ¡Patrióticas doctrinas!
Consp. 3.º ¡Poeta al fin!
Consp. 1.º ¡Conspirador de farsa!
Alf. ¡Escuchadme!
Voces desaforadadas. ¡No! ¡No!!

Alf. (*Con fuerza.*) Viles caudillos,
Y tú, plebe voluble y mercenaria...
Voces. ¡Calla, traidor!
Alf. ¡Vosotros, nobles jefes,
Hablais de libertad, justicia y patria,
Y execrais la ominosa tiranía
Porque no hubo un tirano que os comprara!
— ¡Hez de la humanidád! — ¡Del fango impuro
Del vicio y de la estúpida ignorancia,
Elevaros quereis sobre las ruinas
De los que no quisieron vuestra espada!
— Y tú, plebe infeliz, ¿ser libre quieres,
Aspiras á regirte soberana,
Cuando eres ¡brota el llanto de mis ojos!
De tus ruines pasiones vil esclava?
Voces. ¡Perezca el atrevido!

(*Varios hombres se abalanzan á la tribuna; Alfredo saca dos pistolas.*)

Alf. ¡El que primero
Se atreva á mí!...
Pres. (*Cerrando los ojos.*) ¡Dejadle que se vaya!

(*Alfredo se dirige á la puerta, pistola en mano.—Los conspiradores le abren paso con precipitacion, mientras las turbas mas distantes le insultan con silbidos y vociferaciones groseras.*)

Alf. (*Deteniéndose en la puerta.*)
¡Raza nacida á torpe servidumbre!
¿Así ante un hombre solo te acobardas?

Quiero, antes de partir, darte un consejo,
Si es tiempo aun : — No dés tu confianza
Á viles ni á traidores : — calla y sufre
Tus grillos mientras fueres tan villana.—
— ¡Jamás un pueblo digno de ser libre
Sufrió de esclavitud la innoble carga!

CUADRO SEXTO.

Al Excmo. Sr. duque de Feria.

—

ALFREDO EN EL GRAN MUNDO.

—

Salon aristocrático.

ALFREDO. — BARONESA. — MARQUESA. — UNA JÓVEN. — ARTURO. — *Después*, DUQUE. — CONDESA. — DUQUESA. — UN BANQUERO. — UN MINISTRO. — UN PERIODISTA. — UN ARTISTA. — JÓVENES DE AMBOS SEXOS.

CONVERSACION INOCENTE.

Bar. Poeta, ¿usted por aquí?
Alf. Como usted ve...
Bar. ¿Vuelve al mundo?
Alf. Es un campo muy fecundo
De observacion para mí.
Marq. ¡Cosa mas original!
¿Qué sirve la observacion
A aquel cuyo corazon

Vive en un mundo ideal?

Alf. Es un error...

Marq. ¡Á fe mia!

Pues es vulgar opinion.

Alf. La verdad es la mision

De la suma poesía.

La jóv. Del poeta al embustero

No hay una gran diferencia...

Alf. No se aplica tal sentencia

Al poeta verdadero.

Cuando en cualquiera funcion

Dramática, alegre ó triste,

En vano el pecho resiste

A una creciente emocion,

Y á pésar del colorete

De la dama, y su oropel,

Y de que su amante fiel,

Feo, chico y regordete,

Mas hermoso que Absalon,

Y mas alto una pulgada,

Sombra chinesca plantada

En dos leguas de tacon,

Sale gallardo á la escena

De entre sucios bastidores;

Y á pesar de los furores

Del apuntador, que truena;

Y á pesar de usted saber

Que es todo convencional,

En su pecho virginal
Siente el dolor ó el placer,
Y aun contra su voluntad,
Rie alegre, ó triste llora;
Tal sentimiento, Señora,
¿Es mentira ó es verdad?

Marq. Es un diestro fingimiento.

La jóv. No, Marquesa: — ¡verdad pura!

Alf. Pues cuando en la noche oscura
Y en solitario aposento,
De una vela al resplandor,
Lee usted en cualquiera historia
Las desdichas de la gloria
O las penas del amor;
Y á los soñados enojos
De una pintada figura,
Sube el llanto de amargura
Del corazon á los ojos;
Diga usted: — La potestad
Que, sabido el fingimiento,
Ejecuta tal portento,
¿Es mentira, ó es verdad?

La jóv. ¡Verdad!

Art. Él vulgo delira
Cuando al genio verdadero
Aduna el servil coplero
Sectario de la mentira;
Y es suyo propio el error,

Pues cree poeta sin par
Al miserable juglar,
Mecánico rimador.

Alf. Es cierto...

Marq. Por vida mia,
No lo llego á comprender.

Art. Es fuerza, para creer,
Sentir, en la poesía.

Marq. Si no le fuera enfadoso
Darme su definicion...

Art. Darla buena, en mi opinion,
Empeño es dificultoso.

Marq. Luego, no hay tanta verdad,
Si á un ingenio tal abruma...

Art. Pues bien : — ¡es la ciencia suma...
La luz de la humanidad!

Bar. Eso es algo exagerado...

Marq. Y altisonante y oscuro...

Alf. No se canse usted, Arturo,
En probar lo ya probado.
— Nunca será la razon
Piedra de toque al talento;
Su juez es el sentimiento,
Su palenque el corazon!

Marq. ¿Quién entra allí?

Bar. La Condesa,
Nuestra amiga.

Marq. ¡Hay tal descaro!

¡Venir sin ningun reparo
A insultar á la Duquesa!

Art. ¡A insultarla! — ¿Cómo así?

Marq. ¿No sabe usted lo que pasa
Há ya tiempo en esta casa?

Art. No...

Marq. Es público por ahí.
El Duque, que es un señor
Al parecer muy formal,
Profesa un culto especial
Al dios pequeñuelo, Amor.

Art. ¿Y qué?

Marq. De la bailarina
Que sabe usted, ya cansado,
A la Condesa ha inclinado
Su amor...

Bar. (*A Alfredo.*) ¡Lengua viperina!

Art. ¿Y el Conde?

Marq. ¡Es todo un marido!

La jóv. Tiene ojos, pero no ve...

Marq. ¡Pobre Duquesa! — No sé
Cómo hasta hoy los ha sufrido.

Bar. Vamos, señora Marquesa,
Que ella se venga muy bien
Con...

Marq. (*A Arturo.*) ¡Qué lengua!

Art. (*Con ironía.*) ¿La de quién?

Marq. ¿No ha oido á la Baronesa?

(*La Duquesa se acerca, trayendo de la mano á la Condesa.*
—Cambio de besos como el de Júdas.)

Bar. ¡Bien venidas las hermosas!
Duquesa. ¿Qué haceis en este rincon?
Bar. En buena conversacion...
Marq. Hablábamos de mil cosas
A cual mas indiferente...
Cond. ¿Sin murmurar?
Marq. ¡Qué malicia!
Cond. Esto aumenta la delicia
Del pasatiempo inocente.
Bar. Allí viene su excelencia
Asnal.
Art. (*A Alfredo.*) Ese es un ministro...
Alf. Ya ha caido otro registro.
Bar. Y el tipo de la insolencia
Detrás...
Alf. (*A Arturo.*) ¿Quién?
Art. Un periodista
Que fué sastre ó zapatero...
Marq. ¡Uf! —Y el asno del banquero...
Cond. Con el estúpido artista.
Marq. ¿Cómo tan tarde, Señor? (*Al Ministro.*)
Cond. ¡Hola! — ¡El tenor celebérrimo!
Bar. Y el ministerial acérrimo.
Marq. ¡Y Creso el encantador!
—¡Qué cuatro para tirar (*Ap. á Alf. y á Art.*)
Del carro de la basura!

Alf. (*A Arturo.*) ¡ Qué perversa criatura!
Art. Pues como ella hay mas de un par.

(*Alfredo va al encuentro del Duque, que acaba de entrar.*)

Min. ¿Quién es ese?
Bar. Es un autor
Dramático...
Min. ¿Celebrado?
Bar. Tal cual...
Art. Es muy desgraciado.
Bar. Es su enemigo mayor
Él propio...
Min. ¿Cómo?
Bar. Sí. — El gremio
De los poetas evita...
Art. Por lo cual este le quita
Siempre el merecido premio.
Marq. De su genio la aspereza,
Su procaz mordacidad...
Art. Son amor á la verdad
Y generosa franqueza.
Marq. De pública voz y fama
Es cuanto aquí he repetido.
Art. Siempre el vulgo ha perseguido
A quien sus vicios proclama.
Min. No tiene mala figura...
Bar. Eso sí : — finos modales...
Art. Es de gentes principales

La verdadera finura.
Period. No carece de talento.
Art. Nadie le tuvo mayor...
Banq. Y ¿es rico ese buen señor?
Art. De virtud y entendimiento.
Banq. Señor Conde, ese papel
No tiene curso en la plaza...
Art. Ya sé que usted lo rechaza.
Banq. ¿Yo?...
Min. (*Ap.*) ¡Atrevido es el doncel!
Period. Es vicho raro...
Art. Es verdad...
Como usted vicho comun...
Period. ¡Caballero!... Soy...
Art. Segun
Se estila en la sociedad.
Min. Y ¿es noble?
Period. ¡Quiá!...
Art. Con certeza
No hay uno en todo el salon
Que tenga mejor blason
Ni mas antigua nobleza.
Min. ¿Es nuestro amigo? (*Al periodista.*)
Period. Al contrario...
Min. Si una cruz se le otorgara
O pension...
Art. Las rechazara
Como un cohecho nefario.

Alf. (*Adelantándose hácia el grupo y tendiendo la mano á Arturo.*) ¡Gracias, hermano!

Art. ¿Por qué?

Alf. Como hablais sin precaucion,
Sin la menor intencion
Cuanto hablasteis escuché.

(*El Ministro y Periodista quedan como alelados.* — *Alfredo lés saluda y vase.*)

—

El anciano escuchaba
Con atencion la singular historia,
Mientras la tierna niña se extasiaba
Oyendo el son de aquella voz süave,
Sonora cuanto grave;
No hallando nada igual en su memoria,
A la triste mirada
Ni á la serena frente dilatada
Del jóven narrador; — y el tierno seno
Se agitaba con algo parecido
A un presagio feliz de dicha ó gloria,
Antes jamás sentido
En aquel corazon, de todo ajeno.

—

En tanto que, sereno,
La narracion Alfredo proseguia;
Y el aya, que á pedazos se caïa
(Súplase aquí *de sueño*),

Entre una y otra recia cabezada
Solia despertar sobresaltada,
    Creyendo que su dueño
Su descortés conducta reprendia;
    Y á Alfredo interrumpia,
Diciendo en ronca voz y tono enfermo :
Yo, para oir mejor, finjo que duermo.

CUADRO SÉTIMO.

Al Ecsmo. Sr. marqués de Auñon.

—

CONTRASTES.

—

Es una tarde plácida
Del caloroso estío:
Blando suspira el céfiro,
Pasa callando el rio,
Y tras de excelso monte
Que cierra el horizonte,
Se oculta el disco pálido
Del moribundo sol.

Y en las supernas bóvedas
Mil grupos intranquilos
De leves nubes mézclanse
En caprichosos hilos;
Formando en sus celajes
Riquísimos encajes
De oro y zafiro espléndido,
Y nácar y arrebol.

Callan los ecos tímidos
Del bosque y la pradera;
Yace en reposo tácito
La creacion entera;
Y en la florida alfombra,
Grata invitante sombra,
Reclina el cuerpo lánguido
Un jóven cazador.

Quietud profunda, unánime,
El valle así domina,
Que ni aun se escucha el álito
Del aura vespertina;
Y del mancebo el alma,
Contraste á la honda calma,
Rasga el turbion terrífico
Del llanto y el dolor.

En lo pasado, lúgubres
Se agolpan las memorias
De goces mil efímeros,
De mil soñadas glorias :
Las puras alegrías
De sus primeros dias,
Que cual fugaz relámpago
El tiempo arrebató.

Y luego el vago anhélito
De aquella edad florida,
Lago tranquilo y diáfano
Del mar de nuestra vida;
Lago trocado en breve,
Por el destino aleve,
En borrascoso piélago
Que el ábrego agitó.

La juventud riquísima
De fuerza y de bravura,
Que á las futuras épocas
Con planta va segura;
Sin ver que los engaños,
Aun antes que los años,
En multitud indómita
Su fe quebrantarán.

¡Cuántos halagos pérfidos
De impúdicos amores!
Cuántos afanes ímprobos
Con fruto de dolores!
Y el jóven, en su llanto,
Contempla con espanto
Las mil y mil imágenes
Cómo pasando van.

—Aquí, cual lampo, rápida,
Carmin el rostro y nieve,
De una mujer bellísima
Pasa la sombra leve:
De faz encantadora,
De corazon traidora,
Fué la primera ráfaga
Que ajó su juventud.

Allí otra sombra lívida
Cruzó con paso lento;
Primer error del ánimo
Siguió al del sentimiento;
Y á aquellas dos heridas
Mas crudas y sentidas,
La fe, en su pecho náufraga,
Dudó de la virtud!

Tras estas, un sinnúmero
De sombras van pasando,
De faz las unas tétrica,
Otras de rostro blando;
Varones y mujeres
De varios pareceres,
Y empero, todos hábiles
Maestros de traicion.

Luego recuerdos vívidos
De júbilos pasados,
Y amor y gozo púdicos,
Un tiempo despreciados,
Y un malestar creciente,
Desgarrador, latente,
Conturba al par del mísero
El seno y la razon.

Después, formando círculo
Las diáfanas figuras,
Pueblan en torno el ámbito
En danzas mil impuras;
Y el jóven, conturbado,
Se juzga ya bajado,
En tenebroso vértigo,
Al Báratro infernal.

Y el corazon, impávido
Un tiempo, á lid tan ruda,
En su temor sacrílego
Hasta del cielo duda;
Cuando, cual sol naciente,
Levántase en su mente,
Una tras otra línea,
Un ser angelical.

Y la memoria alígera
Despierta una por una
Las notas de aquel cántico
Que le arrulló en la cuna;
Y á aquella voz süave,
Y al propio tiempo grave,
Siente en el pecho súbita
La calma renacer.

La imágen lenta acércase
Con paso majestuoso;
Se alzan los secos párpados
Del sueño fatigoso,
Y por las mil heridas
Del alma, doloridas,
Siente el cuitado un bálsamo
Dulcísimo correr.

—Tras ella, blanda, tímida,
En honda lontananza,
Surge una vírgen púdica,
Emblema de esperanza;
Y luz tan peregrina
Baña su faz divina,
Que el coro de los ángeles
No la gozó mayor.

El jóven, mudo, estático,
Contempla su hermosura,
Bañado en tiernas lágrimas
De amor y de ventura;
En tanto que, amorosa,
Sonríele piadosa
La alta vision, y el huérfano
Olvida su dolor.

Y cual del íris fúlgido
El arco prepotente
Disipa la calígine
Del huracan fremente;
Las célicas visiones
Destierran las legiones
De espíritus maléficos
Del Tártaro al confin.

Y fuera ya del vórtice
De su soñar aciago,
De léjos ve su espíritu
Un bonancible lago,
En cuyas ondas puras,
Con él ambas figuras,
Dírigense á las márgenes
Do el júbilo es sin fin.

Y el alma en esa mística
Contemplacion del cielo,
De la prision corpórea
Roto el opaco velo;
Cándida, leve, pura,
Remóntase á la altura
Do alientan los arcángeles
Mil himnos de placer.

Y de la vida inmémore
Olvida sus enojos,
Y en la vision seráfica
Fijos entrambos ojos,
En mares se extasia
De amor y de armonía,
Al pié del tabernáculo
Del infinito Ser!

Mientra en la azul atmósfera
Bogando va la luna,
Cual surca el cisne cándido
La véneta laguna;
Trayendo entre desmayos
Sus blanquecinos rayos
Á tierra y mar los éxtasis
Divinos del amor.

Y con murmurio plácido
Va resbalando el rio,
Y se oye de la tórtola
El cariñoso pio,
Y con susurro blando
El valle embalsamando,
Mueve amoroso céfiro
El cáliz de la flor.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

CUADRO PRIMERO.

A Federico de Madrazo.

LA VUELTA.

Por una angosta senda,
Con paso fatigado,
Un jóven peregrino
Camina con ardor :
Á ocaso el sol declina,
Y ya tras de un collado
Vecino, moribundo
Se oculta su fulgor.

Es una montañuela,
De cuya verde cumbre
Se mira un ancho valle
De gran fertilidad :
Ya en él no da la viva
Del sol fulgente lumbre,
Y su reflejo vago
Mas límites le da.

—

Llegando allí el viajero,
Detiénese anhelante,
Descubre respetuoso
Su frente juvenil ;
Y gota á gota baña
Su intrépido semblante
Llanto de amor, que sube
Del pecho varonil.

—

Después de tan crüeles
Larguísimos pesares,
Concédele fortuna
Un punto de placer :
Aquellos son los dulces,
Sacros, paternos lares,
Que tras prolija ausencia
Torna dichoso á ver.

Allí por vez primera
Amó y fué tan amado;
Allí aprendió el purísimo
Amor de la virtud:
Allí do vuelve ahora
El pecho lacerado,
Tocando al fin su efímera
Primera juventud.

—

Y mil recuerdos caros
Agólpanse en su mente,
Memorias placidísimas
Del tiempo que pasó;
De la fugaz infancia,
Edad tan inocente,
Donde ni amargas lágrimas
Ni penas conoció.

—

Y en torno á sí mirando,
Tortura su memoria,
Y nombra uno por uno
Objetos mil y mil:
Testigos todos fueron
De su primera historia
Las peñas y los árboles
Del rústico pensil.

Aquel es el collado,
Aquella es la ladera
Que al aura vespertina
Solia recorrer:
Allí le daba rosas
La gaya primavera;
So aquel frondoso tilo
Sentábase á leer.

—

Mas léjos... sí... es aquella
La fértil enramada
Donde á la viuda tórtola
Su esposo devolví;
Y aun oigo el blando arrullo,
Y aun veo la mirada
Con que pagóme, trémula,
El gozo que la dí.

—

Aquellos verdes juncos
Y cimbradoras cañas
Que forman vagas ondas
Un poco mas allá,
Cubren el claro arroyo
Que corre entre espadañas,
Y al mas cercano rio
Á confundirse va.

Y el gótico castillo
Que miro en lontananza,
Es de mi tio el Conde
Espléndida mansion;
Mas no descubro el techo
Do yace mi esperanza...
¿Qué anuncia este vivísimo
Latir del corazon?

—

—Y de la humilde cumbre
Bajando va hácia el valle,
Y una ansiedad creciente
Le agita á su pesar:
Esmaltan gayas flores
La tortüosa calle,
Cuyo perfume aspira,
Sin verlas, al pasar.

—

Con presurosos pasos
Ya corta la llanura;
Ya un verde bosquecillo,
Corriendo, atrás dejó;
Ya de una suave loma
Llegando va á la altura;
Mas al llegar, la rápida
Carrera suspendió...

II.

Descúbrese de allí el humilde techo
Que cobija el paterno, sacro hogar,
Y el corazon, saltándose del pecho,
Casi le hace imposible respirar.

—

Allí en aquel estrecho y pobre asilo,
El amor maternal meció su cuna;
Allí el sueño durmió puro, tranquilo,
De aquel que aun no lidió con la fortuna!

—

¡Allí de un padre el labio venerando
Dictó la ciencia á su pueril razon,
Y en su alma inocente fué infiltrando
Los gérmenes de honor y religion!

—

Mas ¡ay! ya no verá su rostro amado
Ni volverá á escuchar su voz querida;
Léjos aun era el jóven desterrado
Cuando apagó la enfermedad su vida.

¡Ay! — Mirándose á par huérfana y viuda,
¿Vivirá aun la desolada anciana,
O del fiero dolor la espada aguda
Habrá segado su existencia humana?

—

Y á tan infausta idea le fallecen
Las fuerzas y se anubla su razon,
Y sus músculos todos se estremecen,
Y su sangre refluye al corazon.

—

¡Dulce filial amor, santo cariño,
Imágen pura del eterno amor,
El hombre fuerte, como el débil niño,
Sienten iguales tu divino ardor!

—

¡Unico sentimiento de la tierra
Que no cede á la humana veleidad,
Y guarda pura en la mundana guerra,
E invariable, su dulce intensidad!

—

¡Virginidad del alma, hasta la muerte
Incólume de manchas y de error;
Flor mas lozana y olorosa y fuerte
En las roncas tormentas del dolor!

¡De la fe paladion, arca sellada,
Gérmen que lleva en sí toda virtud,
De amor divino prenda conservada
Hasta en la ignominiosa esclavitud!

—

—Tiembla el jóven, y llanto de agonía
Baña copioso el varonil semblante,
Mas reune su fuerza y energía,
Y sigue por la senda hácia adelante.

—

Y ya descubre el humo vaporoso
Que en parduzca espiral sube á la altura;
Ya mira... Mas de un canto religioso
Se oye entonces la mística dulzura.

—

Un canto melancólico y süave,
Del corazon tristísimo lamento,
Con la música dulce cuanto grave
Que fué de un moribundo pensamiento[7].

—

En la tierra al alma
No hay consuelo ya,
¡La perdida calma
Nunca volverá!
Sin el caro esposo,
Presa dèl dolor,
¿Dónde el tiempo hermoso
Del amor?

—

Tórtola vïuda,
Deja ya el pensil,
La estacion es ruda,
Ya acabó el abril:
Fué la primavera
Tiempo del amor
¡Y esta es la ribera
Del dolor!

—

¿Dónde el caro nido
Que con él labré,
Y el pensil florido
¿Dónde, dónde fué?
Débil fué el escudo
De mi tierno amor
¡Ay! del noto rudo
Al furor.

Mas no gimas, alma,
Cese el duelo ya;
La perdida calma
Presto volverá:
Con el caro esposo,
Libre del dolor,
Vuela al reino hermoso
Del amor!

—

Cesó el canto por fin, y aun extasiado
Oye el jóven, sin voz ni movimiento,
Que, del aura nocturna modulado,
Aun dulce vibra su postrer acento;

—

Y sube á las regiones que el sol baña
En vagas espirales de sonido,
Y en breve en el hogar y en la campaña
Todo quedó en silencio sumergido.

———

CUADRO SEGUNDO.

A mi Madre.

EL HIJO, LA MADRE.

¿Tornaste á ver, lector, tras larga ausencia
La verde orilla de los patrios lares,
Después de pesadísimas fatigas,
Y congojas y sustos y desastres,
En medio á indiferentes corazones,
Desvalido y oscuro caminante,
Al fulgor del lucero matutino
O al crepúsculo vago de la tarde?

¿Acaso descubriste el pobre techo,
Templo de los domésticos penates?
—Di : — ¿no sentiste entonces los latidos
Del tierno corazon centuplicarse,
Ser poco el aire á tu anhelante seno,
Estrecho al curso de la hirviente sangre,
Trémula vacilar tu planta firme,
Y tus ojos de lágrimas llenarse?
Y ¿en medio á las violentas emociones
Del fuerte cuanto súbito combate,
Sumirse el alma en un inmenso piélago
De santo amor y dichas inefables?
— Si tal placer sentiste, empresa inútil
Será que ahora me esfuerce yo en contarle;
Mas vana aun, si te es desconocido;
Que ni el genio mayor fuera bastante,
Ni es dado á lengua alguna que usen hombres
Describir las delicias celestiales.

—

—Llamó Alfredo á la ya cerrada puerta
Con golpes al principio vacilantes,
Respondiendo al rumor intempestivo
Con su sordo gruñir los fieles canes;
Pero aun repiten los campestres ecos
Los golpes, aunque tímidos, vibrantes,
Y reina ya en el rústico tugurio
El silencio anterior : — en son mas grave

Torna á llamar el jóven, y redoblan
Los perros sùs gruñidos formidables :
— Una voz càriñosa les reprende
Su honrado celo ; tuércese la llave,
Y un instante después sobre sus quicios
De la ancha puerta entrambas hojas se abren.

—

Una mujer de humilde continente
Y pobre, aunque limpísimo ropaje,
Asoma en el umbral : — su dulce rostro
Ajeno á las revueltas tempestades
De la mundana vida, empero lleva
De la provecta edad claras señales.
Al mirar al viajero, cautelosa
Examina la edad, el rostro y traje,
Y luego cariñosa le saluda,
Contenta al parecer del nimio exámen.
— Erá el ama de Alfredo ; mas su vista,
Con la edad disminuida ó con los males,
La impide que al mancebo reconozca,
Mientras este, de gozo palpitante,
Quiere abrazarla ; — empero se contiene,
Y la saluda en voz tranquila y grave.

—

Ama. ¿Qué se os ofrece, Señor?
Alf. Soy, como veis, peregrino...

Ama. ¿Habeis errado el camino?
Alf. No pienso tal, por mi honor.
Ama. Pues la senda que traëis
Solo conduce á esta hacienda.
Alf. Luego no he errado la senda...
Ama. ¿Qué decis?
Alf. Ya lo sabréis.
Ama. Pero entrad, jóven, entrad...
Ya demasiado os detuve...
En preguntar me entretuve.
Alf. Fué justa curiosidad.
Ama. Sentáos... hé aquí un sillon... (*Acercándolo.*)
Avisaré á la Señora...
Alf. ¿Dónde está?
Ama. En su cuarto ahora... (*Yéndose.*)
Alf. ¡Quedo... quedo, corazon!...

— Y con un sentimiento inenarrable
De dulce y melancólica alegría
La sala casi oscura
Examina en redor : — á cierta altura
De la pared sombría
Ve de su padre el rostro venerable,
Que á la dudosa luz vivo parece...
Y el alma se estremece,
Y en el suelo y postrada la rodilla,
Su bendicion con lágrimas implora. —
— Y á un reflejo fantástico que brilla

Sobre el pintado lienzo, se figura
Que dirige la sombra protectora
Su mirada de angélica ternura
Sobre el mancebo que á sus plantas llora.

—

Entre tanto, los perros advertidos
Por el instinto súbito y certero
Que distingue su raza, del viajero
Se arrastran á los piés, y con ladridos
Trémulos y amorosos alaridos
Á su modo demuestran su contento;
    Pero en aquel momento
Oye el jóven un paso vacilante,
    Y, el pecho palpitante,
Se pone en pié con raudo movimiento.
Parece una mujer: — un breve instante
Ve el rostro juvenil, desconocido,
Y, los brazos abiertos, á él se lanza,
Dando de amor tiernísimo gemido. —
«¡Oh mi dicha, mi gloria, mi esperanza,
    Del alma hijo querido!
    ¡Por fin ¡oh Dios! te estrecho
    Sobre el amante pecho
Que tanto tiempo te lloró perdido!

—

Y le besa en la frente y ambos ojos,
Y la negra, empolvada cabellera,
Y le torna á besar, y sus enojos
Olvida, y por dichosa se tuviera
La infeliz si besándole muriera!

—

Luego á la imágen del perdido esposo
Convierte la dulcísima mirada,
Y brota de dolor llanto copioso
De su alma lacerada...
Pero torna á mirar la prenda amada
De aquel tan casto amor como felice,
Y le torna á besar y le bendice,
Y le torna á besar y se consuela...
Alfredo á sus caricias corresponde,
De tierno amor en lágrimas bañado;
Mientras que, á su pesar, la mente vuela
Al lejano confin donde se esconde
Un ángel adorado...
«¡Oh! — De mi madre al lado,
¿Por qué no es hoy completa mi alegría?»
—Y el alma en voz sumisa le responde:
«¿Puedes tú ser dichoso sin María?»

———

CUADRO TERCERO.

A Genaro Perez de Villa-amil.

—

EL NIÑO.

—

Alfredo en la orilla del mar.

I.

Era el hora serena y apacible
En que espira la luz del rey del dia;
El viento susurraba bonancible,
El mar sobre la playa se dormia...

—

De cuando en cuando, con rumor süave,
Algun ave marítima en su vuelo
La calma interrumpia dulce y grave,
Que reinaba en el viento y mar y suelo.

Alguna aventurera golondrina,
Que volvia al paterno caro nido,
O la veloz paviota blanquecina,
Nuncio lëal del Noto enfurecido;

—

O de un peñasco altísimo y desnudo,
Titan en la ribera encadenado,
Lanzaba el alcotan su grito agudo,
Pirata de los aires despiadado.

—

Mas cesaba el rumor, y proseguia
El blando imperio de la dulce calma,
Y Alfredo, meditando, repetia
Con la corpórea voz, la voz del alma.

—

EL SOL PONIENTE.

MEDITACION.

¡Con cuán lenta majestad,
Noble luminar del dia,
Camina tu claridad,
De la azul region vacía
Por la vasta inmensidad!

Puebla tu luz bendecida
Tierras y mares y vientos,
Y á tu fuerza enardecida
Tornan de nuevo á la vida
Los dormidos elementos!

—

Por la region celestial,
Entre celajes de tul,
Vas, gigantesco fanal,
Á perderte en el cristal
De ese inmenso espejo azul.

—

Y palidecen los rayos
De tu luz deslumbradora,
Y mientra el mundo te llora,
Entre lánguidos desmayos
Tu disco se descolora.

—

Y como á perderte vas
En el remoto occidente,
El corazon y la mente
Preguntan si volverás
Por las puertas del oriente.

Volverá tu resplandor
Á animar tierras y mares
Con fuego generador,
É inmensos himnos de amor
Se alzarán en tus altares;

—

Mas al ver esa del dia
Postrera luz moribunda
Siento presa el alma mia
En misteriosa y profunda
Y santa melancolía;

—

Que eres imágen, ó sol,
Del cenit en la altitud,
De la fuerza y juventud,
Y tu pálido arrebol,
Presagio del ataud!

—

—¡Quién sabe, ó sol, si mañana
Cuando torne el mundo á verte,
Por decretos de la suerte,
Cuanto es en mi vida humana
Será presa de la muerte!

¡Si el osado corazon,
En que hoy sangre hirviente late,
Y la altanera razon,
No oirán ya la confusion
De este revuelto combate!

—

¡Y empero, el alma atrevida
Y el rápido pensamiento
Reluchan con ardimiento,
Sin contemplar que es la vida
Un efímero momento!

—

¡Sin ver ¡ay! que la ambicion,
Que en incesante agonía
Turba el pecho y la razon,
Sueño es de la fantasía,
Delirio del corazon!

—

— Miserable humanidad,
Á tantas glorias creäda
Por la suma Potestad,
¿Nunca serás perdonada
De tu primera maldad?

Por tu soberbio pecado
Te condena un Dios airado
Á recoger ¡oh dolor!
En llanto y sangre amasado
El fruto de tu sudor!

—

— Raza de ángeles caidos,
Del cielo desheredados,
Que naceis entre gemidos,
Y vivis desesperados,
Y moris desprevenidos!

—

¿Por qué la vida adorais?
Por qué á la muerte temeis?
— ¡Tanto al bien desconoceis,
Que el dolor idolatrais
Y la dicha aborreceis! —

—

¡Oh padre sol! — Si mañana,
Cuando torne el mundo á verte,
Fuera presa de la muerte
Cuanto es en mi vida humana,
Por decretos de la suerte,

¡De cuánto amargo dolor,
De cuánta fiera inquietud
Me libertara, en su amor,
El sumo Dispensador
De la dicha y la virtud!

—

Tú, en tanto, ó sol, por igual,
En tu carrera gentil,
Viertes tu puro raudal
Sobre el áspero erïal
Y el aromoso pensil;

—

Que eres imágen sensible
De la suma Potestad;
Y al bien y al mal impasible,
Sigues tu curso apacible
Con serena majestad.

—

—Púsose el sol en fin; — el claro cielo
Cubríase de pardos nubarrones,
Y empezaba á turbar el mar y el cielo
La voz de los tremendos aquilones.

Tornóse á convertir hácia este mundo
Del jóven el veloce pensamiento,
Cuando el mar se agitaba furibundo
Bajo el azote del airado viento.

—

Y miró en derredor, como buscando
En la borrasca súbita un asilo,
Y á un niño vió en la playa, meditando
Con tan triste ademan como tranquilo.

—

Como una estatua del dolor, plantada
Del mundo en medio al vórtice, le mira,
En pié sobre una roca ya bañada
Por las olas que el mar lanza en su ira.

—

Al aire en rubios copos ondulantes
Se agita la rizada cabellera,
Bañada por las chispas coruscantes
De las olas que invaden la ribera,

—

Los flacos, tiernos brazos levantados,
Como implorando la piedad del cielo,
Y los ojos, en lágrimas bañados,
Con expresion de amargo desconsuelo.

E inmóbil sigue en su pensar sumido,
Ajeno á las borrascas de la tierra,
Mientra á sus piés el mar enfurecido
Ruge del noto á la incesante guerra.

—

Mas ve Alfredo el peligro, y á él se lanza,
Y le coge, y en rápida carrera
Hácia el cercano bosque se abalanza,
Hasta perder de vista la ribera;

—

Y so el verde espesísimo ramaje,
Que allí le ofrece momentáneo abrigo,
Detuvo un punto el rápido vïaje,
Y al niño interrogó con tono amigo:

—

Alf. ¿Qué hacias, niño, tan tarde
En la ribera del mar?
Niño. Señor, rezar y llorar...
Alf. Dime, y así Dios te guarde,
¿Eres huérfano?
Niño. Señor,
Perdí hará un año á mi padre;
Pero aun gozo de mi madre
El inmenso y santo amor.
Alf. ¿Sois pobres?

Niño. Lo somos tanto,
Que la mitad de la vida
Es nuestra sola comida
Nuestro amarguísimo llanto.
Alf. ¿Dónde vivis?
Niño. Caballero,
Si juzgais que vida sea,
En esa vecina aldea...
Pero vos... ¿sois forastero?
Alf. No: — nací en estas regiones;
Mas, dime: en vuestra horfandad
¿No os ayuda la piedad?...
Niño. Duros son los corazones
De los ricos de la tierra...
Alf. Pero... ¿no teneis amigos?
Niño. Como nosotros: mendigos.
—La puerta nunca se cierra
Del pobre; — pero en su hogar
Halla el que lo ha menester,
Males que compadecer
Y miserias que llorar...
Alf. Hablas, niño, como diestro
En las desgracias del hombre...
Niño. Mi experiencia no os asombre:
La miseria es gran maestro.
Alf. Quisiera saber tu historia...
Niño. Su cuento os afligirá...
Además, es tarde ya,

Y con hambre no hay memoria.
Alf. ¿Tienes hambre?
Niño. El dia entero
De puerta en puerta corrí...
¡Solo insultos recogí!
— Ayer tarde un caballero
Me dió un pan, aunque algo duro,
Grande y blanco : — hambre tenia,
Un hambre de todo el dia,
Buen caballero, os lo juro ;
Mas de mi madre y mis dos
Hermanitos me acordé,
Y entero se lo llevé...
Alf. ¡Nadie hiciera mas, por Dios!
Niño. En tres partes desiguales
Mi madre el pan dividió
Y á mí la mayor me dió...
Yo dividí en dos iguales
La mia, y una la dí...
El hambre me devoraba :
Partí en dos la que quedaba,
Y una de ellas me comí!
Alf. ¿Y la otra?
Niño. La conservé,
Previniendo el hambre de hoy,
Porque yo el mas fuerte soy...
— Esta mañana se fué
Mi madre hácia la ciudad

Cercana, de una parienta
Suya, noble y opulenta,
A implorar la caridad.
Yo partí entre mis hermanos
El pan guardado de ayer,
Y después fuí á recorrer
Los cortijos comarcanos.

Alf. ¡Oh sublime abnegacion!

Niño. No os entiendo, por mi nombre...
Tengo diez años: soy hombre;
Cumplí con mi obligacion.
El dia entero corrí
En vano de puerta en puerta:
No hallando ninguna abierta,
Del mar á la orilla fuí
Esperando állí encontrar,
Por la marea arrastrado,
Algun marisco olvidado
Con que pudiera llevar
Á mis hermanos sustento;
Pero, como el hombre impío,
Hallé sordo al llanto mio
El despiadado elemento!

Alf. ¿Y entonces?

Niño. Desesperado,
De una vez quise acabar,
Y pensé arrojarme al mar...
Pero en breve, avergonzado

De mi ingrata cobardía,
Desde mi hondo desconsuelo,
Volví, como antes, al cielo
Toda la esperanza mia!
Y oraba mi corazon
Á par con mi pensamiento,
Cuando vos disteis violento
Fin á mi humilde oracion.

—

Alfredo absorto oia
Aquella ingenua y admirable historia,
Que con su voz pueril le repetia
El niño, y contra el pecho le oprimia
Con amor, mientras rauda la memoria
Mil hazañas y mil le recordaba,
Que el mundo registraba
En el archivo eterno de la gloria...
¡Cuán pobres y mezquinas las hallaba!

—

— Aquel niño le daba en su flaqueza
El mas ilustre ejemplo
Del humano valor y fortaleza. —
¡Cuánta clara proëza
Desde el difícil, encumbrado templo,
La fama trapacera encarecia,

Que entonces á sus ojos parecia
    Una farsa grosera,
Parodia de la gloria verdadera!
    ¡Cuántas palmas triunfales
    Y envidiados laureles,
Cuántos heróicos hechos, inmortales,
Convertidos en falsos oropeles!

—

Y sobre sí y la humanidad lloraba,
Ó con sarcasmo amargo se reïa,
Y á par del llanto ó gélida ironía,
De sí y de los demás se avergonzaba!

—

Mas pasó ya la tormenta,
Y entre cándidos celajes
Su faz asoma la luna,
Consuelo de los mortales.

—

Quiere el niño despedirse,
Y Alfredo, con voz amable,
Le ruega que le conduzca
Á la choza de su madre.

Y por una angosta senda
Ambos van, aquel delante,
Con paso en que se traslucen
La fatiga á par y el hambre.

—

Y después de un corto trecho
Detiénese vacilante,
Y á su fiero, unido impulso,
Al fin desmayado cae.

—

Entre sus brazos amigos
Coge Alfredo al tierno infante,
De cuyo angustiado pecho
Se exhalan trémulos ayes;

—

Y entre sonidos confusos,
Que se pegan á las fauces,
No con acento de ira,
Sino de angustias mortales;

—

Escucha Alfredo estas voces,
Que rotas del pecho salen:
« ¡Los ricos son el cuchillo;
Los pobres somos la carne! »

Ya de la cercana aldea
Toca el jóven los umbrales,
Llevando en sus brazos siempre
Al niño casi espirante : —

—

Llega al materno tugurio,
Donde con prontos cordiales
Vuelto en sí apenas el niño,
Quiere ir en pos de su madre.

—

Su protector no se opone,
Y le acompaña; mas antes
Tomó consigo dinero,
Provisiones y ropajes;

—

Y á la alma luz de la luna,
Que alegra tierras y mares,
Ambos á pié se encaminan
A la cabaña distante;

—

Y entonces, no el niño, Alfredo
Es quien dice con voz grave :
« ¡ Los ricos son el cuchillo ;
Nosotros somos la carne !

II.

LOS HUÉRFANOS.

En una choza cubierta
De poca y húmeda paja,
Que da libre paso al viento
Y corriente libre al agua;

—

Á la luz tenue y rojiza
De una moribunda lámpara,
Cuyo reflejo dudoso
El confin estrecho agranda;

—

Medio oculta entre las sombras,
Macilenta, desgreñada,
Se mira una hermosa niña,
Que da á la puerta la espalda.

—

Pobrès harapos apenas
Sus tiernas formas recatan
Del frio y de la tortura
De indiferentes miradas;

Y á no ser por sus cabellos,
Que en copiosas ondas bajan
Hasta el escabel humilde
Do yace entonces sentada.

—

Por mil partes, sin esfuerzo,
Libres los ojos, miraran
La tersa y mate blancura
De sus formas descarnadas.

—

Aun ocho años no ha cumplido,
Y la fortuna contraria
Imprimió en su tierna frente
El sello de su honda saña.

—

No se ve ya en sus facciones
Esa tranquila ignorancia
Que el albor de nuestra vida
De tanto atractivo esmalta,

—

Ni sus mejillas ostentan
La morbidez de la infancia,
Ni su sonrisa graciosa
Los dulces labios separa.

—¡Ay triste!—Adultos dolores
El corazon le desgarran,
Y son sus ojos dos fuentes
De lágrimas bien amargas!

—

Tiene en sus brazos á un niño
En la edad de la lactancia,
Y le acaricia tan tierna,
Y le riñe tan sensata,

—

Que, mirándola, parece
Alguna piadosa fada,
Que so un disfraz allí vino
Del tierno infante en la guarda.

—

—Y es que al alma el infortunio
Es lo que el riego á las plantas,
Que con él mas presto crecen.
Y mas fuertes y lozanas;

—

Y el dolor, profunda escuela,
Que depura y aquilata,
Cual los metales el fuego,
Las tres virtudes del alma.—

— Bondad de la Providencia,
Que quiere así equilibrada
De las humanas fortunas
La caprichosa balanza.

—

—Con materno amor oprime
El niño á su corazon,
Y mas bien que canta, gime
Esta sentida cancion :

—

« Duerme, duerme, niño mio,
Cierra un instante los ojos,
Huye del hambre y el frio
Los enojos :
Por tí cariñosa velo
Mientras viene á calmar nuestro quebranto,
Pio el cielo.

—

Las ansias devoradoras
Pasarán, y crudas penas,
Y vendrán otras auroras
Mas serenas.
De nuestro hondo desconsuelo
¿Quién enjugar podrá el deshecho llanto
Sino el cielo?

Duerme hasta el próximo dia,
Hermano mio del alma,
Que hay tras la borrasca umbría
Dulce calma.
Mirando nuestro desvelo
Está aquel padre que nos quiso tanto,
Desde el cielo!

—

En tanto Alfredo y su guia,
Ya dentro de la cabaña,
Con eficaces socorros
El llanto del niño acallan.

—

Y duerme ya ; — y nuestro jóven,
De la semidesmayada
Niña, el vigor moribundo
Con alimentos restaura ;

—

Y... pero un sordo gemido,
Que resonó hácia la entrada
De la choza, le interrumpe...
Vuela Alfredo, y mustia, pálida,

—

Sin sentimiento y sin pulso,
Cual de un rayo fulminada,
Ve una mujer cuyo rostro
Un pañizuelo recata;

—

Pero á la incierta vislumbre
De la moribunda lámpara,
Que de soslayo ilumina
La faz de la infortunada;

—

Mira con dolor y asombro
Que la que yace á sus plantas
Es aquella Adela, un tiempo
Tan orgullosa y gallarda.

—

Entre sus brazos robustos
Con prontitud la levanta,
Y sobre el mísero lecho
Al fin la triste descansa.

—

—Por su egoista parienta
Con gran rigor rechazada,
Tomó sin socorro alguno
La vuelta de su cabaña;

Y al hambre y á la fatiga,
Y á la vista inesperada
De aquel que un tiempo ofendiera,
Sintió desgarrarse su alma. —

—

— Piadoso Alfredo, la ánima
Con cariñosas palabras,
Y sobre su honor le jura
Socorrerla y ampararla.

—

Y cuando ve á la infelice
Mas tranquila y resignada,
Tuerce el paso presuroso
A do su madre le aguarda.

———

RÊVERIE.

A.. ..

Tímida, blanda, misteriosa, pura,
Manantial de suavísima alegría,
Revelacion de célica ternura,
Oculta, omnipotente simpatía;

—

Primer impulso del amor, primera
Emocion, que al nacer agita el alma;
Mas dulce que el amor, mas que él sincera,
Suma expresion de la divina calma; —

—

Por tí el humano corazon se lanza
Ciego en los brazos del ignoto amigo;
Inmenso tu poder, á unir alcánza
El corazon de un rey al de un mendigo.

—

Mas cándida que el niño aun en la cuna,
Toda candor y paz, toda inocencia,
Hasta el mudable humor de la fortuna
Sujetas con dulcísima violencia.

No hay vallas para tí, ley ni costumbre,
Dobléganse á tu voz pueblos y reyes;
Que es del cielo tu blanda mansedumbre,
Y de la tierra las humanas leyes.

—

Mísero el corazon que en sí no siente
Vívido arder tu poderoso encanto;
En vez de vida plácida y rïente,
Será la suya de dolor y llanto.

—

Muy mas mísero aquel, enardecido
En él por otro corazon helado;
Que es amor, cuando no es correspondido,
El único dolor desesperado!...

—

—Vuelto al hogar paterno,
La existencia de Alfredo resbalaba
Tranquila, no dichosa;
Que, grato de su madre al amor tierno,
Empero dia y noche le aquejaba,
Fijo el recuerdo de la niña hermosa; —
Y al ver su posesion tan imposible,
Con desaliento horrible
Su postrera esperanza se apagaba.

Mas, cuando el paso incierto
Dirigia á la costa solitaria
Del mar, y al ancho piélago desierto,
La mirada tendia,
Después de alguna férvida plegaria,
Á lo lejos mirar le parecia
Surgir otra ribera hospitalaria,
Donde entre nubes vaporosas via
La imágen de su angélica María.
Y ajeno el corazon, como la mente,
De la afanosa realidad presente,
Seguian con empeño la ilusoria
Vision, feliz augurio
De otra futura y halagüeña historia;
Y no ya en pobre y rústico tugurio
El delirante soñador se via,
Sino en rica y espléndida morada;
Y á su lado la niña idolatrada,
Que, ya feliz esposa,
Con indecible amor le sonreïa.

—

Y en vivo, claro, inmenso panorama,
En playa deleitosa
El destino á sus ojos descorria
De lo futuro el velo impenetrable. —
— Cuanta virtud y amor inenarrable
El casto lazo conyugal encierra;

Cuanta felicidad cabe en la tierra
Prometíale el cielo favorable. —
Y el jóven olvidaba
Su presente dolor, y se extasiaba
Ante el cuadro risueño,
Que contemplaba en su despierto sueño.

—

Mas, súbito, una nube que cruzaba
El cielo azul de la tranquila mente,
Cubriendo la vision resplandeciente,
Otros cuadros distintos
Le ofrecia en confusos laberintos. —
— Lejanas tierras y revueltos mares,
Y truenos y huracanes bramadores,
Y riesgos á millares,
Y fatigas y sustos y dolores. —
Aquí una tumba abierta,
Una comarca allá triste y desierta;
Aquí un hombre de faz aciaga y ruda,
Con la espada flamígera, desnuda,
Airado, el pecho inerme amenazaba;
Allí en mísero lecho se miraba,
Con rostro macilento,
Víctima infausta de dolor violento,
Tocando ya á la abierta sepultura,
Monstruo insaciable que feroz reia,
Próxima al ver la presa que esperaba;

Y crecian su horror y su pavura;
—Mas de pronto una luz serena y pura
Con plácido fulgor resplandecia,
Y el cuadro aterrador desparecia.

—

Y tornaba á surgir del campo oscuro,
Como al poder de mágico conjuro,
El anterior risueño païsaje;
Y entre el verde ramaje
De amena y feracísima alameda,
Miraba la faz leda
Brillar de su dulcísima María!

—

Y á su lado dos niños pequeñuelos,
Frutos de amor, hermosos como cielos,
Y ella al padre feliz los presentaba,
Y amante sonreïa,
Y el soñador en mares se anegaba
De amor y gratitud y de armonía!

—

Mas la vision de nuevo se ofuscaba,
Y, ya despierto, en derredor veia
Solo ante sí la inmensidad vacía...
. . . .
. . . .

CUADRO CUARTO.

A Pedro de Madrazo.

—

LA MUERTE.

—

Ον οι θεοι φιλοῦσιν, ἀποθνήσκει νέοσ.
MENANDRO.

«Muere jóven aquel que al cielo es caro.»
Mors est jam requies, vivere pœna mihi.
CORN. GALL., *Senectutis descriptio.*

I.

Tal como de una luz pronta á extinguirse
La llama azul, partida y temblorosa,
En solo un breve punto se concentra,
Y mas vivo fulgor en torno arroja;
Así la alma virtud que el pecho anima
Del justo, al espirar, mas generosa
Y mas pura y radiante y mas fecunda,
Ciñe su sien de mística aurëola.

El alma, penetrando en las tinieblas
Del hondo porvenir, su oscura historia
Contempla ante sus ojos desplegada
En un campo de luz, libre de sombras;
Y en proporcion que muere la caduca
Materia que la envuelve y aprisiona,
Con mas vigor y libertad campea
De lo futuro en las tinieblas hondas.

—

Y tal transformacion ¿será presagio
De la inmortalidad, ó bien memoria
De la pasada, prístina grandeza
Que al hombre dió la ciencia crëadora?
¿Bastarán á lavar de aquella culpa
Original, al alma, las congojas
Y los sustos y el llanto y las fatigas
De la humana existencia transitoria?
O bien, peregrinando en otros mundos
En marcha, cuanto lenta, trabajosa,
De crisol en crisol irá perdiendo
Del gran pecado la tenaz escoria,
Hasta que, tersa, hermosa, depurada,
Al fin merezca la inmortal corona?...

—

¡Cuán vana eres, oh ciencia! — Cuán oscura
Y débil la razon! — Y la orgullosa
Descendencia de Adan, raza caida,
Inventa mil sistemas, y amontona
Insensatas teorías, y discurre
Del alma y Dios! — Y en su soberbia loca,
Cuando del débil átomo que habita
En la inmensa creacion maravillosa
Vislumbra apenas las ocultas leyes;
Cuando el arcano de su vida ignora;
Analiza la causa de las causas,
Y á su tamaño mínimo acomoda
Al Infinito, Eterno, Incomprensible,
Sin tiempo y sin espacio y sin memoria!
— ¿Qué eres con él, profunda ciencia humana?
— ¡Vanidad y afliccion y miedo y sombras!

—

II.

En un ángulo sombrío
De un cuarto humilde y estrecho,
En pobre aunque limpio lecho,
Y presa de un mal impío,

Yace la madre que adora
Alfredo, casi espirante.
— Un sacerdote delante
El lecho, con voz sonora,

—

Si trémula y agitada,
Viendo del hijo el dolor,
Le exhorta á aprender valor
De la madre resignada.

—

— Ya el sacramento postrero
Recibió la moribunda,
Y reina calma profunda
En su rostro placentero.

—

Escucha con atencion
Las razones del anciano,
Que halla al dolor sobrehumano
Consuelo en la religion.

—

Y oyéndole se extasia,
Y su fe, mas viva alienta,
Y pasan, sin que las sienta,
Las horas de su agonía;

Que en risueña lontananza,
Allá en la azulada esfera,
Ve ya surgir la ribera
Del puerto de la esperanza.

—

Mas prosigue en su llorar
El mancebo inconsolable,
Y con ternura inefable
Empezó la madre á hablar:

—

«No llores, hijo mio, por mi muerte;
Llora mas bien sobre tu propia vida;
En el trance que juzgas duro y fuerte
Una inmensa dulzura hay escondida.

—

»Después de un breve padecer, dichosa,
Libre de su prision, volará el alma
Á la region serena y venturosa
Do vive amor en perdurable calma.

—

»La muerte es solo un límite plantado
Por el Criador entre una y otra vida;
En esta el llanto reina y el pecado,
La otra con gozo eterno nos convida.

»No llores pues sobre mi fin cercano;
La muerte es una gran libertadora,
Término dulce del vivir humano,
De una vida sin fin serena aurora.

—

»Solo el dejarte huérfano acibara
La dicha de mi plácida agonía;
Pero aquel Ser que al desvalido ampara,
Será tu apoyo, tu consuelo y guia.

—

»En medio á este revuelto torbellino
Sigue animoso la difícil senda ;
No imites al cobarde peregrino
Que en desierto arenal planta su tienda.

—

»Que si el Simún alienta borrascoso,
Halla en la hirviente arena sepultura,
Y el que llegó al oäsis delicioso,
Tiene seguro abrigo en su verdura.

—

»Muere mi voz, se anubla mi mirada,
Refluye al corazon la sangre fria;
¡Ya vislumbro en la patria deseäda
La clara luz del sempiterno dia!

»Enjuga, Alfredo, tu copioso llanto,
Que va á amargar mi postrimer aliento...
Cuando el fin voy á ver de mi quebranto,
¿Qué debe en tí reinar sino el contento?

—

»En el trance que juzgas duro y fuerte
Una inmensa dulzura hay escondida;
Que cuando el polvo es presa de la muerte,
Nace el alma inmortal á eterna vida!»

—

— Dijo, y los brazos tendiendo
Al mancebo arrodillado,
Un ósculo prolongado
Sobre la frente le dió;
Y á bendecirle, amorosos,
Los dulces labios se abrieron,
Y ambas manos se extendieron,
Y... dulcemente espiró.

—

Y el anciano sacerdote,
Cabe el lecho arrodillado,
Alza lento y reposado
Un cántico funeral,

Que repite entre sollozos
El huérfano sin ventura;
Y misteriosa dulzura
Calma su angustia mortal.

—

—Parécele que surge lentamente
Del cuerpo inerte que en el lecho yace,
Una llama sutil, resplandeciente,
En cuya vista el alma se complace.
Con blando murmurío
Un leve vaporcillo, transparente
Cual las gotas del diáfano rocío
Sobre el boton naciente de la rosa,
Al sol primaveral, en torno gira
De la pequeña luz maravillosa:
— Ya se acerca, ya leve se retira,
Ya rodea otra vez la pura llama,
Y en su lumbre se inflama,
Y crece, y se condensa, y se transforma
En una vaga forma,
Aérea y virginal, á semejanza
De humana criatura;
Pero de tan espléndida hermosura,
Que no pudo soñar ni aun la esperanza
Tan celestial figura.

—

Pero mirando mas el rostro bello
Del ser maravilloso,
Aquí una línea, y acullá un destello,
Reconociendo va el semblante hermoso
De su madre adorada,
Cuya alma afortunada,
Crisálida inmortal, del cieno impuro
Sacudiendo las fajas y prisiones,
Tuerce el vuelo á las plácidas regiones
Del sempiterno, celestial seguro.

—

Y el jóven desfallece,
Con mezcla de placer y de pavura;
Mas la vision le mira con ternura,
Y le sonrie amante... y desparece,
Como al lucir el sol la niebla oscura.

—

Y entre tanto el sacerdote,
Cabe el lecho arrodillado,
Sigue, lento y reposado,
El cántico funeral;
Y lo repite el mancebo,
No ya con voz de amargura;
Que una celeste dulzura
Calma su angustia mortal.

III.

Pero un tumulto violento
Turba la casa á deshora,
Y llega una voz sonora
Al solitario aposento.

—

«¿Dónde está, decidme, dónde?»
Clama la voz, «¿dónde está?
Que tarde se me hace ya
Saludar al nuevo conde.»

—

Y por la entornada puerta
Se entra un hombre decidido,
Y cruza descomedido
La estancia casi desierta;

—

Y sin fijar la mirada
En aquel cuadro imponente,
Al jóven triste y doliente
Dijo con voz reposada :

«Ahora acaba de espirar
El Conde : sois su heredero,
Y quise ser yo el primero
En veníroslo á anunciar.

—

»Por la voluntad del cielo
Sois ya rico y poderoso,
Y espero que generoso
Premiaréis, Señor, mi celo.»

—

Alf. Mucho, señor mayordomo,
Os habeis precipitado...
May. Cumpliendo un deber sagrado...
Alf. Pues yo por tal no lo tomo.

—

Dejarais al escribano
Tan enfadosa mision...
May. Fué impulso del corazon...
Alf. ¡Impulso á fe muy villano!

—

May. Al Conde serví lëal;
Lo propio seré con vos...
Alf. Sois previsor; mas por Dios,
Que habeis calculado mal.

May. ¡Buen señor!

Alf. ¡Marcháos al punto!

May. ¡Y tal galardon recibo!

Alf. No servirá bien al vivo
Quien tan mal sirve al difunto.

CUADRO QUINTO.

Al Excmo. Sr. Duque de Rivas.

EL VIAJE.

I.

En un salon espacioso
Del espléndido castillo
Está el señor poderoso,
Como antes, bueno y sencillo :
Ni el poder le hace orgulloso,
Ni altanero le hace el brillo
Del título y la riqueza
Que ahora ensalzan su nobleza.

Con él está aquel anciano
Sacerdote, cuyo celo
En su dolor sobrehumano
Le dió piadoso consuelo :
Ajeno al vivir mundano,
Fija la vista en el cielo,
Nunca empero su amor falta
Allí do el dolor asalta.

—

Alfredo está de partida
Para una ausencia muy larga,
Porque allí pasa su vida
Monótona cuanto amarga :
Con voz dulce, enternecida,
Al buen sacerdote encarga
Sus bienes, y la tutela
De los niños y de Adela.

—

Conmovido el corazon,
Prométele así el anciano,
Y con profunda emocion
Extendió el jóven la mano;
Luego en fogoso bridon
Montó el jóven castellano,
Y del patrio hogar querido
Partió á galope tendido.

II.

De su nativo suelo
Segunda vez le aleja la fortuna;
Segunda vez, mas con distinto anhelo,
Va á buscar un consuelo
Lejos del aura que meció su cuna.

—

Y como espoleando
Va el rápido bridon, su pensamiento,
En curso aun mas violento,
Su pasada existencia recordando,
Le lleva á la region do viera un dia
Aquel astro de amor, sereno y blando,
Que en la tierra amoroso respondia
Al dulcísimo nombre de María.

—

Mas su razon opone mil razones
Á aquel recuerdo vago,
Que con creciente, irresistible halago
Despierta las dormidas emociones
Del corazon; y le recuerda, grave,

La edad tan desigual, y la amargura
Que marchitó del alma la frescura
Y el carácter agrió tierno y süave...
Pero súbita el alma enamorada
Responde, y en la rápida carrera
    Sigue la lucha fiera,
Incesante, terrible, encarnizada.

—

    — Y el jóven peregrino
Ve surgir á ambos lados del camino,
En todo y todas partes, hechicera,
La imágen de la niña idolatrada.
Y en las hermosas flores la veia,
Y en el terso cristal de la laguna,
Y en las nocturnas sombras, descubria
En el disco argentado de la luna
La faz encantadora de María!

—

Y si reinaba la apacible calma,
El blando murmurar del arroyuelo,
Y el trino de melódica dulzura
Del ruiseñor, que canta su desvelo;
    Y la grata frescura
De la brisa gimiente en la espesura;
    En derredor al alma,
Naturaleza entera repetia
El dulcísimo nombre de María!

Y si cubrian pardos nubarrones
El cielo azul, y el sol se oscurecia,
Y al azote de turbios aquilones
La vasta crëacion se estremecia;
    En la lucha violenta
Del viento y tierra y mar con la tormenta,
Sin impedirlo la tiniebla oscura
Ni la tremenda universal pavura,
Miraba el jóven, y á la par oia
La tierna faz y el nombre de María!

—

Mas con esfuerzo sostenido y lento
Recobró la razon su imperio frio,
Y con mas nuevo y prepotente brio
El grito sofocó del sentimiento;
A punto que en la rápida carrera
Llegaba el peregrino á la ribera
Del anchuroso Atlántico: — un navío
    Pronto á zarpar le espera:
    Sin dudar un segundo
Se embarca en él: — el aura vespertina
Llena las anchas lonas, favorable;
Y el jóven viajador, meditabundo,
En medio al vasto piélago mudable,
Con entusiasmo y con valor profundo,
Sediento de verdad, raudo camina,
Nuevo Colon, soñando un nuevo mundo!

—Mas cesa el fausto viento,
Se une del mar la líquida llanura;
Y como en inmutable firmamento,
Queda fija la nao : — niebla oscura
Vela un punto los vívidos fulgores
Del padre sol, y pasa á la carrera;
Y otra niebla la sigue y se aglomera
A la anterior : — los notos bramadores
Retienen el aliento embravecido,
Y en la aparente engañadora calma
Oye con susto el alma
Lejano, sordo, aterrador mugido,
Que se acerca creciendo, y se aminora
Como pasando va, y al fin se apaga;
Y, empero, horrenda destruccion amaga...

—

Tórnase á oir mas cerca y mas distinto;
Y del disco del sol, que ya se oculta,
El postrimero rayo, en sangre tinto,
Redobla el miedo y el peligro abulta.
— Como un inmenso leviatan se mueve
Con lentitud la mar; su crespa espalda,
Poco antes de zafiro y esmeralda,
Ya al noto no resiste,
Y fuego y sangre por do quier reviste.

—

De pronto, bajo el látigo iracundo
Que los azota, hasta la mar inclinan
Los elevados mástiles sus frentes ;
Roto del cielo el tenebroso manto,
Brotan de las inmensas aberturas
Fuego y agua en amplísimos torrentes,
Poniendo al corazon cobarde espanto.
— Puebla una voz terrible las llanuras
Del mar y los espacios del vacío :
Despiertan á su acento tremebundo
Los ecos, y repiten asombrados
La ronca voz del huracan bravío;
Y en cuanto abarca el universo mundo,
En cielo y tierra y mares extermina
Al bueno y al impío,
El rayo de la cólera divina!

—

— ¡ Ay del bajel ! — Apenas
Resisten ya las débiles antenas ;
Faltan las jarcias, y al tremendo empuje
El bien trabado casco, hendido cruje. —
Alfredo en tanto, fuerte,
Mira acercarse rápida la muerte,
Y ajeno de temor y de agonía,
Une al nombre de Dios el de María.

—

— ¡Ay del bajel! — Mas cesa el turbulento
Rugir del aquilon; la luna brilla,
Y turba solo el plácido elemento
En surco leve la afilada quilla...

—

—Toca Alfredo á las playas fortunadas
De la vírgen América; — impaciente
Se lanza á sus vastísimas regiones,
    Por hombres habitadas
De una raza mas jóven y potente. —
Y espera allí ver prácticas lecciones
De amor y de virtud y de justicia
En uno y otro vasto continente;
    Y con suma delicia
Del alma, ve mil pueblos y naciones,
En cuyos muros, costas y fronteras,
A modo de simbólicas banderas,
Se ostentan las palabras inmortales
¡Libertad! — ¡¡Igualdad!! —Libres é iguales
Son los hombres allí: — Todos hermanos:
¡Allí no existen siervos ni tiranos!

—

Pero ve en torno á sí mas lentamente,
Y halla con pasmo y con dolor creciente,
Que las divisas inmortales, puras,
Son solo un manto hipócrita que vela
Imbéciles y torpes dictaduras!

Y donde la ominosa tiranía,
Aun mas veloz al golpe que al amago,
El mundo feracísimo no asuela,
Ejerce cruda su voraz estrago
La bacante feroz de la anarquía!

—

Y ve un pueblo gigante, que de dia
Y noche, infatigable, se desvela
Por extender su indómito dominio
Sobre los otros pueblos comarcanos;
Y profanando los sagrados nombres
De ley y libertad, sus ciudadanos
Llevan ¡vil fratricidio! á sus hermanos
Escándalo, discordia y exterminio!
Y tienen campos fértiles y prados
Abundosos, y florestas seculares,
Lagos inmensos, rios como mares;
Pero, de tantos bienes no saciados,
El imperio codician del ajeno;
Y en el vasto terreno
Donde insaciable su codicia vela,
Expïando el momento favorable
Á devorar su presa miserable,
Están como avanzado centinela.

—

En tanto Alfredo los altivos ojos
Aparta con horror, y en lontananza,
Huyendo de aquel cuadro los enojos,
Busca algo que alimente su esperanza;
Y poco tiempo el bien ansiado anhela.
La infinita abundancia le consuela
De aquellos climas, del Señor amados:
Allí no oiránse al menos los gemidos
De míseros ancianos desvalidos,
Y huérfanos al hambre condenados;
Allí no habrá la horrible diferencia,
Deshonra de la Europa corrompida;
De deberes, derechos y fortuna,
En que nacen los mas á cruda vida
De fatigas, dolores é indigencia;
Mientras los menos son desde la cuna
Llamados al poder y á la opulencia!

—

Y examina en redor, y con espanto
Mira una raza entera condenada
Á eterna y oprobiosa servidumbre!
        Raza nacida al llanto
Y al trabajo sin fin, le está vedada
Aun del amor la grata dulcedumbre;
Que al ver al hijo de su amor ansiado
El siervo, ve otro siervo encadenado
Al ominoso y degradante yugo;

Y de vil corazon ó de alma fuerte,
Solo hallará en el seno de la muerte
Un asilo seguro y respetado,
Al azote del bárbaro verdugo [8].

. . . .

. . . .

. . . .

¿Tú lo miras, Señor omnipotente,
Y sufres y perdonas,
O en crudo, raudo, asolador torrente
Tus iras amontonas?

—

Te insultan los verdugos inhumanos,
Invocando tu nombre;
¡Los hermanos devoran sus hermanos,
El hombre vende al hombre!

—

¡Señor! — Cuando del Gólgotha en la cumbre
Vió el mundo tu agonía,
¿No fué de la oprobiosa servidumbre
El postrimero dia?

—

Si fué, Señor, tu sangre derramada
Salud al universo,
¿Por que vive esa raza condenada
Á un hado tan adverso?

— La obra de redencion no fué cumplida
Si aun siervo gime el mundo. —
¿Serán de todo un Dios la sangre y vida
Holocausto infecundo?...

—

—Flaco mortal, que en la tiniebla oscura
De tu mezquina ciencia,
Te atreves á acusar, en tu locura,
La suma Providencia;

—

Imitador del ardimiento insano
Del arcángel precito,
¿Osa juzgar tu orgullo al soberano
Señor de lo infinito?

—

Porque tus flacos ojos terrenales
Acusen tu impotencia,
¿Límites das precisos y fatales
Á la infinita ciencia?

—

¡De este cáos mortal, vertiginoso,
Entre la niebla oscura,
Vive eterno el principio luminoso
De la verdad futura!

Y ¡á pesar de sí misma y del averno,
La humanidad camina
Al fin que la ordenó, sumo y eterno,
La voluntad divina!

—

¿Juzgas el campo estéril y asolado?
—El grano está latente.—
El árbol del saber, fruto vedado,
Germina lentamente.

—

En medio á la ignorancia tenebrosa
Y el crímen y locura,
La incubacion prosigue misteriosa
Con marcha mas segura.

—

Al través de ese impuro torbellino
De crímenes y errores,
Irradia el sol de la verdad divino
Con vivos resplandores.

—

Y en torno de él, en círculo girando
Van mil generaciones,
Á su luz lentamente desgarrando
Sus fajas y prisiones.

Y llegarán los tiempos, hoy distantes,
De su imperio fecundo. —
— ¡Los siglos de la historia son instantes
En el vivir del mundo!

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

TERCERA PARTE.

CUADRO PRIMERO.

A...:

EL ENCUENTRO.

Noche de primavera. — Baile en el Prater de Viena.

¡Oh!
¡Cuántas
Luces
Bellas!
— Semejan
Nocturnas
Estrellas. —
¡Cuántas flores
Y enramadas!
¡Cuántas Perís
Retratadas

En los espejos
Y serpentinas!
—Leves ondinas
Vense á lo léjos.—
Los vivos reflejos
De tantos fanales,
Los puros cristales
De pilas y fuentes,
Triplican las fulgentes
Antorchas, y á los ojos,
Aun sin causar enojos,
Marean y fascinan;
Mas ya ledas caminan
Por los floridos senderos,
Vistosas y engalanadas,
Mil damas, acompañadas
De gallardos caballeros.

—

La música rompe apacible,
Cubierta de flores y ramas;
Detienen el paso las damas,
Buscando la orquesta en redor;
Mas sigue tañendo invisible,
Que dobla el misterio su encanto...
Y... cesa el melódico canto,
Y el wals empezó seductor.

—

¿Veis si se oye la trompa de guerra,
Triste nuncio del riesgo civil,
Cómo pueblan el valle y la sierra
Mil valientes volando á la lid?

—

Tal la gaya Terpsícore mueve,
Á la voz del frenético wals,
Numeroso escuadron, cuanto leve,
Que se mezcla y confunde á compás.

—

—Mustia, inmóbil, si firme, la mirada,
Fulminada la frente, no abatida,
Como una estatua del dolor, plantada
En medio á tanto gozo y tanta vida,

—

Yace un jóven. — Al ver la gaya fiesta
Contrae su varonil fisonomía
Sarcástica expresion, mas no funesta;
Que es en breve piadosa simpatía.

—

¡Ay! — Tanta juventud, tanta hermosura,
Tanta esperanza de poder, fundada
Al pié de la entreabierta sepultura,
Al borde del abismo de la nada!

Y aislado, en medio á la feliz cohorte,
Triste solo en la alegre confusion,
Bajel sin rumbo, brújula sin norte,
Siente sangre manar del corazon.

—

—De pronto evoca el alma una memoria
De tormento y dulzura sin igual,
Como el recuerdo de pasada gloria,
Alegre y melancólico á la par.

—

Aquella niña que entrevió un instante,
Que al alma devolvió su juventud,
Y mostró al corazon ya vacilante
La senda del honor y la virtud...

—

¿Qué será de su suerte? —¿Dónde ahora
Se oculta, por su mal, tan puro ser?
¿Dónde? — Una aparicion encantadora
Vino la amarga duda á esclarecer.

—

En medio al revuelto, veloz torbellino
De tantas parejas que vienen y van,
La forma terrestre de un ángel divino
Disipa del jóven la duda y afan.

Cabe él leve pasa la linda figura,
Adorno el mas alto del regio jardin,
De blanco vestida, y es tal su hermosura,
Que el cielo, al crearla, formó un serafin.

—

Levísimos giran los albos cendales
En torno á la vírgen con blando rumor;
Dijéranse genios de amor celestiales,
Las alas batiendo de un niño en redor.

—

Ligera corona se ciñe á su frente,
De lirios, emblema de casta virtud;
La faz purpurina decoran fulgente,
Do juntas rebosan la dicha y salud.

—

Contémplala el jóven, de gozo extasiado,
De un sueño la juzga mentida vision;
Mas mírala entonces, pasando á su lado,
Y fe y esperanza cobró el corazon.

—

Y en ella, y á un tiempo, del ángel caido
La mente y el alma fatídicas ven,
Tras rudas memorias de un cielo perdido,
Felices presagios de un místico eden.

Y fijos en su encanto con fuerza entrambos ojos,
Entre el revuelto vórtice la siguen con afan,
Y pérfidos engaños y túrbidos enojos
Á su influencia mágica despareciendo van.

—

Y ya á su vista anúblanse los plácidos jardines,
Las hechiceras damas de vario parecer,
Las luces de colores, los báquicos festines,
Y la acordada música y el himno del placer.

—

¡Oh amor omnipotente, luz de la luz divina,
Santo y fecundo gérmen de toda creäcion,
En las azules bóvedas el sol por tí camina,
Y alienta el blando céfiro, y brama el Aquilon!

—

Tú das la brisa lánguida al caloroso estío,
Refrigerante lluvia tras negra tempestad,
Y al abrasado trópico das húmedo rocío,
Y al norte oscuro y gélido la aurora boreäl.

—

Del luminar espléndido, que vida y luz derrama,
Hasta el reptil inmundo, que el lodo apacentó,
¿Qué ser, gigante ó mínimo, de la creacion no ama?
Qué átomo no obedéce tu prepotente voz?

. . . .

. . . .

. . . .

Mas ya no se escuchan
Del wals los acentos;
De pronto se cortan
Los dulces requiebros;
Que padres y madres
Escuchan severos
Palabras melosas
De blondos mancebos.
— Solo hay una silla
Al lado de Alfredo,
Que en pos de su amada
De espaldas se ha vuelto,
Juzgando que es una
Que mira á lo léjos,
De arbustos y flores
El rostro cubierto.
— Pero una voz dulce
Aun mas que el cecco
Del niño adorado
Al amor materno,
Así le pregunta:
« ¿Erais vos, Alfredo?
Hay ya tantos años
Que, ingrato al afecto
De mi padre y mio,

Os fuisteis, que al veros
Juzgué que una sombra
Fingia el deseo!...
— Mas no me responde,
Y empero, es su aspecto.
¿Me habréis olvidado?
Yo soy... »

Alf. «Del Eterno
La imágen mas pura,
Su amor predilecto!»
— En esto el anciano
Wilfrido, que atento
Al jóven miraba,
De un ángulo opuesto,
Cortés cuanto amable,
Se vino á su encuentro;
Y sin uno solo
Vano cumplimiento,
Mostráronse entrambos
Recíproco afecto.
Después las preguntas
Llegaron sin cuento,
Lector, que ya sabes,
Si por dicha has vuelto
De climas remotos,
Y tras largo tiempo,
Al seno querido
De amigos ó deudos;

Y, en fin, quiso el Conde
Que el jóven viajero
Viviera, como antes,
So su propio techo.
— Los casos y cosas
Que luego vinieron,
En canto distinto
Contarte pretendo.

CUADRO SEGUNDO.

A la Exema. Sra. Duquesa de Feria.

LA ESPERANZA.

Le bonheur se fait avec des rêves.

Jardines de casa del conde Wilfrido.

ALFREDO.—MARÍA, *con un ramillete.*

María. Muy triste, Alfredo, os poneis
Al contemplar estas flores...
Alf. Hay misteriosos dolores
Que comprender no podeis.
María. ¿Por qué?
Alf. Porque aun no teneis
Noticia de los extraños
Padecimientos y engaños
Del alma y del corazon...

María. (*Con seriedad.*) Tengo alguna comprension,
Y cumplí diez y seis años.

Alf. ¡Ay! —Doble fué mi camino
En la tenebrosa senda
Del vivir... ¡Suerte tremenda!
¡Soñar... soñar!.. ¡Qué destino!
¿Por qué, infeliz peregrino,
Sueñas de dicha y amores?
—¡De unos en otros errores
Siempre habrá de ser tu vida
Cadena no interrumpida
De dudas, llanto y dolores!

María. Vamos... decid la razon
De tan amarga tristeza...

Alf. (*Ap.*) De nuevo á engañarme empieza,
Imprudente, el corazon.
(*Alto.*) No insistais: — arcanos son
Que no debeis penetrar.

María. Vos no querréis agraviar
Mi amistad... ¿Quereis que os riña?

Alf. ¡Ay de mí! —Sois una niña...

María. Sé querer y sé pensar.

Alf. Vuestra edad me causa miedo.

María. Vamos... Decidme el arcano.

Alf. Fué solo un ensueño vano.

María. ¡Qué cansado sois, Alfredo!

Alf. Bien: lo sabréis... No, ¡no puedo!

María. ¡Qué! ¿Vacilais todavía?

Alf. Diciéndooslo, el alma mia
A despedazar me expongo...
¡No... no debo!
María. Yo os lo impongo.
Alf. Os obedezco, María.

— Era una noche tibia y perfumada,
De las que al mundo trae mayo florido,
Y era muda la bóveda estrellada
Y el humano hormiguero adormecido.

—

Y ni en las ramas murmuraba el viento,
Ni en su lecho de arena el manso rio,
Ni turbaba una voz ni un solo acento
Los inmensos espacios del vacío...

—

Me hallaba en un jardin que iluminaba
Con trémulo fulgor pálida luna,
Y paseando á solas meditaba
Del instable favor de la fortuna.

—

Y entre tanto halagaban mis sentidos
La frescura, el silencio y los olores
Que libaban los céfiros dormidos
En el virgíneo cáliz de las flores.

Y un ramo quise hacer, y fuí escogiendo
En el gayo pensil las mas hermosas,
El clavel y el jazmin entretejiendo
Con jacintos, renúnculos y rosas.

—

Y el triste pensamiento y el morado
Alhelí, con la púdica azucena,
Y el orgulloso tulipan manchado,
Con la amapola, que los campos llena.

—

Y como el ramo espléndido tejia,
Las flores á mi vista se ofuscaban,
Y á la dudosa luz me parecia
Que otras formas fantásticas tomaban.

—

Con rostro humano y alas esplendentes,
Y ricas y diversas vestiduras,
En derredor movíanse rïentes,
Como el vértigo, raudas las figuras.

—

De pronto en las confusas espirales
Del rápido ondulante remolino,
No podian mis ojos corporales
Hallar de explicacion algun camino.

Mas concentróse el alma en la pupila,
Fué mas intensa y clara la vision,
Y circuló mi sangre mas tranquila,
Y recobró su imperio la razon.

—

Y miré en las fantásticas figuras
Del alma las sin fin aspiraciones,
Sus emociones, blandas cuanto puras,
Y sus fieras é indómitas pasiones.

—

Allí estaba el poder, allí la gloria,
Y el deseo del oro inmoderado,
Y la ambicion de póstuma memoria,
Gusano roëdor nunca saciado.

—

Allí la vana pompa y la grandeza
Junto al saber, insuficiente, oscuro,
Y al lado de la espléndida belleza
El amor material y el goce impuro.

—

Y la benevolencia generosa,
Y el infecundo y gélido egoismo;
La santa fe, en milagros portentosa,
Y el orgulloso, estéril ateismo...

Y la luz que los círculos bañaba,
Lentamente después se oscurecia,
Y la figura que antes alumbraba,
Entre las densas sombras se perdia.

—

— Una sola, de blanca vestidura,
Faz virginal y porte candoroso,
Jamás cambió de rostro ni postura
En aquel voltëar vertiginoso.

—

Y cuando el alma triste y fatigada
Del vértigo infernal desfallecia,
Á mí vuelta la púdica mirada,
Con amante piedad me sonreïa.

—

Y tornaba á esperar con nuevo aliento
El alma, y á anhelar con nuevo ardor;
Y tornaba á seguir el movimiento
Del fantástico círculo en redor.

—

Y volvia al cansancio y los enojos
Mi débil corazon á desmayar;
Pero á la blanda luz de aquellos ojos,
A amar volvia el alma y á esperar!

Que en la flor hechicera parecióme
Hallar una viviente semejanza...
Pregunté al corazon, y respondióme...
María. ¿Qué?...
Alf. ¡Que erais vos la flor de mi esperanza!

—

María. ¡Ah! *(Riéndose.)*
Alf. Insensato revelé...
¡Y se burla de mi amor!
María. Sois... *(Pensativa.)*
Alf. ¿Qué?
María. *(Con ligereza infantil.)* Un hábil soñador...
¡Y es muy lindo el sueño á fe!
(Vase riendo á carcajadas.)

—

Alf. ¡Amar de corazon, con toda el alma,
No vivir, no alentar sino por ella,
Solo á su vista hallar plácida calma
Y olvido á los rigores de mi estrella!

—

¡Una mirada sola, un leve acento
De su labio infantil, fecunda vida
Dar de nuevo al helado pensamiento,
Volver al corazon la fe perdida!

¡Y volver á esperar y á amar, fiado
En sombras ¡ay! de femenil ternura,
Para caer, de nuevo despeñado,
Al propio mal, desde mayor altura!

—

¡Oh!—¡Cuán imbécil fuí!—Del raudo curso
Del vivir mas del medio he recorrido;
Y ¿nada el corazon, nada el discurso,
Con tanto desengaño han aprendido?

—

¿En dónde la mujer agradecida?
¿Dó hallar el hombre al beneficio grato?
—¿No sabes que en tu raza maldecida
Es lo propio vivir que ser ingrato?

—

¿En dónde el corazon do lata hirviente
La sangre vil de nuestra especie humana,
Que comprenda esa llama omnipotente
Que arde en tu ser y del Eterno emana?

—

—Supieras tú fingir, y ella, es seguro,
Hubiera á la traicion correspondido;
Tu amor es ¡necio! demasiado puro
Para ser en la tierra comprendido!

¡Malditos año y mès y dia y hora
Y momento en que vi, por desventura,
Esa faz virginal, encantadora,
Traidor cristal que vela un alma dura!...
. . . .

—

— Sin razon me quejo:
Mia fué la culpa.
— Si se muestra incrédula,
¿Qué mayor disculpa
Que no haber sentido
El dulce dolor
Ni el goce encendido
Del potente amor?

—

¿Cómo oirá piadosa
Mis tiernos cantares,
Si eco son tristísimo
De crudos pesares?
Ni ¿cómo, alma mia,
Comprender tu amor?
— ¡Ella es la alegría;
Tú eres el dolor!

Corazon, muramos;
Que da fin la muerte
Al furor indómito
De contraria suerte.
No hables, alma mia,
De tu inmenso amor.
— ¡Ella es la alegría;
Tú eres el dolor!

CUADRO TERCERO.

A...

MEDITACION.

Alfredo paseándose á la luz de la luna por la márgen del Danubio.

¿Por qué venis á la memoria mia,
Pálidas sombras de la edad pasada?
¿Hallais que aun no es bastante la agonía
Que cerca ahora el alma desgarrada?
— ¡Oh facultad de recordar, impía!
Fuiste por Dios al hombre conservada,
La sola de su prístina grandeza,
Mas dura á hacerle y triste su flaqueza!

Intangible en detalle y en conjunto,
De amor ó de ambicion, poder ó gloria,
Es el mayor placer un breve punto
En el desierto de la humana historia;
Y, empero, deja fijo un fiel trasunto
De su efímero ser en la memoria,
Funesta, ilimitada catacumba,
En la cual cada línea es una tumba!

—

¡Oh tú, á quien tanto amé, á quien amo tanto,
Que es la lengua á decirlo insuficiente;
Tú, por quien derramé tan crudo llanto,
Y le viste correr indiferente;
Aunque del rudo y bárbaro quebranto
Del corazon, estés tan inocente,
Escucha con piedad, señora mia,
Esta postrera voz de mi agonía!

—

Dejádmela pintar, crudos dolores
Que atormentais el lacerado séno;
Dejad que pinte las virgíneas flores
De su rostro infantil, de gracias lleno:
El ángel de los púdicos amores,
Tan hermoso jamás ni tan sereno
Apareció á la vírgen desposada,
Que al dulce esposo aguarda enamorada.

Mas ¿cómo he de pintar tanta hermosura
Con voz humana y rústicos pinceles,
Cuándo la voz de Homero fuera oscura,
Y pobre el arte del divino Apéles?
¿Cómo pintar la luz que irradia pura
De su rostro en los mágicos claveles,
Si del cielo vivísima dimana
La lumbre de sus ojos soberana?

—

— Cándida flor de puro y suave aroma,
Que del celeste Eden fué desprendida;
Angel de eterna luz, que carne toma
Á dar á un muerto corazon la vida:
Fuiste á mi vida tú, cual la paloma
Que al Arca devolvió la fe perdida,
Iris de salvacion, tierno sufragio
En el funesto universal naufragio.

—

¿Por qué tan tarde vi tu luz amada,
Astro de amor sereno y cristalino?
Por qué te vi, ya el alma fatigada
Del largo y asperísimo camino?
— ¡Así tal vez al fin de la jornada
Descubre el moribundo peregrino,
Del techo paternal la luz querida,
Cuando espiran á par su fuerza y vida!

No podian leer tus dulces ojos
De mi pecho en el libro ensangrentado ;
Desgarraban tus manos los abrojos
De este mi triste corazon llagado ;
Y si acaso, plañendo mis enojos,
Consolaba tu voz al desgraciado,
Tu tierna compasion tal vez servia
El tormento á doblar de mi agonía...

—

—¡Mísera humanidad, raza caida,
El llanto y el dolor forman tu historia!
Y en la oscura vorágine sumida,
Al ver léjos brillar tu antigua gloria,
Pugnas por alcanzarla, enardecida
Al aguijon tenaz de la memoria,
Y al tocar á la meta deseäda
Te encuentras en el seno de la nada!

—

Así el sediento caminante mira
De Sahára en el áspera llanura,
Patente el lago azul por que suspira,
De léjos ofrecer su linfa pura ;
Y mientras corre mas, mas se retira
El brillo engañador, y en su locura
Corre sin descansar, y cae postrado
Tocando ya al oäsis anhelado! —

Que es nuestra vida un viaje trabajoso
En torno al márgen de la tumba fria,
Monstruo nunca saciado, siempre ansioso
De la humana esperanza y alegría;
Y mientras mas devora, mas sañoso
Y mas apriesa devorar ansía,
Sin ver el que va en pos de la fortuna,
El sepulcro á dos pasos de la cuna!

—

¡Oh! ¡Cuánta hermosa flor vi en la pradera
Que á coger me lancé con mano osada,
Y á mí volviendo las espinas, fiera,
Hallé solo mi mano ensangrentada!
Y ¡cuánta aspiracion noble y sincera
Del alma y de la mente hallé burlada!
Cuánta infame traicion!... De otros me quejo,
Y mis errores en silencio dejo.

—

Si fuiste tu verdugo voluntario,
¿Por qué encareces la traicion ajena?
Por qué hiciste del alma un santüario
Á vil amigo ni á falaz sirena?
Á un sexo cuanto frívolo voltario
¿Pensaste hacer de amor una cadena?
—¿Quién fué, sino tú propio, tu enemigo,
Cuando diste al traidor nombre de amigo?

No debe el cuerdo dar fácil entrada
En su pecho á un amor desconocido;
Que el buen batallador, recta la espada,
Tiene siempre al contrario enfurecido:
Cauto espera la pérfida emboscada
El soldado á luchar apercibido,
Y es necio quien no sabe que en la tierra
Se arrastra el hombre en incesante guerra.

—

¿Qué vale, empero, el parecer del sabio
Contra?... En tal punto, un súbito accidente
Dejó sin voz el entreabierto labio
Y sin ideas la anublada mente;
— Si no lo tomas á mortal agravio,
Pasa, lector, al cuadro subsiguiente;
Verás en él, siquiera algo distante,
El fin de este mi cuento extravagante.

CUADRO CUARTO.

A José Calvo Martin.

—

EL DOCTOR. — EL CONDE WILFRIDO. — *En el fondo un lecho, en el cual* ALFREDO, *pálido y desencajado, duerme con un sueño fatigoso.*

Doct. Hallo todo el organismo
En un estado excelente,
Y él se muere lentamente. —
¡Entre mil dudas me abismo!

Cond. Hay, Doctor, bien lo sabeis;
Padecimientos morales...
¿Se muere uno de esos males?

Doct. ¡Brava pregunta me haceis!

Muere uno tanto mejor
Cuanto que es la enfermedad
Tinieblas y oscuridad
Á los ojos del doctor.
Ningun síntoma aparente
Viene el secreto á explicar;
Nada que pueda indicar
La causa del mal latente.
Cuando se está en el albor
De la tierna juventud,
No hay en el alma virtud
Para ocultar su dolor;
Ve el doctor la enfermedad
Sin ser famoso adivino;
Que el alma se abre camino
Aun contra la voluntad.
Pero ya en la edad viril,
Y en ciertos temperamentos,
No se hacen descubrimientos,
Y se salva uno entre mil.

Cond. ¿Le veis tan desesperado?

Doct. Tan á lo último está hoy,
Que ya por muerto le doy...

Cond. ¿Dejaréisle abandonado?

Doct. Aunque mi ciencia no alcanza
Su mal, haré mi deber...
Muerto, solo he de perder
De salvarle la esperanza!

Cond. ¡Sois todo un hombre! (*Dándole la mano.*)

Doct. ¡A fe mia!
Como ser debo. así soy.

Cond. Con que, ¿pensais que está hoy
Tan próximo á la agonía?

Doct. Si...

Cond. ¡Morir sin calentura!

Doct. ¡Ojalá que le atacara!
Así tal vez delirara,
Y...

(*El Doctor se lleva el índice á los labios al ver que Alfredo se mueve. — Este empieza á hablar.—Los dos escuchan con ansiedad.*)

Alf. (*En sueños.*) ¡Estúpida locura!
¡Tú merecer su espléndida hermosura!

Cond. Se ocupa de una mujer...

Doct. ¡Silencio, en nombre de Dios!

Cond. Si despierta, aquí á los dos...

Doct. Lo que me importa es saber...

Alf. (*Como antes.*)
¿Cómo habré de decirte que te adoro,
Ya en la mitad de mi azarosa vida,
Purísima azucena desprendida
Del eterno pensil del sumo coro?
¡Cómo mezclar mi lloro
Á tu risa infantil, dulce amor mio,
Ni entrelazar el ardoroso estío
Con la verde, florida primavera?

—No se une en la pradera
La tímida vïola
Al espinoso cardo; nunca amiga
De la punzante ortiga
Fué la roja y espléndida amapola...
—Y, empero, el corazon salta á tu vista,
Y se lanza hácia tí, como el acero
Vuela en pos del iman; cual leve arista,
Que arranca en su caminò
El álito voraz del torbellino!...
¡Oh Dios!

Cond. Sin duda es amor.

Doct. ¡Callad, Señor, por piedad!
Sabemos la enfermedad;
Pero aun falta lo mejor.

Cond. ¿El remedio?

Doct. Sí; callad.

Alf. Truena en la mente en vano el grito austero
De la razon: la sangre no lo escucha...
Y en la tremenda lucha,
Un grito inmenso, aterrador, postrero,
Exhala el alma al espirar su brio:
¡Tuyo es mi corazon, dulce amor mio!
¡Ay!... (*Momentos de pausa.*)

Doct. Calló... ¡No hay esperanza!

Cond. Volverá tal vez á hablar...

Doct. ¡Fenómeno singular!
¡Cuán poco el saber alcanza!

Mar. (*Entrando con precaucion.*)
¿Cómo se halla, padre mio?
Cond. Terriblemente pëor.
(*El Doctor observa atentamente á la jóven.*)
Mar. Pero... ¿Qué mal?
Cond. Mal de amor...
Doct. Muere acaso de desvío.
Mar. ¿Tan malo está? (*Ansiosa.*)
Cond. Moribundo.
De su vida desespera
El Doctor... si se supiera...
Pero un arcano profundo...
Doct. (*Con marcada intencion.*)
¡No hay ya de salvarle medio!
Mar. ¡Ay! (*Desmayándose.*)
Cond. ¡Doctor! ¡Mi hija adorada!
Doct. Está solo desmayada...
No temais... ¡Hé aquí el remedio!
Cond. ¿Cómo?
Doct. ¿No veis que al oirme,
Tal como herida del rayo,
Cayó en súbito desmayo?
Cond. Y bien... ¿Qué quereis decirme?
Doct. Que ama á Alfredo, y él la adora.
Cond. Noticias muy graves son...
Doct. ¿Consentiréis en su union?
Una esperanza traidora
Fuera á entrambos muy fatal.

Cond. No puedo, á fe, consentir.
Doct. Veréis entonces morir
A entrambos del propio mal.
Se adoran sin esperanza,
Y esa pasion es su vida...
Cond. María está prometida...
Doct. Pero es su muerte esa alianza.
Cond. ¿Estáis de ello bien seguro?
Doct. Comprendo mi alta mision:
La mano en el corazon,
¡Por mi fe santa os lo juro!
Cond. ¡Doctor, volvedla á la vida!
Doct. ¿En su union consentiréis?
Cond. Sí.
Doct. Romper luego podeis
Esa alianza prometida.
(*Dándola á oler un pomito.*)
Mar. ¡Ay!
Doct. Ya vuelve: ahora observad.
(*Al oido de María.*)
Volved en vos; no hayais miedo:
Fuera de riesgo está Alfredo.
Mar. (*Vuelta en sí y arrodillándose.*)
¡Gracias por vuestra piedad,
Señor! ¡Salvadlo!
Cond. ¿Le amabas?
Mar. No sé... (*Sorprendida.*)
Cond. ¿Cómo?...

Mar. (*Tocándose la frente y el seno, como consultando su corazon y su memoria.*) ¡Le amo, sí,
Con ardiente frenesí!
(*Ocultando el rostro en el seno de su padre.*

Cond. ¿Por qué tu amor me ocultabas?
Mar. Porque... padre... ¡Hasta este instante
No lo he sabido, os lo juro!
Cond. ¿La amará él? (*Al Doctor.*)
Doct. Es seguro.
(*Ap.*) ¡Fenómeno interesante!
—El médico debe ser
Psicólogo muy profundo,
Sin lo cual será infecundo
Todo su humano saber.
Vais ahora, Conde, á ver
Otro fenómeno aquí.
Veníos ambos tras mí...

(*Los lleva hácia el lecho de Alfredo, corriendo un poco las cortinas, de modo que quede oculta María.*)

Ahora al enfermo pulsad. (*María obedece.*)
Alf. ¡Qué dulce felicidad!
Doct. ¡Soltad el brazo!
Alf. ¡Ay de mí!
Pasó...
Doct. ¿Veislo?
Cond. ¿Hay caso tal?
Mar. ¿Se salvará, buen doctor? (*Con ansia.*)
Doct. Es su vida vuestro amor.

Mar. ¡Entonces será inmortal! (*Con alegría.*)
Doct. ¿Ois? (*Al Conde.*)
Cond. Sí...
Doct. Empero su mal
Ha llegado á tanto extremo,
Que una crísis solo... y temo
Que no pueda resistir...
Alf. ¡Cuanto tardas en venir,
Oh muerte! (*Entre sueños.*)
Mar. ¡Doctor!
Doct. ¡Blasfemo!
Acercáos. (*A María.*)
Cond. ¿Qué quereis
Hacer?
Doct. A entrambos salvar.
¿Puedo libremente obrar?
Mar. ¡Padre!
Cond. Haced lo que gusteis.
Doct. (*A María.*) Tomad su diestra; fijad
La izquierda en el corazon;
Y hablad de vuestra pasion
Como os venga en voluntad.

(*María obedece, mirando con indecision á su padre. — Este á una mirada significativa del médico, se retira al extremo opuesto de la habitacion.*)

Mar. *Y en la flor hechicera parecióme*
Hallar una viviente semejanza...

Pregunté al corazon, y respondióme
Que vos erais la flor de mi esperanza.

Alf. Mias las voces son... ¡Ensueño impío!
Mar. ¡Alfredo... Alfredo mio!
Alf. ¿Quién me llama?
¡Oh! ¡qué dulce opresion!
Mar. ¡Soy tu María!
Alf. Sí... Escuché de su voz la melodía...
Mas...
Mar. ¿Puede así desconocer quien ama?
Alf. ¿Puedes amarme tú?
Mar. Fina te adoro.
Alf. ¡No mientas por piedad!
Mar. ¡Por Dios lo juro!
¡Mi amor es tan inmenso como puro!
Alf. ¡Cielos!... ¿os apiadasteis de mi lloro?
Mar. Y tú... ¿me amas tambien?
Alf. Con tal locura,
Con tan devota adoracion, María,
Que hasta mi eterna salvacion daria
Por librarte de un punto de amargura!

—

¿Qué á mí, coronas de laurel ni de oro?
¿Qué me importa del mundo el poderío,
Si tú ocupas entero el pecho mio,
Si eres de mi alma el único tesoro?

—

Cual sin su tierna madre el débil niño,
Como en confin ignoto el desterrado,
Como lirio del tallo separado,
¡Así mi corazon sin tu cariño!

—

Y al modo que tras la áspera crudeza
Del invierno, desnuda, enflaquecida,
Al sol primaveral, con nueva vida,
Empieza á germinar naturaleza;

—

Y ostenta á dar señal de que revive
La gaya pompa del florido mayo:
Así mi corazon, al dulce rayo,
De tu blando mirar alienta y vive!

—

Una mirada tuya, un solo acento
De tu labio infantil, quita ó da al alma
La codiciada paz, la dulce calma,
Quita ó da la razon al pensamiento!

—

¡Yo solo de tu ser mi ser recibo,
Gozo ó padezco cuando tú, Señora;
Mi alma con tu alma se apacienta y mora,
Pues, porque vives tú, siento que vivo!

Cuando sacó el Señor el vasto mundo
De la infinita inmensidad vacía,
Ni un átomo viviente interrumpia
Aquel silencio aterrador, profundo.

—

Clamó : — ¡ Haya luz ! — Sus vivos resplandores
La fábrica vastísima inundaron ;
La tierra, el mar, los aires se poblaron
De peces, brutos, aves, plantas, flores.

—

Por fin, creó á su propia semejanza
Otro ser superior, casi divino,
Y digno á hacerle de su gran destino,
Con el amor le dió fe y esperanza.

—

Fe y esperanza dióle, fuerte egida
Contra las tempestades del dolor ;
Y añadió, para hacerle amar la vida,
El bálsamo divino del amor !

—

Y á pesar de las iras del averno
Contra nuestro linaje decaido,
El amor será al hombre, y es y ha sido,
revelacion de su poder eterno !

Y ¿preguntas si te amo? — Ingrata fuera,
Bien mio, hasta la sombra de la duda.
No ves, ciega de tí, que en mi alma impera
Soberano tu amor?...

Mar. Quien ama, duda...

—

Alf. Pregunta al triste preso, encadenado
De un calabozo en la tiniebla oscura,
Si ansia aspirar del florido prado,
Al alba matinal, el aura pura,
Y la múltiple oir, vaga armonía
Que alza la crëacion al rey del dia.

—

Pregunta al extraviado caminante
De Sahára en el piélago arenoso,
Al hambre y sed rendido, palpitante,
Si desea el oäsis delicioso,
Cuando al caer del sol, con agonía,
Mira ante sí la inmensidad vacía;

—

Y al náufrago infeliz que, á un remo asido,
Sobre los montes líquidos resbala,
Y á la fatiga y al pavor transido,
Casi el aliento postrimero exhala;
Si ve surgir la playa apetecida,
Pregúntale si torna á amar la vida!

Y á esa jóven, en fin, que abraza á un niño,
Ansiado fruto de su amor primero,
Pregúntala si es santo su cariño,
Y puro y generoso y verdadero...
Mas el fuego mirando en que me inflamo,
No preguntes, ingrata, si te amo!

—

Doct. Es necesario acabar :
Venid aquí, Conde, vos...
Voy, con la ayuda de Dios,
La crísis á provocar.
— Dejad, María, ese puesto.

(María obedece, y á una señal del médico se retira detrás de las cortinas.)

Alf. ¡María... mi bien... María!
— ¡Fué engañosa fantasía!
Doct. ¡Despertad! *(Removiéndole.)*
Alf. *(Despertando.)* Doctor, ¿qué es esto?
Doct. *(Con lentitud.)* Cabe este lecho há un instante
Que estaba con su hija el Conde...
Alf. ¿Qué decis? ¿Dó estaban?
Doct. Donde
Ahora me veis : — delirante
Hablasteis de vuestro amor
A María...
Alf. ¡Oh Dios! — Soñaba...
Doct. Absorto el Conde escuchaba

Con señales...

Alf. ¿De furor?

Doct. De profunda simpatía.

Alf. ¿Y ella?

Doct. Con admiracion
Miré...

Alf. ¡Que de mi pasion,
Fria y crüel, se reïa!
(*Con desaliento.*) No lo extrañeis, buen Doctor...
Há tiempo...

Doct. ¿Y si os engañais?

Alf. ¡Doctor!

Doct. No me interrumpais:
Con asombro vi su amor!

Alf. ¡Oh!—No es posible.

Doct. ¿Á María
Daréis mas crédito, Alfredo?

Alf. Tanta dicha me da miedo...
¡Cómo tiemblas, alma mia!
(*Dudando.*) Sois sensible, y mi dolor
Movió á engaño vuestro pecho...
¡Ah! ¡Cuánto mal me habeis hecho
Con vuestro piadoso error!
—¡Este fuego en que me inflamo
Acabará con mi vida!

Doct. Venid: — vos seréis creida.
(*Cogiendo de la mano á María, y presentándosela.*)

Alf. ¡Gran Dios!

Mar. ¡Alfredo... te amo!
Cond. Y yo os doy mi bendicion. (*Saliendo.*)
Alf. ¡Padre!... Doctor... ¡Dueño mio!
¡Ah!... yo... mue... ro... (*Desmayándose.*)
Cond. Blanco y frio
Está...
Doct. ¡Vive el corazon!
¡Rogad al cielo por él! (*Al Conde y María.*)
Cond. ¿Teneis socorros á mano?
Doct. Sí. — (*Ap.*) ¡Dios quiera que no en vano!
¡Clara ciencia, séme hoy fiel!

(*Toma el pulso á Alfredo, y con la otra mano le hace respirar el pomito.*)

—

Mar. (*Arrodillándose.*)
¡Divino espíritu,
Sumo Señor,
Inmenso piélago
De eterno amor,
Desde el empíreo
Oye benéfico
Mi triste voz!

—

Mi Alfredo mísero,
Pronto á espirar,
Cadáver gélido
Parece ya :
¡Muestra hoy espléndida,
Cual llama vívida,
Tu majestad!

—

De santo júbilo
Fuente eres tú;
Al alma tórnale
Paz y virtud :
¡Cual nuevo Lázaro,
Tu voz levántele
Del ataud!

—

Mi labio trémulo
Ronco exhaló,
Bañado en lágrimas
¡Ay! de dolor.
¡Benigno truécalo
En dulce cántico
De inmenso amor!

Doct. Vuelve...

Mar. (*Levantándose.*) ¡ Oh Dios mio !

Doct. Callad.

Mar. ¡ Su vida !

Doct. ¡ Se halla en la mano

De Dios ! — ¡ El saber humano

Es... vacía oscuridad !

CUADRO QUINTO.

A Gonzalo de Saavedra.

—

Noche del fin del invierno.

MARÍA.—ALFREDO.—EL CONDE WILFRIDO.—EL DOCTOR.
Después, UN DESCONOCIDO.

Doct. Es tarde : el tiempo voló ;
Media noche va á sonar.
Maria. Bien mio, haz por descansar...
Alf. ¡Qué! ¿Ya es hora?
Doct. Ya pasó.
Alf. ¡Cuán breve fué la alegría!
¡Quedó tanto por decir!...
Doct. Pensad ahora en dormir ;
Mañana será otro dia.

Echais la culpa á la ciencia
Si van despacio las curas,
Y alargais con mil locuras
Cualquiera convalescencia.

Mar. Adios, Alfredo.

Alf. ¡Adios, alma
De mi vida! ¡Adios!

Mar. ¡Adios!

Cond. Quisiera ver en los dos,
Si el mismo fuego, mas calma.

Doct. Puesto que amor ha vencido,
Que tenga paciencia amor:
Ved que es la dicha una flor
Que agosta el menor descuido.

Cond. Buenas noches.

Alf. Descansad
En la paz de la inocencia.
(*Al Doctor.*) ¡Adios, lumbre de la ciencia!

Doct. Adios, flor de la lealtad. (*Vanse.*)

Alf. Ella me ama: el excelente Conde (*Paseándose.*)
Consiente en nuestra union; breve renace
El usado vigor. —¿Por qué se esconde
En el alma este miedo que me humilla?
¿Será que al corazon no satisface
De esperanza la luz que aun léjos brilla?
¿Será presentimiento? —De la suerte
No cansado el rencor, ¿querrá arrancarme
Aun esta vez?... Mas no podrá vedarme

Un asilo en el seno de la muerte!
¿Por qué pues tal temor?... Oigo un ruïdo...
Sí... en la ventana del jardin ha sido...

(*Llaman con recato.*)

¿Quién llama?

Desc. ¡Abrid!

Alf. ¿Qué quereis?

Desc. ¡Abrid, si teneis valor!

(*Alfredo toma sus pistolas, y abre. — La habitacion queda á media luz.*)

Alf. Os ruego, Señor, que entreis.

Desc. ¿Fiar puedo en vuestro honor?

Alf. ¿Casas de noche asaltais
Para hacer preguntas tales?

Desc. Hay casos excepcionales.

Alf. Bien:.. Pero ¿entrais ó no entrais?

Desc. Entro. — Os prevengo lëal
Que pistolas traigo.

Alf. Es uso
Que si en ninguno recuso,
Menos en quien obra mal.
Entrad.

Desc. Ya entré.

Alf. La ocasion
Me diréis...

Desc. ¿Qué importa?

Alf. El nombre

Á lo menos...

Desc. ¡Soy un hombre
Que os odia de corazon!

Alf. Otro acaso os ofendió,
Y...

Desc. ¿Amais á María?

Alf. Sí.

Desc. Pues entonces es aquí.
¿Renunciais á ella?

Alf. No.

Desc. Me estaba á mí prometida,
Y á querérmela arrancar,
¡Antes me habréis de matar,
O habréis de perder la vida!

Alf. ¡Dilema insensato!

Desc. ¿Cuál?

Alf. El vuestro : si me venceis,
Tampoco la alcanzaréis.

Desc. ¡Me vengaré de un rival!
¡Venid, venid al jardin!

Alf. ¿Para qué?

Desc. Para el combate,
Claro está...

Alf. ¡Qué disparate!
Fácil aquí es darle fin.

Desc. ¿Cómo?

Alf. Escuchad : no estoy bueno,
Y, aunque os parezca locura,

El médico que me cura
Me ha prohibido el sereno.
¿Sabeis manejar la espada?

Desc. Alumno fuí de *Grisier.*

Alf. Os oigo con gran placer.
Esta pieza, retirada
De las demás, bien podemos
Batirnos con libertad.
Mas, lo repito, pensad
Que son muy locos extremos.

Desc. ¡He de matar ó morir!

Alf. Pues tan decidido estáis,
Encenderé, si gustais...

Desc. Hay luz bastante.

Alf. Á decir
Verdad, hay la suficiente.
Vamos...

Desc. ¿De esa enfermedad
No os queda debilidad?

Alf. Obrais como hombre valiente.
Puedo la espada regir
Con prontitud y vigor.

Desc. Ved no os engañe el valor.

Alf. Vos lo vais á decidir.

(*Dejando las pistolas, y descolgando dos espadas de combate.*)

Iguales son : escoged.

Desc. ¿No nos oirán?

Alf. No temais.

Desc. Ya escogí. (*Dejando sus pistolas.*)
Alf. La que dejais
Tomo yo. — ¡En guardia os poned!
Desc. ¡Á fe que me ha de pesar
Mataros! (*Cruzando su espada.*)
Alf. Á mí tambien. (*Batiéndose.*)
Desc. ¡Os batis, Señor, muy bien!
Alf. ¡Quiero vivir para amar!
Desc. ¿Estáis herido?
Alf. Fué error.
No os defendeis por herir...
Desc. Cuidad vos de no morir...
Alf. ¡Ved no os engañe el valor! (*Desarmándolo.*)
Desc. ¡Pesia mi mala fortuna!
Rompióse...
Alf. No : fué arrancada :
¡Vamos! — Recobrad la espada...
Vedla : — da en ella la luna.
(*El desconocido la recoge, pero sin hacer ademan de acometer.*)
¿Qué haceis? — En guardia de nuevo.
Desc. ¡No quiera Dios que tal haga!
¿Quereis que así satisfaga
El beneficio que os debo?
Sed esposo de María :
¡La mereceis, por mi honor,
Por la virtud y el valor!
¡Ved mi mano! (*Tendiéndosela.*)
Alf. (*Estrechándosela.*) ¡Esta es la mia!

Desc. ¡Juro aquí sobre esta mano
Que el amigo mas seguro
Tendréis en el conde Arturo!
Alf. ¡Qué! ¿eras tú, querido hermano? (*Abrazándolo.*)
Art. ¡Hermano! — ¿Quién sois?
Alf. Alfredo.
Art. ¡Oh inesperada ventura!
Hoy en paz contigo quedo:
Pagué tu antigua amargura.
Alf. ¡Tanto bien me causa miedo!

CUADRO SEXTO.

—

LA BODA.

—

Levísimos giran los albos cendales
En torno á la vírgen con blando rumor :
Dijéranse genios de amor celestiales,
Las alas batiendo de un niño en redor.

Ligera corona se ciñe á su frente
De lirios, emblema de casta virtud;
La faz purpurina decoran fulgente,
Do juntas rebosan la dicha y salud!

Mañana de primavera.

Preparado está el altar,
Y ya el sacerdote espera;
Sembrada está la carrera
De mirtos y de azahar :

—

Uno á uno van llegando
Los deudos y los amigos;
Y á los inquietos testigos
Ya van los novios tardando.

Cuando al fin de la enramada,
Como un astro luminoso,
Ven, al lado de su esposo,
Á la gentil desposada.

—

En contraste señalado,
Que hace el encanto mas vivo,
Él parece el cedro altivo,
Ella el lirio delicado.

—

Y aunque angélica bonanza
En ambos rostros se ve,
En el de él brilla la fe,
Y en el de ella la esperanza.

—

Pero entrambos se arrodillan
Del sacerdote al acento,
Y con gran recogimiento
Ante el sacro altar se humillan.

—

Y ya el rito religïoso
Cumplido, la faz velada,
Se abraza la desposada
Del enamorado esposo.

Y el casto pecho anhelante,
Presenta el labio hechicero,
Y el beso de amor primero
Deposita en él su amante.

—

Y en encendido rubor
Bañada la faz, esconde
Entre los brazos del Conde
El vivo fuego de amor.

—

Y de los amantes lazos
Se desase blandamente,
Y del padre, ya impaciente,
Se arroja en los tiernos brazos.

—

Y él la estrecha cariñoso
Contra el conmovido seno,
Y de amarga envidia ajeno,
La devuelve al caro esposo.

—

Y como este, palpitante,
Ciñe su esbelta cintura,
Mira ella una sombra oscura
Cruzar veloz su semblante.

«¿Qué tienes? —¡Te adoro, Alfredo!»
Murmura blanda en su oido;
Y él responde enternecido:
«¡Tanta dicha me da miedo!

—

»Fuí siempre tan desgraciado,
Que aun hoy, alma de mi vida,
Mi corazon se intimida
Con los rencores del hado.

—

»Fuertes serémos los dos
Contra su poder impio.
—¡Yo fio en tu amor, bien mio!
—¡Y en la clemencia de Dios!»

—

— Y el fortunado mancebo
Su blanda frente acaricia,
Y la suprema delicia
Liba en sus labios de nuevo.

—

Y... Mas podránme llamar
Indiscreto narrador...
Tú, benévolo lector,
Puedes el cuadro acabar.

CONCLUSION.

A...

—

Noche de primavera.—El cementerio de la aldea.

ALFREDO. — MARÍA. — EL SACERDOTE. — EL CONDE WILFRIDO. — ADELA Y SUS NIÑOS.

Van entrambos esposos,
Los brazos enlazados,
Los semblantes hermosos
Por las dichas de amor iluminados,
Atravesando la floresta umbría,
Hácia la tumba fria
Que encierra los despojos venerados
De los amantes padres.—Y mas léjos,

De la luna á los pálidos reflejos,
Siguen sus huellas el piadoso anciano
Y el buen conde Wilfrido,
Que á los hijos amados ha seguido,
Y Adela con sus niños de la mano.

—

Ya descubren la tumba : aunque sencilla,
Sobre las otras tumbas se levanta. —
Detiene el jóven la segura planta,
Y dobla la rodilla ;
Y ante el recuerdo de su doble luto,
Da de llanto filial largo tributo ;
Mientras la esposa, trémula, se humilla
Á su lado en la tumba solitaria,
Y alza esta dulce y tímida plegaria :

—

« ¡Manes paternos que mi Alfredo llora
Con tan justo dolor, inconsolable,
De la mansion de gozo perdurable,
Donde morais ahora,
Oid mi voz, que trémula os implora!

»Vosotros fuisteis su consuelo y guia
De este mundo en el piélago sañoso ;
Haced cesar su llanto doloroso,
Y que desde este dia
Solo sienta el amor y la alegría!

»¡Dad á mi corazon vuestra ternura,
Y á mi inexperta edad vuestra experiencia,
Porque pueda bastar, en vuestra ausencia,
Á llenar de dulzura
Esta vida de llanto y amargura!

—

»¡Haced que nunca vuelva la agonía
Á desgarrar su espíritu valiente;
Que su vida resbale dulcemente
Hasta el postrero dia,
Ornada del amor de su María!

—

»¡Sombras amadas, que mi Alfredo llora
Con tan justo dolor, inconsolable,
De la mansion de júbilo inefable,
Donde vivis ahora,
Oid mi voz que trémula os implora!»

—

Y Alfredo repetia
La plegaria filial, y el buen anciano,
En el grupo lejano,
Con honda devocion la proseguia...

—

Mientras la blanca luna
Daba vida al risueño païsaje,
Y entre el verde ramaje
De la alameda umbría,
Una figura vaga y transparente,
Sobre el grupo, en los aires se cernia,
Y extendiendo las manos dulcemente,
Con indecible amor los bendecia...

—

Y de la luna á un pálido destello
Alfredo columbró su rostro bello,
Y los brazos abiertos, anhelante
El pecho palpitante,
Sobre la verde alfombra
Corrió veloz hácia la aérea sombra,
Gritando : « ¡Madre mia! »

—

— Mas la vision feliz el raudo vuelo
Torcia ya hácia el cielo,
Atravesando la region vacía;
Y á par que al hijo caro sonreïa,
Con ademan tiernísimo en el suelo
Le mostraba á su angélica María...
. . . .
. . . .

—

Mïentras con varia fuerza y á distancia
Distinta se elevaban mil sonidos,
Á despertar en sabia consonancia
Los ecos hasta entonce adormecidos.

—

El aura vespertina entre el taraje
Gemia con dulcísimo murmullo,
Y el ruiseñor trinaba en el boscaje,
Y ensayaba la tórtola su arrullo.

—

Y ayes la tierra de placer lanzaba,
De amor inenarrable estremecida,
Cuando su seno maternal rasgaba
La simiente al brotar á nueva vida.

—

Sobre las nubes susurraba el viento,
Ú oculto entre los bosques seculares,
Y la luna surcaba el firmamento,
Cual blanca vela los tranquilos mares.

—

Y como voz que suena en lontananza,
Mas süaves y tímidos rumores
Se alzaban del Creador en alabanza,
Del entreabierto cáliz de las flores.

Y en dulce consonancia ambos esposos
Con la madre comun naturaleza,
Prorumpian en himnos ardorosos
De amor y gratitud y de terneza.

—

Y de su amor y de su dicha hablaban,
Y del pasado llanto y amargura,
Y sus almas unidas se anegaban
En piélagos inmensos de ventura...

—

Y en tanto el INFINITO, OMNIPOTENTE,
De todo bien generador fecundo,
Volvia la mirada complaciente
De amor y de perdon al bajo mundo!

———

EPÍLOGO.

A.:.

DIEZ AÑOS DESPUÉS[9].

. . . Vanitas vanitatum et omnia vanitas.
— Generatio præterit et generatio advenit: terra autem in æternum stat.
. . . . Quid superest homini ex omni labore suo?...

Ecclesiastes, cap. 1, v. 2, 3 y 4.

I.

Desde el confin lejano
De aquella parte del terrestre mundo
Que vió la cuna del linaje humano,
Un átomo levísimo impelido
Por el soplo del ábrego iracundo,
Cruza las tierras y los anchos mares. —
Un átomo letal, desconocido
Al hombre; y va dejando en su carrera
Rauda, implacable fiera,
Los campos yermos, mudos los hogares. —

Nada anuncia su paso : — imperceptible
Es su agudo puñal cuanto seguro ;
Conforme avanza mas, mas va creciendo,
Y ya es un monstruo horrendo
Á cuyo golpe asolador, terrible,
Como al poder de mágico conjuro,
Á un tiempo caen las madres cariñosas,
Niños robustos, trémulos ancianos,
Las vírgenes modestas, las esposas,
Los jóvenes lozanos,
Los fuertes é impertérritos varones,
Cadáveres de tres generaciones!...

—

Y en la callada hora
Que el fin separa del nacer del dia,
Hora de paz y calma encantadora ;
Cargado de dolores y agonía,
Sobre alguna ciudad dormida llega
El insaciable monstruo, y en lo oscuro,
Del uno al otro muro
Las negras alas tácito despliega. —
Allí al débil reflejo, vacilante,
De una lámpara humilde, vela el sabio
Que en las regiones de la ciencia vive ;
Tan pobre, que aun á Job hiciera agravio,
Mas allá el inspirado vate escribe
Los cánticos de su alma delirante ;

Aquí en redor de hospitalaria mesa,
Llenos los vasos del licor divino
Que alegra el corazon, nobles varones
Departen en las blandas emociones
De la amistad, que endulza su destino;
Mas léjos, en el ámbito anchuroso
De opulento salon, baila enlazado
Un juvenil enjambre, bullicioso,
Al son de los violines acordado...
Y entre tanto el espectro descarnado
De la implacable muerte
Sonríe de la peste bajo el ala,
Y con el dedo destructor, inerte,
Sus numerosas víctimas señala.

—

— Luce, por fin, el dia
Y con él el dolor inconsolable,
El horror, el espanto y la agonía. —
Aquí con voz de llanto inenarrable
Turba el viento la jóven prometida
Que al prometido esposo muerto llora :
Aquella misma aurora
Por él debió al altar ser conducida,
Y viva, sigue á aquel que fué su vida,
Por el camino de la helada tumba ;
Y de dolor la triste, casi loca,
En vano con furor la muerte invoca!

— Allí cerca retumba
El llanto de unos huérfanos amargo,
Que en vano solicitan pan y abrigo
Y halagos, del que fué su único amigo,
Sumido en el novísimo letargo. —
En medio á los cadáveres, ya frios,
De los hijos que fueron sus amores,
Planta desnuda ya de hojas y flores,
Espirante, marchita, desgreñada,
Secas las fauces y los ojos secos,
Una madre se ve desventurada. —
Al ¡ay! de su dolor sordos los ecos,
No llora ya la triste; —enfurecida
Maldice el hora en que nació á la vida,
Y execra el dulce instante
En que sintió en su seno palpitante,
De gozo estremecido,
El tierno fruto de su amor primero,
Y el blando son de su primer gemido!
— Cabe ella, ¡cuán feliz! otra matrona,
Á quien dejó la muerte su hermosura,
Vese, cadáver ya: — sobre el regazo
Maternal una tierna crïatura
Se esfuerza en separar el embarazo
Del traje, y busca ansiosa el tierno seno
Donde bebió la vida,
Y hora le ofrece matador veneno!...

—

Torva la frente, y la mirada hundida,
Ya sin vigor, á su feroz tarea,
Tropezando en los gélidos montones,
El amarillo enterrador pasea;
Y del voraz instinto prevenidos,
Acuden en cerrados batallones,
Exhalando gozosos alaridos,
Cuanto bruto, reptil, insecto ó ave
Pasta su vida en la asquerosa muerte; —
Mientras que desde el cielo encapotado
El ángel del dolor y el exterminio
Rápido baja al fúnebre triclinio;
Y lleno de placer el crudo pecho,
Contempla el cementerio ilimitado,
Solitario, tranquilo y satisfecho...

—

II.

LA CÁMARA NUPCIAL.

—

Es la estacion del Can abrasadora,
Cuando sobre la tierra que dormita,
El padre sol, en el cenit sentado,
Sus flamígeros rayos rectos vibra.

No viene á interrumpir la horrenda calma
Ni un álito del aura vespertina,
Y con trémulo rayo blanca luna
Entre rojo vapor apenas brilla.

—

Agrupados en torno á una ventana
Están el noble Alfredo y su María,
Y dos niños, como ángeles hermosos,
Se sientan de la madre en las rodillas.

—

Fuego la tierra de su seno exhala,
El aire fuego líquido respira,
Y toca, á aquel calor insoportable,
La crëacion entera á su agonía.

—

Pero á deshora las inmobles ramas
De los marchitos árboles se agitan;
Una grata frescura se desparce,
Y á poco llena la region vacía.

—

Y á cuanto ser viviente toca el ala
De aquella fresca, inesperada brisa,
Infundirle parece nuevo aliento,
Nueva fe y esperanza, amor y vida.

Alfredo y su adorada, y los hijuelos
De su amor, con deleite el aura aspiran;
Cuando de pronto inclínase la esposa,
Como del rayo del Señor herida.

—

Sostiene amante Alfredo entre sus manos
La frente juvenil, ya casi fria,
Y un gélido pavor dentro á su pecho
La enardecida sangre paraliza. —

—

Y cielo y tierra en su dolor invoca,
Y por prestos socorros ronco grita. —
Acude Adela, el sacerdote anciano,
Cuantos seres componen su familia;

—

Mas en vano tiernísimos cuidados
Y socorros del arte la prodigan;
Ya solo queda la terrestre forma
Del ángel que en el mundo fué María.

—

Y el esposo infeliz, secos los ojos,
Ve el amor y el encanto de su vida,
En el lecho nupcial, como una rosa
Por el soplo del ábrego marchita.

Y casi loco de dolor, se acerca
Á sus hijos. — ¡La parca enfurecida
Entrambas flores agostó en capullo;
Todos sus bienes le arrancó en un dia!

—

Entonce al lecho fúnebre
Los lleva el desdichado;
Acerca entrambos ángeles
Al seno idolatrado,
Y con mirar sañudo
Contempla inerte, mudo,
Cuanto en la tierra amó!

¡Ay de aquel padre huérfano!
Ay del esposo amante!
¡Á tanto amor fué límite
Solo un fugaz instante!
— ¡La suerte encrudecida
Mató á quien fué su vida,
Y el triste no murió!

—

Como la viuda tórtola,
Que en pos del bien perdido,
Se aleja en vuelo rápido
Del caro, oculto nido;
Y halla al volver, cuitada,
Su prole arrebatada
De aleve cazador;

Tal, aun del golpe atónito,
De pié el desventurado,
Mira, en cinéreo túmulo
El tálamo trocado.
É inmóbil, mudo, ardiente,
Parece una viviente
Estatua del dolor.

—

Hermosos cuanto pálidos,
Juzgáranse dormidos,
Cabe á su madre extiéndense
Los párvulos queridos;
Y en el semblante de ella
Aun vívida destella
Su célica beldad. —

Presa se cree de un vértigo
O súbita locura,
Que no comprende el mísero
Su horrenda desventura;
Y empero, convencidos
Le muestran sus sentidos
La bárbara verdad!

—

Por fin, el fuerte espíritu,
A tal dolor estrecho,
Brotan copiosas lágrimas
Del lacerado pecho;
Y el llanto de sus ojos
Inunda los despojos
De los que ya no son!

Y á aquel piadoso bálsamo
Que el cielo al hombre envia,
Lluvia de amor benéfica,
Que endulza la agonía;
Con renaciente calma,
Siente mas firme el alma,
Mas clara la razon.

—

Después con mano trémula
Corona de albas flores
Aquellos tres cadáveres
Que fueron sus amores;
Y con semblante austero
El beso postrimero
Castísimo les dió.

Y luego, en pié, volviéndose
Al sacerdote anciano,
Que cerca llora, extiéndele
La cariñosa mano;
Y con süave acento,
De su hondo sentimiento
Así le reprendió:

—

«¿Por qué llorais por los que ya en el cielo
Cerca se ven del sempiterno trono?
—Libres por siempre están de amargo duelo,
De duda amarga y de feroz encono.

—

»En esta tierra, de dolor henchida,
De pena ignaros, vírgenes de errores,
Pura y dichosa transcurrió su vida,
Cual mansa fuente entre olorosas flores.

»Que si por mí llorais, no fuera justo. —
—Don eran ellos de la eterna mano
Del que no puede errar ni ser injusto :
¡Su designio acatemos soberano! »

—

Dijo; — y alzando la serena frente,
Y doblada en el polvo la rodilla,
Con fe profunda y con amor ferviente
Alzó al Señor esta oracion sencilla :

—

«¡Señor! Señor! — Del trono inaccesible
Do tu poder fecundo,
Así cuida del átomo invisible
Como del ancho mundo :

—

»Tú, que á la golondrina aventurera
Que vuelve á sus hogares,
Mides el viento en su veloz carrera
Sobre los anchos mares :

—

»Fuerza envia en tan bárbara mudanza
Al triste que te implora;
¡Sosten la fe, redobla la esperanza
Del mísero que llora!

»De amor y dicha un tiempo me colmaste
Con paternal ternura,
Y hoy para mí hasta el borde rebosaste
El cáliz de amargura;

—

»Retiraste de mí las bendiciones,
Y enviaste la agonía:
— Eran tuyos, Señor, los ricos dones,
Y la miseria mia.

—

»Bendita veces mil, bendita sea
Tu Providencia suma;
Pero sostenme en la mortal pelea;
Porque el dolor me abruma.

—

»— Solo viví hasta hoy para mí mismo,
En mi soberbia insana;
Desde hoy remplaza al gélido egoismo
La caridad cristiana.

—

»¡Perdóname, Señor, lo ya pasado!
Consagro mi existencia
A dar blando consuelo al desgraciado
Y alivio á la indigencia.

»—¡Señor! Señor!—Del trono inaccesible,
Do tu poder fecundo
Así cuida del átomo invisible
Como del ancho mundo,

—

»¡Fuerza envia en tan bárbara mudanza
Al mísero que llora!
¡Sosten la fe, redobla la esperanza
Del pecho que te implora!

. . . .
. . . .
. . . .

—

Viditque Deus cuncta quæ fecerat:
et erant valdè bona.
Génesis, cap. 1, vers. 31.

Dos veces nuestro globo ha recorrido
En torno al padre sol su anual carrera,
Que al dichoso un minuto han parecido,
Y al infeliz la eternidad entera.

—

Una tarde de abril serena y pura,
El viento mudo, el universo en calma,
Presa de una terrible calentura
El débil cuerpo, y de dolor el alma,

Yace Alfredo infeliz : —cabe á su lecho
Amigo vela el sacerdote anciano,
Y escucha el estertor del ronco pecho,
Y cuenta los latidos de su mano.

—

Poco á poco la fiebre se mitiga,
Vuelve á esperar el de esperanza ajeno;
Disminuye y acaba la fatiga,
Y el pulso late igual y mas sereno.

—

Al cielo eleva el sacerdote amante
De gratitud un himno reverente;
Que un sueño bienhechor, refrigerante,
Embarga los sentidos del doliente.

—

Los músculos del rostro contraidos
Se destienden ; los labios abrasados,
De humedecida púrpura teñidos,
Vense de una sonrisa separados.

—

Y es que á calmar su bárbara agonía,
Vaporoso, dulcísimo, halagüeño,
Sobre él la mano omnipotente envia
El misterioso encanto de un ensueño.

—Parécele que se halla en unos prados
Revestidos de espléndida verdura,
Do el llanto y el dolor son ignorados,
Reina la paz, y amor eterno dura;

—

Para cuyos felices moradores
Nunca se acaba ni comienza el dia,
En un mar de perfumes y colores,
Blanda luz y suavísima armonía.

—

Y á su encuentro venir por el sendero
Por do entró á la region afortunada,
Miró un vapor blanquísimo y ligero,
Cual túnica sutil de alguna fada.

—

Y como transparente nubecilla,
Que en el oriente al asomar la aurora,
Cuando la luz del sol cercana brilla,
De purpúreos matices se colora;

—

Tal fuése el vaporcillo colorando,
Ya vario en densidad y en estructura,
Mientras se iba graciosa destacando
De su centro una angélica figura.

Y tras aquella, tres fueron saliendo
De entre el leve sudario blanquecino,
Que á Alfredo se acercaron sonrïendo,
Dos á dos por los lados del camino.

—

Y él conoció á su madre idolatrada,
Y junto á sus hijuelos vió á María,
Y abrazólos con alma enajenada
De amor y de seráfica alegría.

—

Y al contacto incorpóreo estremecido,
Cobró un instante su vigor entero;
Se incorporó en el lecho, dió un gemido,
Y fué aquel de su vida el postrimero...

—

Y de nuevo el Señor omnipotente,
De todo bien generador fecundo,
Dirigió una mirada complaciente
De amor y de perdon al bajo mundo.

FIN.

ADIOS AL LECTOR.

—

J'aimai ; je fus aimé ; c'est assez pour ma tombe :
Qu'on y grave ces mots et qu'une larme y tombe......
. . . . .

May no marble bestow the splendor of woe
Which the children of vanity rear ;
No fiction of fame shall blazon my name :
¡ All I ask — all I wish — is a tear !

BYRON, *The Tear.*

Tras de tan largo y desigual camino,
Ahora débil el paso, el rumbo incierto,
Ahora firme y veloz como el destino,
Por fin llegamos al seguro puerto ;
Y ya por verde oäsis, peregrino,
Ya atravesando el árido desierto,
Siempre me fué, lector, tu faz amiga
La mayor recompensa á mi fatiga.

En el tiempo que juntos caminamos,
Díte abierta la historia de mi vida;
La senda por do amigos transitamos
Hoy la suerte nos muestra en dos partida:
¡Ojalá que el adios que aquí nos damos
No sea la postrera despedida!
Mas, por si acaso, repetirte quiero
Lo que pido á la fama y de tí espero.

—

Unos, ardiendo en ambicion insana,
Quieren dejar de sí suma memoria,
Y ornados de diadema soberana,
Reinar hasta en el libro de la historia;
Otros, de alma mas torpe ó mas liviana,
Corriendo van tras de usurpada gloria;
Y otros, en fin, se afanan por vil oro,
Como el supremo y único tesoro.

—

Yo detesto el poder, me asusta el mando,
Me fatigan el fausto y la opulencia;
Y vivir prefiriera mendigando,
Sumido en la mas hórrida indigencia,
Á adquirir con un tráfico nefando,
Y á costa del honor y la conciencia,
Las delicias y pompas de la vida,
O una gloria inmortal no merecida.

Y no porque la lucha me amedrenta,
Del revuelto palenque me retiro;
Á mí tambien la fama turbulenta
Tal vez me coronó en su raudo giro;
Mas con otra ambicion mi pecho alienta,
A mas sublime galardon aspiro;
Que á verme aborrecido y admirado
Prefiero ser oscuramente amado.

—

No quiero yo que en asordante estruendo,
Al través de los siglos, mi renombre,
Como el rayo de Júpiter tremendo,
Con su estallido el universo asombre:
Poeta del amor, solo pretendo
Que en pia tradicion pase mi nombre
Del labio maternal al tierno niño,
Legado de purísimo cariño!

—

Que en el hogar doméstico implantado,
Como un amigo de probado celo,
En mis libros encuentre el desgraciado
Á su dolor solaz, si no consuelo;
Y aunque me arrojen del atril dorado,
Que de la choza rústica en el suelo
Aprenda de mí el párvulo el camino
Del amor de sus padres y el divino.

Y cuando el hilo de mi vida rompa
El cielo, dando fin á mi quebranto,
Que no alce en mi loor épica trompa
Algun ronco, insensible, hinchado canto:
Prefiero á la falaz mundana pompa,
De un pecho amigo el invisible llanto;
Y á que mi nombre en mármoles se ostente,
Un solo corazon que me lamente.

—

Ni quiero descansar en ostentosa
Tumba, del arte excelso maravilla;
Que cubra mi ceniza humilde losa,
Y que en la noble lengua de Castilla
Grabe la mano del amor, piadosa,
Letra veraz, lacónica, sencilla,
Que diga al extraviado caminante:
¡Duerme aqui en paz un corazon amante!

—

Tal recompensa á mis dolores pido,
Tal galardon á mi trabajo espero;
Sienta mal el laurel al afligido,
Insulta la mentira al que es sincero:
Doyte otra vez mi adios enternecido,
Lector; y por si fuere el postrimero,
Á tí encomiendo mi futura gloria...
¡Da una lágrima tierna á mi memoria!

Madrid, 12 de marzo de 1852.

NOTAS AL PROSCRIPTO.

1 *Puella*, muchacha; para los que no sepan latin, por supuesto.

2 *¡Frailty, thy name is woman!* (Shakspeare, *Hamlet*, acto primero.)

3 *Contra el miedo de un inglés.* Opinion histórica del autor.

4 *Las armas de la hermosura*, comedia extravagantísima de Calderon.

5 Estas líneas fueron escritas en enero de 1852, cuando el autor no tenia la menor idea de las pensiones que, segun se dice por ahí, piensa dar el Gobierno á algunos escritores. No tienen, por consiguiente, intencion alguna ofensiva ni para los favorecedores ni para los favorecidos; empero, si hay alguno que se crea aludido por hallarse en el caso dicho, con su pan se lo coma. Para esos es el látigo del crítico.

6 *Tres famosas bailarinas.* Nota estúpida para lo pasado; inútil para lo presente; necesaria para lo futuro.

7 *El último pensamiento de Weber* (primera parte).

8 El autor es americano, y natural de Venezuela, país en donde todavía hay esclavitud, si bien la ley de emancipacion, vigente ya hace años, va haciéndola desaparecer. Sabe que ningun gobierno puede echar sobre sí la inmensa

responsabilidad de emancipar de pronto á los esclavos, por mil razones que están al alcance de todos; pero desde su primera niñez ha visto con horror el tráfico de negros, antropofagía moral, que jamás se anatematizará lo bastante. Y aprovecha esta ocasion de protestar, una vez por todas, que en sus obras no ataca á los gobiernos ni á los hombres, sino á los vicios. La esfera del escritor que comete sus pretensiones á la justicia de la posteridad, está colocada muy por encima de todo interés ó animosidad personal.

9 Los que busquen en los escritos de esta especie solo el interés dramático ó novelesco, harán muy bien en no pasar de esta página. Los que gusten de seguir hasta el fin el pensamiento filosófico ó moral del autor en todo su desarrollo, obrarán cuerdamente en leer el presente epílogo. Para ellos se ha escrito.

Madrid, 20 *de abril de* 1852.

Puede publicarse esta leyenda en verso, titulada *El Proscripto*, cuyo autor es D. José Heriberto García de Quevedo, y que consta de 278 páginas, todas las cuales van rubricadas. — *Pio de la Sota.*

ISABEL

DE MÉDICIS,

DRAMA TRÁGICO EN CUATRO ACTOS Y UN PRÓLOGO,

de J. Heriberto García de Quevedo.

À NICOLAS ANTONIO GARCIA DE QUEVEDO,

Memoria de fraternal cariño.

UNA PALABRA AL LECTOR.

Nació el pensamiento de este drama con la lectura del *racconto* de Guerazzi titulado *Isabella Orsini;* pero el autor no ha tomado de aquella narracion sino algunas situaciones y uno que otro pensamiento filosófico. Conservando los nombres de los personajes que en la leyenda italiana figuran, ha variado el carácter de todos ellos, excepto el de Troilo, ya por creerlos poco dramáticos, ya por parecerle que, si algo ha de enseñar el teatro, no puede lograrse tal objeto sino por medio de caractéres que, al través de sus defectos ó extravíos, descubran una suma mayor de pensamientos levantados é instintos generosos.

Propio es de toda obra dramática el contener alguna leccion moral, ó cuando menos alguna máxima de utilidad práctica. El autor cree que la presente encierra un severo á par que saludable enseñamiento en el lastimoso fin de la protagonista, cuya vida, mancillada por una sola falta, se arrastra entre inconcebibles tormentos, que al cabo la conducen á padecer el último de los males, la muerte; cuando, perdonada por su único legítimo juez en este mundo, aun pudiera prometerse una larga y venturosa vida.

Profundos creyentes y sinceros adoradores de la divina religion del Crucificado, hemos procurado presentar en el cuadro final, en que el Duque perdona á Lelio su culpable aunque inmaculado amor, y este se resigna á soportar la vida, una leccion verdaderamente cristiana.

Si no hemos acertado á expresar nuestro pensamiento de una manera tangible, por decirlo así, á los ojos del único juez que en esta clase de obras respetamos, el público imparcial, culpa será, no de nuestra intencion y deseo, sino de nuestra escasa ilustracion y limitadísima inteligencia.

Madrid, 24 de diciembre de 1850.

PERSONAS.

ISABEL DE MÉDICIS.
PABLO ORSINI, DUQUE DE BRACCIANO.
TROILO ORSINI.
LELIO TORELLI.
TITTA, *veterano, confidente del Duque.*
MARÍA, } *camareras de la Duquesa.*
JULIA, }
DAMAS, CABALLEROS, PAJES, CRIADOS, ETC., ETC.

La accion pasa en Florencia á fines del segundo tercio del siglo XVI.

NOTA. Este drama fué rechazado por el difunto comité del teatro Español; posteriormente ha tenido la misma suerte con los Señores Romea y Arjona, —unas veces por *inmoral*, otras por destituido de interés, y otras acaso por considerarlo malo de toda maldad. — El autor apela de tan *respetables fallos* al único respetable en su concepto, al del público imparcial; que, si bien nadie mejor que él conoce el escaso mérito de sus obras, cree que en estos últimos dos años se han representado en nuestros primeros teatros muchos dramas inferiores á este bajo el punto de vista dramático, é inferiorísimos bajo los dos no menos atendibles de originalidad y correccion literaria.

PRÓLOGO[1].

—

Salon suntuosamente alhajado con divanes al gusto oriental. Una puerta al fondo.—Á la izquierda del espectador ventanas que dan á un jardin. —Á la derecha puertas que conducen á lo interior del palacio.—Es de dia.

—

ESCENA PRIMERA.

El Duque, Titta.

Titta. ¿Estáis resuelto á partir?
Duque. Es mi obligacion primera.
Titta. Quedaros...
Duque. ¿Qué?
Titta. Mejor fuera.
Duque. ¿Tendrás miedo de morir?
Titta. ¿Miedo á la muerte?— ¡Por Cristo!
Muy de cerca la he tratado...

1 Este prólogo, no siendo necesario para la accion del drama, el autor no lo ha escrito para ser representado. — El lector puede pues empezar por el acto primero.

Duque. Sé que eres un gran soldado;
Pero hoy vacilar te he visto.

Titta. No vacilo yo por mí;
Vacilo por vos, Señor,
Puesto que juzgo mejor
Que no os movierais de aquí.
Teneis una esposa amada,
Riquezas, poder y gloria:
Ponga fin á vuestra historia
Una vejez reposada.
¿A qué fin codiciar mas?
Ved que es insigne locura
Ir en pos de la ventura
Dejándosela detrás.

Duque. Eres sabio consejero...
— Mas tu amor á la quietud
¿Es pereza ó es virtud?

Titta. Hable por mí el caballero.
—Cuando de guerra el clarin
Sonó, ¿lo habréis olvidado?
¡Fué tan avante el soldado
Como el mejor paladin!

Duque. Con la duda...

Titta. Me agraviais.
Yo soy un siervo, un alano,
Que vos, duque de Bracciano,
Manteneis y acariciais.
No me acuerdo pues de mí;
De vos tan solo me ocupo:
Servir en suerte me cupo,

Y lëal siempre os serví.
Siete años habrá bien presto
Que me conoceis, Señor,
Y dudar de mi valor!...

Duque. Basta.

Titta. Excusad si os molesto;
Que en mas de una lid reñida,
Con el pecho ó con la espada
Paré mas de una estocada
Que os era á vos dirigida.

Duque. Cierto.

Titta. Remiso hoy me veis
En ir á la lid derecho,
Porque juzgo muy mal hecho
Que vuestra casa dejeis.

Duque. No tuve, Titta, razon;
Confiésolo sin dudar.—
¡Eh!... ¡Pelillos á la mar! (*Tendiéndole la mano.*)

Titta. (*Estrechándola con efusion.*)
¡Teneis un gran corazon!

Duque. Hablemos en paz ahora.
Ya sabes que está ajustada...

Titta. Sí, la famosa cruzada
Contra la canalla mora.

Duque. Con los tremendos desmanes
De la torva media luna,
Alarmada Europa, aduna
Sus huestes y capitanes;
Y contra el falso Mahoma
Guian al cristiano mundo

El gran Felipe Segundo,
Venecia y Génova y Roma.
Faltara yo á mi deber
Como príncipe romano
Y caballero y cristiano,
Si con todo mi poder
No lidiara por mi parte
En pro de la religion:
Fuera en mí una desercion
Abandonar su estandarte.

Titta. ¿Y vuestra jóven esposa?

Duque. Pésame, amigo, en verdad
Su dolor; pero á su edad
No es dolencia peligrosa.

Titta. Os ama con gran ternura.....

Duque. Cuando con ella me uní
Un gran error cometí
Que hoy me acuita y me tortura...
Caséme por conveniencia,
Sin calcular, por mi mal,
Ni la edad tan desigual
Ni la mayor diferencia
De genios y de opiniones.
—Ella jóven y yo anciano;
Yo guerrero veterano,
Tan áspero de razones
Como escaso de talento;
Ella blanda, cariñosa,
En el saber prodigiosa
Y en la hermosura un portento.

Ciego la ama el corazon,
Pero me siento á su lado
Confundido y humillado...
Hé aquí la mayor razon,
Titta, de aquesta partida:
No me arrastra, no; la gloria;
Que mas que alcanzar victoria
Anhelo perder la vida.

Titta. Pero...

Duque. Ella viene. — Allá fuera
Marcha luego á prevenir
Lo necesario...

(*Vase Titta por el fondo.*)

ESCENA II.

DUQUE.—ISABEL, *por la primera puerta de la derecha.*

Isabel. ¿Partir
Pensais tan presto? — Que fuera
Mas tarde juzgué. (*En tono de queja.*)
Señor,
Cuando tras la guerra vais,
Claro es que bien no os hallais
A mi lado y con mi amor.

Duque. Os engañais, Isabel;
Que fuera cual necio obrar,
Tanto bien abandonar
Por un caduco laurel;
Mas cuando el orbe cristiano

Convoca por mar y tierra
Sus falanges á hacer guerra
Al poder mahometano,
Fuera en vuestro amante esposo
Muy mal hecho y muy mal visto
Si abandonara de Cristo
El pabellon victorioso.
Nada hay pues en mi partida
Que os deba causar zozobra.

Isabel. A mi corazon le sobra
Con que expongais vuestra vida.

Duque. Dios, que á la lid nos aduna,
Velará por sus soldados.

Isabel. Son lances aventurados,
Y mudable la fortuna.
Demás, que sola, sin guia
Me dejais...

Duque. ¡ Oh ! no, Isabel :
Dejo á mi amigo mas fiel
Aquí en vuestra compañía.
Troilo se queda con vos;
Conoceis su entendimiento :
Es, como vos, un portento
En letras y artes, por Dios.
De mi sangre, es el primero
En mi amor, y en mi lugar
No pudiera, á fe, dejar
Mas cumplido caballero.

Isabel. Su talento y su virtud,
Cual vos, conozco y estimo;

Pero encuentro en vuestro primo
Demasiada juventud.
Las gentes...

Duque. Mirad, Duquesa,
No deis al vulgo atencion ;
Cumplid vuestra obligacion
De mujer y de princesa.
Y no os cureis, por mi vida,
Del monstruo del qué dirán.

Isabel. Troilo es jóven... muy galan,
Y la calumnia atrevida.

Duque. ¿Quién osará?... Mas él viene ;
Doblemos aquí la hoja.

ESCENA III.

Dichos. — Troilo, *por la segunda puerta.*

Duque. (*A Troilo.*) Mi marcha mucho la enoja.

Troilo. Sobradas razones tiene.

Isabel. ¿No es cierto, primo y señor?

Duque. ¿Vas de su parte á ponerte?

Troilo. (*A Isabel.*) No hay amor ni ley tan fuerte
Como la ley del honor.
A par que vos, esta ausencia
Deploro como un gran mal ;
Pero la aprueba lëal
El grito de mi conciencia.

Isabel. Vuestra amistad no es amor.

Troilo. Amo al Duque y le respeto ;

Mas, cuerdo, al deber someto
Mi cariño y mi dolor.

Duque. Es fuerza que os convenzais
De que mi marcha es forzosa. —
Vamos allá dentro, esposa;
Hora es de que dispongais
Lo que fuere menester
Para mi pronta partida.

Isabel. Vamos.

(*Vanse por la primera puerta.*)

ESCENA IV.

TROILO.

¡Le pesa la vida
Al lado de tal mujer!
—¡Iluso, imbécil, ingrato!
Dije mal; prudente, justo:
¡Encadenarla á su gusto
Fuera estúpido, insensato!
A dotes tan soberanas
De talento y hermosura,
¿No fué criminal locura
Unir sus heladas canas?
De sí propio fué enemigo
Al intentar tal accion;
Y así, en debida expiacion,
Se impone él propio el castigo.
—Pero... dejarme á su lado...

¡Vive Dios!... ¡Tiéneme en poco!
¡O el Duque se ha vuelto loco,
O soy tonto rematado!
Ella es virtuosa, á fe mia,
Ardua será la palestra;
Pero al fin... ya es casi nuestra
Mujer que tanto en sí fia.
(*Yéndose por la segunda puerta.*)

ESCENA V.

Titta, Julia.—*El primero por el fondo, la segunda por la primera puerta.*

Titta. ¿Y el señor Duque?
Julia. Allá dentro.
¿Con que hoy te marchas?
Titta. Sin duda.
Julia. ¿Sin cumplirme tu promesa?
Titta. No está el tiempo para burlas.
Julia. Luego, ¿de burlas me amaste?
Titta. De burlas ó veras, Julia,
De pláticas amorosas
No es ocasion oportuna.
Julia. Yo tuve fe en tus palabras.
Titta. Ciego fié yo en las tuyas.
Julia. ¿Cómo á negar pues te atreves
Obligacion...
Titta. Que se funda
En palabras, que son aire,

Y con el aire se mudan.

Julia. ¿Con qué confiesas, ingrato,
Tu perfidia?...

Titta. ¿Por ventura
Hayla en decir francamente
La verdad?

Julia. Vileza suma
Conmigo usaste...

Titta. Por Cristo,
Tu razon la saña turba.
Supon que me desposara
Contigo hoy... ¡brava locura!
Mujer de un triste soldado,
Dije mal... mísera viuda,
Pues dentro de breves horas,
Surcando la mar profunda,
El Duque y yo lucharémos
Con la inconstante fortuna.
Aguarda...

Julia. ¡El Duque!

Titta. (*Ap.*) Era tiempo.

ESCENA VI.

DICHOS.—EL DUQUE, *de viaje, con botas y espuelas.*

Duque. Adentro haces falta, Julia.
(*Vase Julia.*)
(*A Titta.*) ¡Pobre muchacha!... Te quiere.

Titta. Quiere casarse...

Duque. Es injusta

Tu opinion.
Titta. Júzgola cuerda.
Es la mujer muy astuta,
Y esta les da quince y falta
Á todas las otras juntas.
Duque. Tú la quisiste...
Titta. Algun tiempo;
Mas pasó el antojo.
Duque. Mudas
Fácilmente.
Titta. Es de hombres sabios
Mudar cuando hay causa justa.
Julia es maligna, envidiosa,
Maldiciente y testaruda.
Duque. Retrato de mano amiga.
Titta. Verdadero...
Duque. Tú la juzgas
Sevéro, á fe, en demasía;
Pero hasta aquí con gran furia
Se entra Lelio. (*Entra Lelio por el fondo.*)

ESCENA VII.

DICHOS.—LELIO.

Duque. ¿Qué ha ocurrido,
Que así te agita y conturba?
Lelio. ¡Señor! Señor! — ¿Será cierto?
Allá fuera se susurra
Que os marchais...

Duque. ¿Y bien?
Lelio. Que á Roma
Os partis á dar ayuda
Al Papa y al rey de España
Contra las banderas turcas.
Duque. Es cierto...
Lelio. ¿Y yo?
Duque. Aquí en Florencia,
Con Isabel...
Lelio. ¿En oscura
Ociosidad consumirse
He de ver mis años?
Titta. ¡Nunca!
Duque. ¿Qué dices?
Titta. Señor, me encanta
Su generosa bravura.
Duque. Hijo, aplaudo tu ardimiento;
Mas la prudencia rehusa...
Tus padres no aprobarian...
Lelio. ¿Que tuviese la ventura
De verter mi sangre toda
Por una causa tan justa?
Duque. Tanta fe, tal valentía,
Nobles son; mas prematuras:
No es tiempo...
Lelio. ¡Señor!
Duque. No es tiempo.
Véte allá dentro, y ayuda
Á Isabel...

Lelio. (*Ap.*) Voy á rogarla
Que se apiade de mi angustia.
(*Vase por la primera puerta.*)

ESCENA VIII.

Duque, Titta.

Titta. ¡Qué fuego, Señor, qué brio!
Duque. Pero ¡si aun está en la infancia!
Titta. ¡Es notable su arrogancia!
Duque. Le quiero como á hijo mio.
Aquí, de mi primo al lado,
Aprenderá á ser primero
Un cumplido caballero;
Luego se hará buen soldado.
Titta. ¿Y queda aquí vuestro primo?
Duque. Paréceme que es muy justo.
Titta. Será el suyo y vuestro gusto;
Pero...
Duque. Bien sabes que estimo
Á Troilo sobremanera,
Y á otro, por Dios, no encargara...
Pero tú...
Titta. Mas le estimara
Si con nosotros viniera.
Un hombre jóven como él
No debiera descuidar
Esta ocasion de alcanzar
Algun glorioso laurel.

Duque. Pues su esfuerzo superior
Es notorio y su hidalguía.
Titta. No aparece hoy, á fe mia,
Muy ardiente su valor.
Pugna el niño por venir,
Y él ¡contraste singular!
Prefiere aquí vegetar,
Cual si temiera morir.
Duque. ¿Por qué tal cosa supones?
— Á cuidar de mis haciendas...
Titta. No admiten tales prebendas
Los esforzados varones.
Duque. Quedar debe en esta tierra
Quien pueda por mí cuidar
Á Isabel...
Titta. Yo, en su lugar,
Preferiria ir á la guerra.
Duque. En fin, aquesto ha de ser:
Callar sobre ello es mejor.
Titta. Callo sobre ello, Señor;
Mas sigo en mi parecer.
Duque. ¡Terco!
Titta. Veraz y sincero.
Duque. Vé á apresurar la partida.
(*Vase Titta por el fondo.*)
Por mí perderá la vida...
Es lëal como el acero.

ESCENA IX.

Dichos.—Isabel, Lelio.—*Después* Troilo *y* Titta.

Duque. ¡Isabel!
Isabel. Intercesora
Vengo á vos de este doncel.
¡Por mi vida, os es mas fiel
Que amante de su señora!
Lelio. ¡Ah! ¡No!
Duque. Isabel, que consienta
No pidais en su locura.
Isabel. Ya ves, Lelio; no es cordura
Insistir.
Lelio. (*Al Duque.*) Mi pecho alienta
Con vuestras nobles lecciones...
¡No os negueis al voto mio!
Duque. Para ostentar vuestro brio
Tendréis de sobra ocasiones.
Isabel. Su calorosa impaciencia
Traté en vano de calmar.
Duque. Aguarda, Lelio, á llegar
Siquiera á la adolescencia.
Lelio. Jamás me consolaré...
Aun me tratais como á un niño.
Isabel. Pagas mal nuestro cariño.
Lelio. ¡Me teneis en poco, á fe!
Duque. (*A Isabel.*) Juro, Isabel, por mi nombre,
Que casi ya me persuado...

¡Hay rapaz tan esforzado!

Isabel. Ese niño ya es un hombre.

Duque. Mas no puedo consentir...
Tan débil... tan inexperto...

Lelio. ¡Aunque supiera ser muerto,
Llevadme!

Duque. No podeis ir.
Cesad en vuestra porfía.
¿Pensais que allá en lontananza
Funda un padre su esperanza?...

Lelio. Por él es el ansia mia.
Quince años tengo...

Troilo. (*Entrando.*) Á esa edad
No se rige bien la espada.

Lelio. (*Con despecho.*) ¡No dar ni aun una estocada
En pro de la cristiandad...
¡Rechazarme así, Señor!

Duque. Con gran razon te rechazo:
Aun falta esfuerzo á tu brazo,
Si al alma sobra valor.
Trata durante mi ausencia,
Sin las armas descuidar,
De pulir y cultivar
Tu precoz inteligencia.
Á vos lo encargo, Isabel;
Á entrambos nos le fió
Su excelente padre...

Isabel. Yo
Cuidaré por ambos de él.

Titta. (*De viaje, con botas y espuelas.*)

Ya los briosos corceles
Piafan allá enjaezados,
Por partir desesperados.

Duque. ¡Adios! (*A Isabel abrazándola.*)

Troilo. De nobles laureles
Volved la frente ceñida.

Duque. Gracias, primo.
(*Señalando á Isabel y enjugando una lágrima.*)
¡A tu cuidado
La encomiendo!... (*Abrazándole.*)

Troilo. Id descuidado.

Isabel. ¡Adios! (*Abrazando de nuevo al Duque.*)
(*A Titta, dándole la mano, que él besa.*)
¡Defiende su vida!

(*El Duque se desprende con esfuerzo de los brazos de Isabel, y sale abrazado con Lelio, y seguido de Troilo y Titta.—Isabel sollozando se deja caer en un divan, y cae el telon.*)

FIN DEL PRÓLOGO.

ACTO PRIMERO.

TRES AÑOS DESPUÉS.

La misma decoracion del prólogo.—María y Julia trabajan en labores de su sexo. — Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

María, Julia.

Julia. Por mas que en negar se empeñe,
Vuestra lealtad, todo es vano.
María. Puede mas vuestra malicia...
Julia. Contra el testimonio claro
De mis sentidos, ¿qué pueden
Los artificios del labio?
Yo vi por mis propios ojos...
María. Visteis, sí, lo que os forjaron
Vuestras bastardas sospechas.

Julia. Oi...

María. Lo que con malvado
Deseo escuchar queriais;
No lo cierto : en mas de un caso
Engañan las apariencias...
No; no es de pechos hidalgos
En tan livianos motivos
Fundar tan mortales cargos.
¿Qué ofensas os hizo, ó Julia,
Nuestra señora? Qué agravios
Puede abrigar vuestro pecho
Para ese rencor insano?
¿Tan poco os debió el benigno,
El casi materno halago
Con que nos trata, que, ciega,
Procurais su fin infausto?
¿Qué razon?...

Julia. ¿Soy por ventura
Yo la que mueve el escándalo?

María. Si no ansiais sus consecuencias,
Si temeis su fiero estrago,
¿Por qué vuestra lengua, Julia,
Da al terrible incendio pábulo?

Julia. Solo con vos comunico
Mis sospechas...

María. Y, fe dando
A tan torpes conjeturas,
¿Dais ya por averiguado

Un hecho de tal cuantía?

Julia. Mis oidos me engañaron,
Vieron fantasmas mis ojos;
Pero testigos hay hartos
Que afirman lo que yo afirmo,
Que callan lo que yo callo.
Ya veis cuán vana, María,
Es la reserva : el arcano
Que pensais tener oculto,
Ya imprudentes revelaron
Los mismos que en su silencio
Están mas interesados.

María. ¿Qué decis?

Julia. Que para todos
Los de la casa es muy claro
El amor que la Duquesa
Tiene á su primo; los raptos
De Troilo, sus crudos celos,
Sus repetidos escándalos,
Jactancias del amor propio,
Mas que de amor arrebatos,
Han hecho en Florencia público
Su torpe, ilícito trato.
Dicen que el Duque está en Roma,
Y que en brevísimo espacio
Debe estar aquí de vuelta...
¡Ay de los que halle culpados!

María. ¡Callad, callad! ¡Si os oyesen!

Julia. Ya veis que sé demasiado
Para que useis tal misterio
Conmigo.
María. Yo...
Julia. Me hago cargo
De vuestra noble conducta...
¡La Duquesa os quiere tanto!
María. Su amor con hondo respeto,
Con inmenso amor le pago.
Mi madre fué su nodriza,
Y, aunque en tan distinto rango,
Nos hizo hermanas la suerte,
Y yo como á tal la amó.
Pero, alguien viene... ¡Silencio!

(Sale Isabel por la primera puerta.—María y Julia se ponen en pié; la primera va al encuentro de la Duquesa.)

ESCENA II.

ISABEL, MARÍA, JULIA.

María. No esperaba... tan temprano...
Isabel. Me fatiga la lectura,
Y hasta el poderoso encanto
De la música no encuentra
Eco en mi oïdo cansado.
María. ¿Estáis mala?
Isabel. ¡A Dios pluguiera!

María. ¿Por qué ese deseo aciago?
Isabel. ¡Padezco mucho!
María. (*En voz baja.*) ¡Prudencia!
Julia. (*Asomada á uno de los balcones.*)
Un misterioso embozado
Se pasea en el jardin.
Isabel. ¿Quién es?
Julia. Vuestro primo acaso.
Isabel. ¿Hoy no salió á una batida?
Julia. Habrá vuelto ya del campo.
Isabel. ¡Ay triste!...
María. (*Ap.*) ¡Por Dios, Señora,
Ved que Julia!... ¡Domináos!
Isabel. Dices bien... ¿Y el paje Lelio?
Há dias que de mi lado
Se aparta... Apenas me sirve.
María. Anda triste y cabizbajo.
Isabel. ¡Rara mudanza en su genio!
María. Cierto.
(*Se oye el preludio de un laud.*)
Isabel. ¿Qué es eso?
Julia. El tapado
Caballero es quien preludia;
Se acerca con lento paso
Hácia aquí... ¿Será por suerte
El Señor?... (*Retirándose del balcon.*)
Isabel. Callad.
Julia. Ya callo.

Lelio. (*Cantando en el jardin.*)
« Sumido en amarga pena,
Y mas bien muerto que vivo,
Gime el mísero cautivo
Al compás de su cadena;
Pero el mal que le enajena,
Tan impío,
Tiene un inmenso dulzor...
¡Responde, corazon mio!
¿Será amor? »
Isabel. ¡Oh, qué dulcísima trova!
María. ¡Expertísimo cantor!
Isabel. ¡El alma su canto arroba!
Julia. El paje es el trovador.
Isabel. ¿El paje dijiste? ¡Necia!
¡Si nunca supo cantar!...
Julia. Es su voz...
María. ¿Tan poco aprecia
Una voz tan singular?
Julia. Torna el preludio... (*Acercándose de nuevo al balcon.*)
Isabel. Escuchemos...
María. Alejáos del balcon;
No calle porque le vemos.
Isabel. ¡Quedo... quedo... corazon!
Lelio. (*Cantando.*) « Es un noble sentimiento
Que le encanta y le sofoca,
Mal que no dice la boca
Ni lo sabe el pensamiento;

Y hay en el hondo lamento
De agonía,
Juntos placer y dolor...
¡Alma, responde, alma mia!
¿Será amor?»

Isabel. El paje fué... conocí
Ahora su voz; era él.
—Llamadle, Julia.

Julia. ¡Doncel!

Lelio. Julia, ¿estabais vos allí?

Julia. Sí: venid; que os quiero dar
El parabien merecido.

Lelio. Me dejais, á fe, corrido.
¡Qué llegarais á escuchar!

Julia. ¡Subid! (*Quitándose del balcon.*)

Isabel. Sorprende, en verdad,
El que tuviese así oculto
Que daba al arte tal culto.

María. Modestia...

Isabel. Sí.

Julia. (*Ap.*) O vanidad.

ESCENA III.

Dichas. — Lelio.

Lelio. (*Por el fondo.*) Julia... Mas ¡cielos!... ¿qué veo?
¿Vos tambien aquí, Señora?

Isabel. ¿Juzgas que vine en mal hora
Á oir al moderno Orfeo?
Lelio. Señora... no... Perdonad:
Á saber que aquí estuvierais...
Cantar donde vos oyerais
Fuera...
Isabel. ¿Qué?
Lelio. Temeridad.

(*María y Julia se retiran.—La Duquesa se sienta en un divan á alguna distancia de las ventanas.*)

Isabel. Pues te he oido, como ves.
Lelio. (*Ap.*) ¡Imprudente, pesia á mí!
Isabel. Acércate mas... aquí...
Siéntate, paje, á mis piés.
(*Lelio se sienta en un almohadon á los piés de Isabel.*)
¿Quién te ha enseñado á cantar
Tan dulce trova?
Lelio. (*Con arrebato.*) ¡El amor!
Isabel. ¿Qué?
Lelio. (*Reprimiéndose.*) Del arte seductor...
(*Ap.*) ¡Dolor, aprende á callar!
Isabel. Debes, Lelio, proseguir
En el noble aprendizaje...
Mas ¿por qué el gallardo paje
Se obstina há tiempo en vivir
De nuestra vista apartado?
Lelio. Señora... yo...
Isabel. No lo entiendo...

Hay algo que no comprendo...

Lelio ¡Que me hace muy desgraciado!

(*Involuntariamente.*)

Isabel. Abreme tu corazon...

Lelio. No tengo ningun secreto. (*Con esfuerzo.*)

Isabel. Tal padecer... sin objeto...
¿Acaso alguna pasion
Te atormenta? ¿Por qué callas?
Por qué ocultas tu dolor?
Conozco el mal del amor;
Tambien sufrí sus batallas.

Lelio. Señora, os equivocais;
No es ese mi padecer.

Isabel. Entonces, ¿qué puede ser?
¡Habla, Lelio!

Lelio. No insistais...

Isabel. ¿De mi afecto desconfias?
— Fióte á mí tu buen padre,
Casi puedo ser tu madre,
Y lo soy, si no por dias,
Por amor; — es justo que abra
Un hijo á su madre el pecho...
De amor es tu mal sospecho...

Lelio. ¡No pronuncieis tal palabra,
Por Dios, Señora, otra vez!

Isabel. ¡Si estoy leyendo el arcano!

Lelio. ¡Señora!

Isabel. ¡Amor sobrehumano!

Lo leo en tu palidez.
Mal es de la juventud,
Que yo tambien padecí;
¿Juzgas que hasta hoy no advertí
Tu desusada inquietud...
Lelio. (*Ap.*) ¡Con mil angustias batallo!
Isabel. Y de tu brazo el temblor
Cuando, lëal servidor,
Para montar á caballo
Me ayudabas? Y con frente,
Cuanto pálida, afligida,
Al través de la batida
Seguirme, el que, antes valiente,
Lleno de bélico ardor,
A las fieras perseguia,
Y antes mejor parecia
Guerrero que cazador?
Si es amor, ¿por qué ocultar,
Paje, tu mal verdadero?
¿No habrá puesto el caballero
Su amor en bajo lugar?
Y si en demasiado altivo
Sugeto lo hubieres puesto,
Por lo noble y por lo apuesto,
No debes hallar esquivo
El corazon de tu dama;
Que no hay diferencia tal,
Que no alcance á hacer igual

De amor la patente llama.
— Demás, que por tu talento
Y animoso corazon
Optar puedes con razon
Al mas alto casamiento.
Serena pues la faz mustia;
Fíame un mal que ya sé:
Nada, Lelio, omitiré
Para mitigar tu angustia.
Vamos... nómbrame al objeto
De tan acendrado amor...

Lelio. No os canseis: me manda honor
Guardarlo siempre secreto. (*Con decision.*)

Isabel. Guardadlo, paje, en buen hora.
¡No pensé tal galardon
Alcanzar!...

Lelio. ¡Por compasion,
No lo hayais á mal, señora!
Al callaros mi tormento,
¿No veis, ¡ay! Señora mia,
Del corazon la agonía,
La lucha del pensamiento?
Si al abrir mi corazon...

Isabel. (*Ap.*) ¡Que sospecha!

Lelio. Si al decir
Mi mal, debiera morir,
Yo...

Isabel. Basta: teneis razon. (*Con dignidad.*)

Lelio. Pero no me me retireis,
Por un silencio forzoso,
Ese afecto cariñoso...
Isabel. No, Lelio; lo mereceis.
Lelio. Merecerlo siempre espero.
Isabel. De ello está el pecho seguro.
Lelio. ¡Y aquí, Señora, os lo juro
Por mi fe de caballero! (*Levantándose.*)
Isabel. ¡Gracias, gracias! — Yo tambien
Necesito ser amada:
Temida soy; adulada
De muchos... Mas sabes bien
Que á una alma llena de amor,
Á un corazon de mujer,
No basta, no, del poder
El fausto deslumbrador.
De mi estrella la inclemencia,
En mi juventud florida,
Condenóme á aquesta vida
De glacial indiferencia;
Que no casó enamorado
Conmigo mi ilustre esposo:
Casó el capitan famoso
Solo por razon de estado.
Y dejándome en mi tierra,
Aunque ya avanzado en años,
Se fué á países extraños
Tras los triunfos de la guerra.

Mi padre solo me amaba
Con andiente idolatría,
Él solo me comprendia,
Él solo me aconsejaba!
¿Por qué al morir me dejaste,
Padre mio, de este mundo
En el piélago profundo?
¿Por qué ¡ay Dios! no me llevaste
Contigo? — Y no que aislada
En tan borrascoso mar,
¿Qué pude hacer mas que errar,
De tu amor abandonada?
¿Cuál, al fin, será mi suerte?

Lelio. (*Doblando una rodilla.*) Su final decreto ignoto
No sé; mas hago á Dios voto
De ser vuestro hasta la muerte!

(*En este instante aparece Troilo por el fondo. — Lelio se levanta lentamente; los dos hombres se dirigen una mirada de mortal amenaza.—Isabel da un paso hácia Troilo.*)

ESCENA IV.

ISABEL, LELIO, TROILO.

Isabel. Primo y señor, bien venido:
Tomad parte en mi contento...
Troilo. Contento... ¿cuál?
Isabel. Há un momento

Nada mas, que aquí he sabido
Que Lelio es un gran cantor.
Troilo. Há tiempo, señora mia,
Que yo ese arcano sabia;
Será un noble trovador.
Isabel. Cierto.
Troilo. De un mes á esta parte
Sé de este mozo el talento;
Si estudia mucho, un portento
Llegar puede á ser del arte.
Mas al dar como invencion
Una tan vieja noticia,
Renovarais la injusticia
De Vespucio con Colon.
Isabel. Yo... no...
Troilo. Con vuestra licencia,
De esto podrémos hablar
Otra vez; á reclamar
Vine un instante de audiencia.
— Es asunto de importancia.
Isabel. Bien: hablad cuando gusteis. (*Con sequedad.*)
Troilo. (*Dando á Lelio la espada y los guantes.*)
Tomad: lo colocaréis
Junto, allá dentro en mi estancia.
Y á esta pieza no volvais,
Escuchadlo con cuidado,
Mientras no fuereis llamado.
Lelio. Pienso que os equivocais.

Yo aquí estoy solo al servicio
De la señora Duquesa ;
Y si el serviros me pesa,
Pésame bien, á mi juicio.
No lo tomeis pues á mal :
Si ella misma no lo ordena,
No paso, aunque os cause pena,
De esta cámara el umbral.

Troilo. ¿Cómo?... (*Con mal reprimida cólera.*)

Isabel. ¡Paje, obedeced !

Troilo. (*Dándole de nuevo la espada.*)
Con ambas manos la espada
Tomad : es algo pesada...

Lelio. No es su peso tanto... ¡Ved!

(*Desenvainándola violentamente y haciéndola girar en torno de sí.*)

No os dé su peso inquietud ;
Que aun para empresa mayor,
Si me faltara vigor,
Sobrárame, á fe, virtud!
¡Y aun en el trance postrero,
Por mi patria y mi señora
La esgrimiera vencedora
Contra el mejor caballero!

(*Vase por la segunda puerta.*)

ESCENA V.

ISABEL. — TROILO.

Troilo. (*Sentándose al lado de Isabel.*)
Hé aquí, Isabel, cómo tu débil alma
De osados servidores te rodea.
Isabel. ¿Osados?
Troilo. ¡Insolentes!
Isabel. No sabia
De ningun insolente.
Troilo. ¿Y aun lo niegas?
Isabel. De algun ingrato sí.
Troilo. Reconvenciones
Tan inútiles son cuanto molestas.
Con lo que vi, negar te es imposible
De ese paje el amor...
Isabel. Ni una sospecha
Tuve yo de su amor hasta este dia.
Troilo. Luego ¿que habló de su pasion confiesas?
Isabel. No dije tal: mirándole afligido,
Pálido y macilento, con incierta
Planta evitar, como severo anciano,
De saraos, de bailes y de fiestas
El estruendoso, atronador tumulto,
Que siempre es grato en nuestra edad primera,
Le interrogué esta noche...

Troilo. ¿Y á tus plantas
Confesó de su amor la llama ciega?
Isabel. Confesó de su pecho la agonía;
Mas la causa negó de su dolencia.
Troilo. ¡Cobarde disimulo!
Isabel. Esfuerzo digno
De heróica cuanto rara fortaleza.
Troilo. ¡Es un héroe el doncel!
Isabel. ¡Altas lecciones
Nos da su corazon en la ardua prueba!
Troilo. Muy bien: así será;—pero yo exijo
Que vuelva el paje á la mansion paterna.
Isabel. ¿*Exijo* dicho habeis?—¿Con qué derecho
Leyes dictais en casa que no es vuestra?
Troilo. ¿Me negaréis, Señora, el que me asiste
De estorbar que de amores os requiera
Otro hombre?
Isabel. Harto me oprime el torpe yugo
Del negro crímen que en mis hombros pesa...
—Pero ¿olvidais que mi señor y esposo
Como á hijo ama al paje?
Troilo. Aunque así fuera,
Yo lo exijo!
Isabel. ¡Jamás!
(*En este momento se oye una fuerte campanada.*)
Troilo. ¡Rumor extraño!
¿Quién llamará á estas horas á la puerta?
Isabel. Acaso el Duque.

Troilo. (*Con pavor, levantándose.*)
¡Oh Dios!... ¡Y yo perdido!

Isabel. (*Ap., mirándole con desprecio.*)
¡Por hombre tal vivir en la vergüenza!

ESCENA VI.

DICHOS. — MARÍA. — *Luego* TITTA *y* JULIA.

Isabel. (*A María.*) ¿Qué ocurre?
María. En este instante desde Roma
Un escudero presuroso llega
Del Duque mi señor, y solicita
Entregaros un pliego...
Isabel. Al punto venga.
(*Vase María.*)
Troilo. ¡Isabel!
Isabel. ¿Qué quereis?
Troilo. En riesgo estamos.
Isabel. Solo morir mi corazon desea.

(*Entra Titta en traje de camino;—detrás de él María y Julia.— Titta dobla una rodilla en tierra, y presenta á su ama una carta sobre un cojin de terciopelo carmesí.*)

Titta. Del Duque mi señor.
Isabel. (*Tomando la carta.*) ¿Cómo quedaba?
Titta. Vuecencia lo verá por esas letras.
Isabel. Levanta. — (*Lee la carta.*)
Dirás, Julia, al mayordomo

Que dé á Titta la usada recompensa
Del correo lëal. No; que la doble,
Pues tan grata nos es la fausta nueva
Que hoy nos trajo.

(*Vanse Titta y Julia.*)

(*A Troilo.*) En su carta el Duque anuncia
Que en breve se prepara á dar la vuelta
Á esta ciudad. — Señor, muy buenas noches.

(*Poniéndose en pié.*)

Troilo. ¡Escuchad! (*En voz baja.*)
Isabel. Es ya tarde.
Troilo. (*Como antes.*) ¿No recela
Vuestro pecho?...
Isabel. Fïad. — ¡Hasta mañana!

(*Yéndose con María.—Troilo la acompaña hasta la primera puerta.*)

Troilo. ¡En riesgo tal, y plácida, serena
Se retira! — ¡Oh mujeres! — ¡Maldecido
El necio vil que á vuestro amor se entrega!

(*Sale por la segunda puerta, y la cierra. — Titta y Julia vuelven por el fondo.*)

ESCENA VII.

TITTA. — JULIA.

Julia. Ya se ha entrado la Duquesa...
¡Adios!
Titta. Tenemos que hablar.

Julia. Di pronto.

Titta. Cachaza, Julia.

Es cosa de gravedad.

Me interesa...

Julia. Y ¿qué me importa?

Titta. Nos interesa...

Julia. Tal cual.

Titta. ¡Te amo, Julia! (*Ap.*) ¡Vive el cielo!

¡Mentir yo!

Julia. ¿Dices verdad?

Titta. Me cansa ya aquesta vida

De agitacion y de azar,

Y ansio, en fin, por un puerto

De calma y seguridad.

Los años pasan, y es hora

De que se empiece á pensar

En nuestra vejez...

Julia. No hay duda...

¿Nüestra vejez?... Pues no hay,

Que digamos, diferencia

Entre los dos.

Titta. Sí la habrá;

Mas piensa en que las mujeres...

Julia. ¿Soy vieja yo?

Titta. ¿Callarás?

— Hermosas como las flores,

Como las flores pasais.

Julia. ¡Eres muy amable!

Titta. Escucha.
Mas de diez años hará
Que entré del Duque al servicio :
Durante este tiempo, mas
Recibí de quince heridas,
Con él yendo á pelëar
Contra cristianos ó turcos ;
Que al fin viene á ser igual.
Há poco que allá en Lepanto
Logré su vida salvar,
Por él tomando este chirlo,
Que es, ya lo ves, muy cabal ; —
Mas, ni servicios ni golpes
Me hicieron adelantar
Un punto : soldado raso
Era entonces ; no soy mas.
No dejemos pues que un dia,
Antes del hora fatal
Del morir, nos antecoja
El hambre, yendo á parar
Mis brios y tu hermosura
A un miserable hospital.
Julia. Mas ¿cómo impedirlo?
Titta. Atiende :
— Habrás logrado ahorrar
Algunos ducados...
Julia. Poco :
Cien escudos nada mas.

Titta. Muy poco es : yo no poseo
Sino la amistad ducal.
Julia. ¿No pudiéramos sin dote
Casarnos, y trabajar?
Titta. ¿Sin dote, Julia? Imposible.
El dote es lo principal.
Julia. ¡Ingrato!
Titta. Si me interrumpes,
No acabarémos jamás.
Hay un gran medio, seguro,
Infalible...
Julia. Veamos cuál.
Titta. ¡Ahí es nada! — Si me ayudas
Con tu ingenio perspicaz,
Somos dichosos. — (*Ap.*) ¡Terrible,
Forzosa fidelidad!
Julia. Explícate.
Titta. El señor Duque
Ha llegado á sospechar
Que mientras por mar y tierra
En mas de un lance campal
Recogió lauros guerreros,
En su doméstico hogar
Se han cometido delitos
Que no ignora esta ciudad...
Julia. Y ¿qué tiene que ver eso
Con nuestras cosas?
Titta. Verás.

Quiere el Duque estar seguro
De su agravio, y á indagar
Me envió lo cierto, ofreciéndome,
En premio á mi actividad,
Quinientos escudos de oro.

Julia. Pero...

Titta. En tí consistirá
Nuestro bien: sin duda sabes...

Julia. No lo pudiera jurar...
Pero...

Titta. ¡Al grano!

Julia. Bien: es público.
Nuestra señora ocultar
No ha querido sus amores;
Y cuanto villano, audaz,
Jactóse Troilo mil veces
De un amor tan principal.

Titta. ¿Has oido?

Julia. ¡Tantas cosas!

Titta. ¿Visto tambien?

Julia. ¡Muchas mas!
Pero ya Troilo no priva...

Titta. Pues ¿quién?

Julia. El paje.

Titta. *(Con mal reprimido enojo.)* Es lëal
El paje, Julia. — ¡Imposible
Que así pague la amistad
De su señor! — En las calles

Y entre los criados poco há
Recogí algunas noticias
Que muy conformes no están
Con las tuyas. — La Duquesa
Lleva una vida ejemplar
Há mucho tiempo...

Julia. Oye misa,
Es cierto...

Titta. Su caridad
Remedia muchas miserias...

Julia. ¡Con ostentacion rëal!

Titta. Y con devota virtud...

Julia. Va mañana á confesar
Á San Francisco.

Titta. ¿Á menudo
Va la Señora?

Julia. No tal.
Juzgo que la ha decidido
La gran fama popular
De que goza fray Marcelo...
Un franciscano...

Titta. ¿Lo hará?
¿Segura estás?

Julia. Ya lo creo.
Esta mañana á escuchar
Me puse, como acostumbro,
Á la puerta; su lëal
María con ella estaba;

Y oí que antes de clarear
Irian con tal objeto
Á San Francisco.

Titta. Y ¿no hay mas?

Julia. No, que yo sepa.

Titta. (*Ap.*) ¡Ni falta!

Julia. Pero, adios; que me echará
Ya de menos la Señora.

Titta. ¡Adios!... ¡Escucha!... Á espiar
No te pongas, como sueles,
Por esa puerta.

Julia. Y ¿qué hay?

Titta. Hay... lo que á tí no te importa.
— Véte y cierra... Si á escuchar
Te pones, Julieta mia...

Julia. ¿Qué es ello?

Titta. ¡Te pesará!
— ¡Ea! ¡Adios!

(*La lleva hácia la primera puerta; luego que Julia cierra, va hácia la segunda, y escucha un instante. En seguida se asoma á la primera ventana de la izquierda y da un pequeño silbido.*)

¿Quién va?

Duque. (*De abajo.*) Yo, el Duque.

Titta. (*Sacando una escala de seda y echándola por la ventana.*)
Un breve instante... Aguardad
Que bien la escala asegure,
No suceda que os caigais.

(*En cuanto sube el Duque, recoge Titta la escala.*)

ESCENA VIII.

El Duque. — Titta.

Duque. ¡Un siglo esperar me has hecho!
Titta. No creia haber tardado.
Duque. No habrás, Titta, calculado
La ansia voraz de mi pecho.
—¿Averiguaste por fin?
Titta. Señor... lo que el vulgo cuenta...
Duque. ¡Oh! ¡Yo lavaré mi afrenta
En la sangre del malsin!
Titta. ¡Bien lo merece el traidor!
Duque. ¡Ninguno podrá escapar!
En ambos he de vengar
El ultraje hecho á mi honor!
Titta. Que á él le mateis es debido...
Mas ella tiene disculpa...
Duque. En tan grave y torpe culpa
No cabe perdon ni olvido.
Al pensar su atrevimiento,
Fuego por mis venas corre!...
Titta. No hay delito que no borre
Un firme arrepentimiento.
Duque. ¿Quién aquí nos asegura
De que ella está arrepentida?
Titta. ¿No es harta prueba la vida

De retraimiento y clausura
Que lleva?

Duque. Con torpe intento
Vive así.

Titta. El dia al rayar,
Ya mañana á confesar
De San Francisco al convento.

Duque. ¿Estás de ello bien seguro?

Titta. Julia misma lo escuchó...

Duque. (*Ap.*) ¡Qué idea!... ¡Pudiera yo!

Titta. ¡Por Dios, Señor, os conjuro!...

Duque. Vámonos... Es tarde ya.

Titta. ¡Calmad, Señor, mi agonía!

Duque. Mañana será otro dia...
¡Lo que Dios quiera será!

(*Vanse por el fondo, y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Cámara de la Duquesa. — Una puerta al fondo. —A la izquierda del espectador ventanas. — A la derecha unas cortinas pendientes de un cornisamento apoyado en dos columnas; ligeramente entreabiertas, dejarán ver un lecho. — A un lado de las cortinas una mesa con recado de escribir. —Al otro una puertecilla, por la cual entrará la Duquesa.—A la izquierda, entre las ventanas, una imágen de la Vírgen. — Delànte un reclinatorio.—Empieza á amanecer.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, *entrando como azorada.*

Isabel. Al fin en mi casa estoy...
¡Juzgué que nunca volvia!
¿Esta opresion y agonía
¡Señor! me anuncian que hoy
Ha de ser mi último dia?
Si tal es tu voluntad, (*Arrodillándose*)
Héme á tus piés resignada
Con la debida humildad!
Mas no sufra tu piedad
Que muera desesperada!

¡Oh pura Vírgen María,
Soberana intercesora
Del pecador que en tí fía,
Hácia el trono eterno guia
Á la humilde pecadora!
¡Pequé, Señora, pequé,
En la ocasion sucumbí;
Mas nunca desesperé,
Aunque en vano te imploré
Cuando cercada me vi!
¡Tú, que una lágrima pura
Derramas siempre amorosa
Sobre toda desventura,
Mírame á tus piés llorosa
Y anegada en la amargura!
¡Blando rocío del cielo,
Iris de paz y perdon
Al que padece en el suelo,
Envíame algun consuelo
En tanta tribulacion!

ESCENA II.

ISABEL; MARÍA, *por la puertecilla.*

María. Señora...
Isabel. (*Levantándose.*) Y bien, ¿no supiste
La razon?
María. Es un arcano;

No está en su celda el anciano.
Isabel. ¿Y sin saber te volviste?
María. Todo mi empeño fué vano.
Isabel. Mas ¿qué noticias te dieron?
María. Muy tarde anoche salió
De su celda, y no volvió...
Isabel. Y ¿nada mas te dijeron?
María. Nada mas.
Isabel. ¡Temíalo yo!
María. Mas, ¿vos le habréis conocido?
Isabel. Tenia el rostro encubierto.
María. Y ¿así os habeis atrevido?
Isabel. ¡Quísolo Dios! — Ten por cierto
Que el Duque en persona ha sido.
María. El Duque no pudo ser.
¿No está aun en Roma el Señor?
Isabel. Llegó á su oido el rumor
De mi culpa, y quiso ver
Qué hacia yo de su honor.
María. ¡Oh Señora!... Os engañais...
Isabel. ¡A Dios pluguiera!
María. ¡Sin duda!
Isabel. No, hermana.
María. Y ¿en qué pensais,
Señora, que alguna ayuda
Poderosa no invocais?
Isabel. Y ¿á quién he de recurrir?
María. Á Catalina de Francia.

Ella no ha de consentir
Que os haga el Duque morir...

Isabel. No piensas en la distancia
Que hay de aquí á aquella region :
El mas veloz mensajero
Llegara tarde...

María. Yo espero...
¡Me lo dice el corazon!

Isabel. No debo...

María. ¡Escribid!

Isabel. ¡Ni quiero!
Mas vale aquí, resignada.
Tranquila, esperar mi suerte,
Que allá vivir deshonrada...
¡Prefiere una alma elevada,
Á la deshonra, la muerte!

María. Y ¿así del favor divino,
Señora, desesperais?

Isabel. Me someto á mi destino.

María. Ved que no es ese el camino...
—Si á la muerte os entregais
Porque aborreceis la vida,
Faltais á vuestro deber
De cristiana...

Isabel. Puede ser...

María. ¡La cristiana arrepentida
Vive para padecer!

Isabel. Dices bien : — Voy á escribir...

¿Quién el pliego ha de llevar?

María. Mi esposo.

Isabel. Y ¿se ha de arriesgar?

María. Por veros á vos vivir
Mil muertes sabrá arrostrar.
Ahí teneis pluma y papel;
Escribid sin mas tardanza.

Isabel. ¡Ay!... temo... (*Acercándose á la mesa.*)

María. Mi esposo es fiel...

Isabel. No desconfio yo de él;
¡Pero no tengo esperanza!

María. Escribid; que el tiempo vuela.

Isabel. Voy. (*Se pone á escribir.*)

María. (*Delante de la Virgen.*) ¡Tú, cuyo amparo vela
Sobre el mísero que llora,
Haz que llegue el pliego á hora
De libertar á Isabela! (*Dirigiéndose á la puertecilla.*)

Isabel. ¿Dónde vas?

María. Voy á avisar
Á mi esposo...

Isabel. Aguárdate:
Tú misma puedes llevar...

María. Bien, Señora.

Isabel. (*Ap., cerrando la carta.*) Harto bien sé
Que va muy tarde á llegar.
¡Toma!

(*Al tiempo de ir María á tomar la carta, entra Troilo por el fondo.*)

ESCENA III.

ISABEL, MARÍA, TROILO.

Troilo. ¡Dadme acá esa carta!
Isabel. ¿Me espïabais? (*Retirándola.*)
Troilo. Sin rebozo
Lo confieso.
Isabel. Es villanía.
Troilo. No tal, pues tengo en mi abono,
Al sospechar que me venden,
Un tan claro testimonio.
¡Venga el pliego!
Isabel. No se trata
En él de ningun negocio
Que os interese...
Troilo. Muy presto
Lo he de ver, si á grave enojo
No tomais el que yo insista
En ver sus conceptos...
Isabel. (*Con dignidad.*) Loco
Debeis estar, persistiendo
En tan descortés propósito.
Troilo. Cuerdo ó loco, he de leerlo.
¡Dádmelo pues!...
Isabel. Cuidad, Troilo,
Que ya no es descortesía

Sino atrevimiento odioso.
Si cara os es nuestra gracia,
Idos luego; yo os otorgo
Perdon...

Troilo. ¿Acaso os lo pido?
Es tiempo, Isabel, que el tono
De reina olvideis : yo os mando
Que me obedezcais, y pronto!

María. ¿Mandais vos? — ¿Con qué derecho
Faltais, Señor, al decoro
Que debeis á la duquesa
De Bracciano?

Isabel. ¡Ay cielo!

María. ¿Cómo
Se atreve á mandar cual dueño
Quien debiera respetuoso
Obedecer?

Troilo. ¡Y esto sufro!

Isabel. Idos, Señor; yo os perdono
Vuestros injustos desmanes.

Troilo. Ese olvido generoso
Es inútil... ¡Venga el pliego!

Isabel. ¡Nunca! (*Con resolucion.*)

Troilo. (*Amenazándola.*) ¡Por Cristo!

María. (*Interponiéndose.*) Si torvo,
De todo así olvidadizo,
Os lanzais en el oprobio,
Antes tomaréis mi vida!

Troilo. Ved cuán fuerte es el estorbo.
(*Separandola con violencia.*)
Isabel. ¿Qué habeis hecho?
María. (*Gritando.*) ¿Á mí, criados,
Socorro!
Troilo. (*Con furia.*) ¡Callad!
María. ¡Socorro!

ESCENA IV.

DICHOS.—LELIO, *por el fondo.*

Lelio. Señora... ¡Ah!... Ya lo comprendo.
Troilo. ¿Á qué venisteis?
Lelio. ¡Heróico
Proceder, por vida mia!
Isabel. ¡Toma esta carta! (*Dándosela.*)
Lelio. (*Guardándola en el pecho.*) ¡Muy propio
De un valiente caballero!
—En combates mas gloriosos
Se ve el valor!
Troilo. ¡Insensato!
¿Osas provocar mi enojo?
¿No temes?
Lelio. De las batallas
En medio al estruendo ronco,
En peligrosas empresas
Se ha de mostrar el arrojo.

Contra pechos femeniles
No usan hombres valerosos
Sino súplicas y halagos.

Troilo. ¡Doncel!

Lelio. Por vos me sonrojo.
—No tiene la noble sangre
De un Ursino, el que sañoso
Olvida así lo que debe
Á los demás y á sí propio.

Troilo. Bien está : ¡venga esa carta!

Isabel. ¡Nunca! ¡No!

Troilo. ¡Venga!

Lelio. Blasono
De lëal : ya veis; inútil
Será vuestro empeño.

Troilo. ¡Loco!
¿Del triunfo te lisonjeas?
¡Ay de tí si de mis odios
Oigo la voz!

Lelio. Desarmado...

Troilo. Mejor : así me propongo
Antes lograr mi deseo.

Lelio. Y ¿haréis?...

Troilo. Mi derecho invoco.
De su casa hízome el Duque
Y de su esposa custodio.

Lelio. (*Al oido de Troilo.*) Y ¿osais invocar, menguado,
Un derecho?...

Troilo. Bien notorio.
¡El pliego!
Lelio. ¡No; antes la vida!
Sobre el corazon lo toco...
¡Arrancadme ambos á un tiempo!
Troilo. ¡Lo haré!...
Lelio. Con mi sangre rojo
Lo obtendréis. (*Cruzando los brazos.*)
Troilo. (*Sacando la daga.*) ¡Caiga tu sangre
Sobre tí!
Isabel. (*Interponiéndose.*) No lo haréis, Troilo;
Antes hollaréis, impío,
Mi cuerpo!
Troilo. Bien : me acomodo!
(*En ademan de lanzarse contra Isabel.*)
Isabel. ¿A mí te atreves, villano? (*Retrocediendo un paso.*)
Lelio. (*Agarrándole violentamente del brazo izquierdo.*)
¡Salid!
Troilo. ¡Juro á Dios santísimo
Que os mataré!...

ESCENA V.

Dichos.—Titta, *por el fondo.*

Titta. (*Descubriéndose con respeto.*) ¡El Serenísimo
Señor duque de Bracciano!
Troilo. ¡Cielos! (*Envainando de prisa la daga.*)

María. (*A Lelio.*) ¡Venid!

(*Salen ambos por la puertecilla.—Momentos de pausa.*)

Troilo. (*A Titta.*) ¿No venia
Tras vos el Duque?

Titta. En rigor,
Juzgo que fuera mejor;
Mas no viene todavía.

Isabel. Y ¿cómo?...

Titta. Envió á saludaros
Un propio desde el camino:
Está de aquí muy vecino.

Troilo. Bien: ya podeis retiraros.

Isabel. ¿Hoy llegará?

Titta. Muy en breve.
Echó el correo delante,
Ya pocas millas distante.

Troilo. Bien: idos.

Titta. ¿Qué diablos os mueve,
Que tanta prisa teneis?
En lides muy apretadas
No corrí á lanzas ni á espadas,
Y ¿vos aquí me correis?
No huye nunca un buen soldado,
Y aun en derrota, sereno
Se retira del terreno
En formacion y pausado.

Troilo. Gastais humor...

Titta. Como afan

Vos en despedirme infiero;
Mas las órdenes espero...
Troilo. ¿De quién?
Titta. (*Señalando á Isabel.*) ¡De mi capitan!
Isabel. Idos, y haced que se aguarde
Al Duque como es debido.
Troilo. Ya la órden habeis oido.
Titta. Razon era. (*A Isabel.*) ¡El cielo os guarde!
(*Saluda y vase.*)

ESCENA VI.

ISABEL, TROILO.

Isabel. Y vos, ¿qué aguardais ahora?
Troilo. Tenemos mucho que hablar.
Isabel. Ved que el Duque va á llegar.
Troilo. Sobre eso mismo es, Señora.
¡Nos amenaza á los dos,
Bien lo veis, terrible suerte!
Isabel. Tranquila aguardo la muerte
Si es la voluntad de Dios.
Troilo. Y ¿por qué hablais de morir?
¿Con tan bella lontananza,
Renunciais á la esperanza
Cuando empezais á vivir?
¿Por qué la frente abatida
Se viste de aciago luto,
Si aun verde está el dulce fruto

En el árbol de la vida?
¿Vos, amiga de la ciencia,
Cobarde desesperais,
Cuando á coger leda vais
Las flores de la experiencia?

Isabel. ¡Ay! — Enojosos me son
La vida como el talento :
¿Qué valen cuando aquí siento
Decrépito el corazon?
El alma á morir me inclina :
En vano, Troilo, os cansais...

Troilo. Con vuestro miedo agraviais
Á la clemencia divina.

Isabel. Gracias por vuestro consejo :
Guardad todo ese valor
Para vos; yo á mi dolor
El muy bastante le dejo.
Cuando mi suerte aguardar
No fuese del corazon
Constante resolucion,
¿Qué pudiera yo alcanzar
Abrazando otro partido,
Ya veis que muy bien me fundo,
Sino hacer público al mundo
Un yerro no conocido?
Lo que hoy todo el mundo ignora,
Y á muy pocos es incierto,
¿Lo hiciera yo misma cierto,

De mi error publicadora?
Mas que el delito, mi afrenta
Propalara mi temor,
Y aun mucho mas el rencor
De una venganza sedienta.
Y luego, ¿dónde lograra
Guarecer mi débil seno,
Que hierro ó lazo ó veneno
Del Duque no me alcanzara?
Y aun dejando concedido
Que hallase un seguro amparo,
¿Dó hallar contra sí reparo
Un corazon afligido?

Troilo. Mas vos...

Isabel. Del remordimiento
¿Cómo huir al torcedor?
—¡La pëor muerte es mejor
Que vivir en tal tormento!

Troilo. Pero...

Isabel. Tambien he pensado
Con alguna detencion
En la odiosa proteccion
Que se dispensa al culpado.
La amonestacion molesta
Por la ofensa á lo moral,
No ya por ser criminal,
Sino por ser manifiesta.
¡Piedad que los huesos roe,

Compasion que es un agravio,
Y amarga risa en el labio,
Que las entrañas corroe!
Y ¿vos quereis qué á tal suerte
Vaya á someterme yo?
— ¡No, Troilo, mil veces no;
Venga en buen hora la muerte!

Troilo. Nace vuestro abatimiento
De que vos no imaginais
Sino la fuga...

Isabel. ¿Encontrais
Otros recursos?

Troilo. Hay ciento.

Isabel. No los veo...

Troilo. Y practicables
Aun con mayor rapidez.

Isabel. (*Con intencion.*)
¿Se avienen con la honradez?

Troilo. No; mas son inevitables.
Pablo Ursino, vuestro esposo,
Nos quiere á entrambos ver muertos;
Pues si de esto estamos ciertos,
Y es duro trance, forzoso,
El que él haya de morir
O nosotros, ¿vacilar
Podrémos sin delirar?

Isabel. Y ¿así quereis añadir
El crímen de asesinato

A nuestro crímen? — ¡Qué horror!
¿Con un delito mayor
Borrar el otro? — ¡Insensato!

Troilo. Hijo es este del antiguo,
Y además de necesario,
No es tan horrendo y nefario;
Porque, si bien lo averiguo,
Entre morir ó matar
No es dudosa la eleccion,
Y aun la natural razon
Os lo ha podido enseñar.

Isabel. Vergüenza y horror unidos
Siente el pecho al escucharos...

Troilo. Teneis, no ès esto adularos,
Muy delicados oïdos.

Isabel. ¿Qué ley pudo autorizar,
Donde está el precepto escrito,
Que por ajeno delito
Mande al justo castigar?

Troilo. Los instantes son preciosos;
No en disputar los perdamos
Cuando en tal peligro estamos.
¡Creedme: — hay crímenes forzosos!
— Sabréis preparar sin duda
Alguna bebida süave
Que haga dormir, y que acabe...

Isabel. (*Con indignacion.*)
¡Pedid al infierno ayuda!

¡¡No manchará, no, la historia
De la heróica raza nuestra,
De otra nueva Clitemnestra
La execrable y vil memoria!
Y cuidad que si tramais
Contra el Duque mi señor
Algun designio traidor,
Á la lid me provocais!

Troilo. Por siempre vuestra fortuna
Está enlazada á la mia:
Há poco, amor nos unia;
Ahora el crímen nos aduna.
—¡Es indisoluble el lazo!

Isabel. Para los cobardes sí;
Mas yo no temo, y aquí
Con valor lo despedazo!

Troilo. Bien veo en lo que se funda
Vuestra tenaz confïanza...

Isabel. Por mí, no tengo esperanza.

Troilo. ¡Sois en fingir muy profunda!

Isabel. ¿Yo?

Troilo. Sí... ¡pérfida mujer!
Si es necesaria á tu gloria
Una víctima expiatoria,
Yo esa víctima he de ser.

Isabel. ¿Por qué no huis? ¡vive el cielo!
Si con medios no contais
Bastantes, cuantos querais
Os daré yo...

Troilo. Si recelo
Causa el puñal asesino
A quien llama con jactancia
Prima á la reina de Francia;
¿Cómo podré hallar camino
Seguro de salvacion,
Yo, sin apoyo ninguno?
Es por demás importuno,
Señora, en esta ocasion
Ese generoso alarde...
Vuestro consejo no es bueno...
— No hay mas medio que el veneno;
¡Para otro cualquiera es tarde!
Isabel. ¡Y yo os juro por mi vida
Que mi esposo vivirá!
Troilo. ¡Eso no ha de ser!
Isabel. Será:
¡Buscad vos otra salida!
Troilo. Con tan ciega obstinacion
Apresurais vuestra muerte.
Isabel. ¿Cómo?... ¿Qué haceis?
Troilo. (*Sacando la daga y amenazándola.*)
¡De esta suerte!
Isabel. (*Presentándole el pecho.*) ¡Herid en el corazon!
Troilo. (*Bajando la daga.*)
(*Ap.*) ¿Qué alcanzo con que ella muera?
¡Quiero vivir!
(*Envainando la daga, y con voz y ademan humildes.*)
¡Perdonad,

Isabel, mi ceguedad!
¡Lo que antes aquí os dijera
Olvidad! .— La sangre sube
Del corazon á la mente...
Me conduje...

Isabel. (*Con desprecio.*) Torpemente.

Troilo. Es cierto : razon no tuve.
Vos seréis, sí, perdonada :
Lo espero así y lo deseo ;
Mas cuando obtengais...

Isabel. (*Con disgusto.*) Ya veo
Adónde va encaminada
Vuestra intencion...

Troilo. ¡Alcanzadme!...

Isabel. Como há poco defendí
De vos á mi esposo aquí,
Lo haré por vos.

Troilo. ¡Ah! (*Cogiendo una de sus manos y besándola.*)

Isabel. (*Como antes.*) ¡Dejadme!

ESCENA VII.

DICHOS. — MARÍA. — *Luego* JULIA.

María. (*Entrando por la puertecilla.*)
Señora... ya partió... (*Ap.*) Con ella estaba
Este villano aun... (*Alto.*) Juzgué que sola
Estuvierais...

Isabel. (*A Troilo.*) Marcháos.
Troilo. (*Suplicante.*) ¡No al olvido!
Isabel. Seguro podeis ir...
(*Vase Troilo por el fondo.*)
María. Siento...
Isabel. No importa.
Le interesa callar... Su ira cobarde
No causa al pecho la menor zozobra.
—Mas ¿qué rumor?...
Julia. (*Entrando por el fondo.*) Ya pisa estos umbrales
El Duque mi señor...
Isabel. (*Disimulando.*) Y yo en ociosa
Plática divertida... Vén, hermàna,
Vamos á saludarle...

(*Al tiempo de ir á atravesar Isabel la puerta del fondo, entra por ella el Duque.*)

ESCENA VIII.

DICHAS.—EL DUQUE *y* TITTA.—*Luego* TROILO *y* LELIO.

Duque. (*Abrazándola.*) ¡Amada esposa!
Isabel. ¡Duque, esposo y señor!
Duque. ¡Bendiga el cielo
Esta por siempre afortunada hora!
(*Entran Troilo y Lelio.—El Duque da un paso hácia ellos, se deja abrazar por Troilo, y da á Lelio la mano, quien la besa.*)
El cielo os guarde, primo... ¡Noble paje!

Troilo. ¡Primo!...

Lelio. ¡Señor!

Duque. (*Volviéndose á abrazar á Isabel.*)

¡Cuán plácida reposa
El alma ¡ay Dios! tras la prolija ausencia,
Entre los seres que mi pecho adora!
Cuán grata al corazon es esta brisa
Del doméstico hogar, blanda, preciosa,
Que disipa las nubes turbulentas
Del pesar ó el rencor que el alma agovian!
La aura salubre de feraz campiña,
La que en las crestas de las altas rocas
Respiré alguna vez ; la embalsamada
Brisa, que va á encontrar desde la costa,
En el primer albor de la mañana,
Al navegante audaz sobre las olas ;
Ni aquel cuasi huracan con que en Lepanto
Ondulaban penachos y garzotas
Cuando triunfante el pabellon de Cristo
Cubrió las medias lunas de Mahoma ;
Alcanzaron á ser gratas al alma
Como esta brisa pura y deleitosa
De la patria mansion. ¡Aura querida,
Mas grata que el cantar de la victoria,
Y que jamás se encuentra en parte alguna
Sino so el techo de la casa propia!

Troilo. ¡Dichoso el que, cual vos, dejó su casa
Para ir á conquistar tan alta gloria!

— No se alcanza la fama en la molicie
De una vida tranquila...

Duque. La auröola
Del valor como el húmo es en la tierra,
O la espuma en la mar : — luego se borra.
(*A Isabel.*) Mas, me olvidaba ya. — Varios guerreros,
Que regiones y mares muy remotas
Recorrieron conmigo, afuera aguardan
Que los presente á vos : ruégoos, Señora,
Si á enojo no lo habeis...

Isabel. Vuestro deseo
Menor, para mí es ley.

Duque. Quien manda, otorga,
No obedece...

Isabel. Guïad...

Duque. (*A Troilo y los demás.*) Venid conmigo...
Demos á la Duquesa digna escolta.

(*Salen el Duque, Isabel, Troilo, María y Julia. — Lelio va á seguirlos, pero Titta le detiene.*)

ESCENA IX.

LELIO. — TITTA.

Lelio. ¿Qué me quereis, buen soldado?

Titta. Os quiero de corazon.

Lelio. Gracias... — Mas ¿con qué ocasion?

Titta. Por lo noble y por lo honrado

Os hice aquí detener.
Solo vos podeis salvar
Á la Duquesa...

Lelio. (*Ap., receloso.*) ¿Á explorar?...

Titta. ¡Y no hay tiempo que perder!

Lelio. Luego, ¿en peligro?...

Titta. Mortal
Se encuentra hoy, y solo vos
Podeis salvarla...

Lelio. ¡Gran Dios!
¿Supo algo el Duque?

Titta. ¡Cabal!

Lelio. ¿Cómo salvarla ¡Dios mio!
Con medios tan inseguros?

Titta. En los extremos apuros
Se ven los hombres de brio.

Lelio. ¿Cómo supo?...

Titta. Esta mañana
La oyó él mismo en confesion.
Fué diabólica invencion:

Lelio. ¡Mejor dijeras villana!

Titta. Él estaba en su derecho.

Lelio. ¡Fué cobardía!

Titta. Á pesar
De ese fuego, en su lugar,
Lo propio hubiéradeis hecho.
Mas de disputas no es hora...

Lelio. Corro del riesgo á advertirla...

Titta. Y ¿á dó vais á conducirla?
Lelio. ¿Qué sé yo?—¡Suerte traidora!
Titta. Apenas del sol la luz
Remplace la noche oscura,
La llevaréis con premura
Á la puerta de la Cruz.
Dos animosos corceles
Allí un amigo os tendrá:
¡Cuidad; que caza os dará
El Duque con sus lebreles!
Con presteza y vigilancia
Á Liorna la llevaréis,
Y allí embarcaros podeis
Para España ó para Francia;
Que contra el Duque y el mundo
Salvar puede á la Duquesa,
Si no la reina francesa,
El gran Felipe Segundo!
Sobre todo, sed prudente,
Y haced que ese corazon
No tiemble...
Lelio. ¿Qué galardon
Puedo darte?
Titta. ¡Ser valiente!
Lelio. Pero el peligro en que estás
Si se llega á descubrir...
Titta. ¿Qué me importa á mí vivir
Un dia menos ó mas?

Lelio. ¡Oh, gracias!
Titta. ¡Id!
Lelio. Sí : á los dos
Fatal nos fuera el retardo.
Titta. Yo las espaldas os guardo
Mientras viva!
Lelio. (*Dándole la mano.*) ¡Adios!
Titta. ¡Adios!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

—

Salon suntuosamente iluminado en el palacio de Bracciano. — Puertas laterales. — En el fondo arcos, que dejan ver un parterre. — En el centro una mesa dispuesta para un banquete. — Empieza á anochecer.

—

ESCENA PRIMERA.

TITTA, JULIA.

Titta. Oye... escucha...
Julia. ¿Qué me quieres?
¡Desde que el Duque llegó
Me tratas con tal despego!
Titta. (*Ap.*) ¡No se manda el corazon!
(*Alto.*) Te engañas...
Julia. No, no me engaño.
Titta. Dale, bola... ¡Vive Dios!
Julia. ¿Por mi fiel comportamiento
Merezco tal galardon?

Titta. ¡Por Cristo!
Julia. ¿Esta recompensa
Por ser lëal á mi señor?
Titta. Fuera casi todo el dia,
Ya con una comision,
Ya con otra, ¿cómo quieres
Que aquí me estuviera yo?...
Vamos... ten, Julia, mas calma.
(*Ap.*) ¡No te matara un cañon!
(*Alto.*) ¡Ea!... ¿Has visto á la Duquesa
Esta tarde?
Julia. Un hora ó dos
Hará, con el Duque estaba;
Después en su cuarto entró,
Á prepararse sin duda
Para la regia funcion
De esta noche...
Titta. ¿Has visto al paje
Desde esta mañana?...
Julia. No.
Titta. (*Ap.*) ¡Ya habrán partido!
Julia. Por cierto
Que te has vuelto preguntón...
Mas voy; que tengo á mi cargo
Muchas cosas.
Titta. Vé con Dios.
(*Vase Julia.*)
¡Cargue antes conmigo el diablo,

Que contigo cargue yo!
—Habrán partido; — ya es tiempo...
¡Sí... sí!... ¡Albricias corazon!

ESCENA II.

Titta; Troilo, *por el fondo.*

Troilo. ¡Maldito encuentro!... Isabela
Hácia aquí se dirigió...
Quiere alejarme... no hay duda...
Aun no pude encontrar hoy
Ocasion... ¡Eh!... ¡Camarada!
(*A Titta, que se va haciendo que no le ve.*)

Titta. ¿Hemos servido los dos
Juntos bajo una bandera?

Troilo. Tuviéralo á mucho honor.
El Duque, que es gran soldado,
Asegura que lo sois
Por extremo...

Titta. Solo supe
Cumplir con mi obligacion.

Troilo. Modestia...

Titta. No tal; justicia.

Troilo. Severo andais...

Titta. No con vos.
(*Dirigiéndose al fondo.*)

Troilo. ¿Dónde ahora vais?

Titta. Allá fuera;
No estoy aquí de faccion. (*Vase.*)

ESCENA III.

TROILO, ISABEL.

Troilo. No me tiene gran cariño,
Que digamos, el atroz
Matasiete; mas con arte
Lo traeré á mi devocion.
Hé aquí á Isabel...
(*Entra esta vestida con elegante sencillez.*)
Todo el dia,
Señora, anduve tras vos.
Isabel. ¿Qué quereis?
Troilo. ¡Brava pregunta!
Veros y'hablaros...
Isabel. ¡Señor!
Si encuentra un eco en vuestra alma
De un moribundo la voz,
¡Dejadme en paz!
Troilo. ¿Qué motivos
Hay para tal afliccion?
¿Sospecha acaso algo el Duque?
Al llegar ¿no se mostró
Mas que nunca enamorado?
Isabel. Es hombre de gran valor,

Y ocultar su agravio supo
Hasta mejor ocasion.

Troilo. Luego ¿juzgais que sospecha?

Isabel. No dije tal...

Troilo. ¿Veislo?

Isabel. No;
No sospecha, porque sabe
De cierto su deshonor.
¡Tal vez de huir aun es tiempo!

Troilo. Sed franca: quereis que yo
Me aleje porque mi vista
Os recuerda vuestro error;
Y con el negro fantasma
De una venganza feroz,
Pretendeis intimidarme
Como á un niño... ¡Qué baldon!
Tiempo há que nos conocemos,
Y á hablar con franqueza voy.
¿Quereis que entregue la plaza?
Lo hallo muy justo, por Dios.
—¿Con una mano la piden?
Yo con entrambas la doy;
Mas obtener antes quiero
Digna capitulacion...
Ya me entendeis...

Isabel. No os entiendo
Ni quiero entenderos...

Troilo. Soy

Muy tenaz...

Isabel. Podeis quedaros,
Si así os place.

Troilo. De los dos
Á esperar la última suerte,
Como veis, resuelto estoy.

Isabel. Dejadme ya.

Troilo. ¡El cielo os guarde!

(*Vase por la segunda puerta de la derecha.*)

Isabel. ¡Que á tal hombre amara yo!

ESCENA IV.

Isabel; Lelio, *por el fondo.*

Lelio. Por fin os hallé... ¡Aun es hora!

Isabel. Lelio, te cansas en vano.

Lelio. ¿Así á un destino tirano
Os abandonais, Señora?
¿La fineza que atesora
Mi pecho desconoceis?
— ¡No á mis ruegos os negueis!

Isabel. Yo aguardo mi suerte aquí.

Lelio. Si lo quiere el cielo así,
¡Vos sola no moriréis!

Isabel. ¿Qué dices?

Lelio. Si de esa suerte
Os rendis sin combatir,

Yo tambien quiero morir...
¡Mil veces dichosa muerte!

Isabel. ¿Tú, jóven, gallardo, fuerte,
De padre y patria esperanza,
Tú morir?... No se me alcanza...

Lelio. ¿No es harta causa el dolor?
—¡Pero antes, de ese traidor
Tomaré justa venganza!

Isabel. ¡Lelio, hijo mio, si escucha
Tu corazon mis acentos,
Nada de lances violentos!

Lelio. ¡Mi sed de venganza es mucha!

Isabel. ¿Encrudecer mas la lucha
Aun quieres de mi agonía?

Lelio. Y ¿ha de quedar tal falsía
Impune?

Isabel. No quedará;
Que Dios la castigará.
Escucha...

Lelio. Señora mia,
Á vuestra ley me sujeto:
Mientras vivais, al traidor
Respetará mi rencor;
Pero nada mas prometo.
Hasta aquel punto, secreto
El corazon guardará
El mal de que morirá;
Mas si vos moris por él,

Solo ó conmigo el infiel
Al sepulcro bajará!

Isabel. Y ¿por qué enlazar la tuya
Con mi desgraciada suerte?
¿Juzgas, paje, que su muerte
El honor me restituya?

Lelio. No... mas...

Isabel. Deja que concluya.
¿Por qué pugnas por morir
Tú, á quien guarda el porvenir,
En su tiniebla escondida,
Tan larga y honrosa vida?

Lelio. ¡Odioso me es el vivir!

Isabel. ¡Vive á hermosear la vejez
De tu cariñosa madre,
Á ser de tu noble padre
Amor y orgullo á la vez!
Con tanto honor y altivez
Encontrarás una esposa
Casta, firme y amorosa...
Hijos, del alma pedazos,
Crecerán en vuestros brazos...
¿Qué vida mas venturosa?
—Que si la noble ambicion
Sientes de pública gloria,
Lugar te dará en la historia
Tu esforzado corazon.
Modelo á un tiempo y blason

De los buenos italianos,
Verán tus conciudadanos
En tí su mayor renombre,
Y al sonar tu ilustre nombre
Se humillarán los tiranos!

Lelio. Cuadro de gozo indecible
E incomparable hermosura;
¡Mas la grandeza y ventura
Son para mí lo imposible!

Isabel. Desaliento tan horrible
Es ya desesperacion.

Lelio. (*Con arrebato.*) Pues últimos vales son
Los que nos damos aquí,
Rompa el silencio ¡ay de mí!
La angustia del corazon!
¡Os amo!...

Isabel. ¿Qué oí? ¿Te atreves,
Doncel, en momentos tales
Á enconar mis crudos males
Con palabras tan aleves?
¿Osada la lengua mueves?

Lelio. ¡Vencido fuí del dolor!
Siento por vos mas amor
Que cabe en humano ser;
Pero, fiel á mi deber,
Nunca ofendí á mi señor!
—Quiero que mi amor oigais,
No ya porque lo pagueis,

Mas porque avisada estéis
Que en vano me aconsejais.
¡No á mi acento os ofendais!
¡Os amo tanto, Señora!
¡Cuánto padecí hasta ahora
Por ocultar mi tormento
Aun del propio pensamiento!

Isabel. ¡Calla, por Dios!

Lelio. Os adora
Frenético el corazon,
Señora, desde tan niño,
Que antes en él fué el cariño
Que en la mente la razon!
Antes que vos, la pasion
De ese infame Troilo vi;
Antes que vos, conocí
Que le ibais ¡ay Dios! á amar,
Y empero, supe callar...
¡Juzgad cuánto padecí!
Por no causaros dolor,
Ni al ver su alma baja y fiera,
No os dije jamás cuánto era
Indigno de vuestro amor!
¡Dia y noche del traidor
Todos los pasos velé;
Mil veces fiel le guardé
Cuando os iba á visitar,
Y por no daros pesar,

Mil veces no lo maté!
¡Á propios y extraños ojos
Supe ocultar sus jactancias,
Y sufrí sus arrogancias
Por no causaros enojos!
¡Ved cuán punzantes abrojos
Rasgaban mi corazon!
Pues bien: de tanta pasion
¿Qué premio os vengo á pedir?
¡Dejadme con vos morir
Por único galardon!

Isabel. ¡Oh Dios mio! — ¡Cuán severo
Sois por mi culpa! — ¡Debia
Amargar mas mi agonía
Este dolor postrimero!
¡Lelio, hijo mio, yo muero
De un crímen en expiacion!
Pero tú... ¿por qué razon?
¡Tú, tan noble... tan valiente!...

Lelio. Yo tambien fuí delincuente.

Isabel. ¡Dame, Lelio, tu perdon!

Lelio. ¿Perdonaros yo, Señora?
¿De qué?

Isabel. De tu padecer:
¡Otórgame este placer,
Pues llega mi última hora!

Lelio. ¡Mi labio por vos implora
Las bendiciones del cielo!

Isabel. Adios : lleve ese consuelo :
¡Adios, paje mio!
Lelio. ¡Adios!
Isabel. Ya no hablarémos los dos
Nunca mas en este suelo!

(*Le da la mano. — Lelio la besa sollozando y doblada la rodilla. — Sale Isabel por el fondo. — Lelio se pone en pié, y enjuga con esfuerzo sus lágrimas.*)

ESCENA V.

LELIO, TROILO.

Lelio. ¡Está resuelta á morir...
Muramos pues, corazon!
(*Viendo á Troilo, que sale por la segunda puerta de la derecha.*)
Llega á mal tiempo el felon...
No pudiera resistir. (*Dirigiéndose á la izquierda.*)
Troilo. ¿Dó vais tan apresurado?
Lelio. ¡Donde no tenga la mengua
De veros!...
Troilo. ¡Tened la lengua!
Si os hallais tan agraviado,
Hable la espada por vos.
Lelio. No es oportuno el lugar.
Troilo. Pésame el veros obrar
Con tal prudencia, por Dios.
Lelio. No os dé pesar : ¡nunca es tarde
Para una justa venganza!

Troilo. Es efugio esa esperanza...
—No os juzgaba tan cobarde.
Lelio. ¿Cobarde? (*Repriméndose con esfuerzo.*)
Troilo. No siempre, no :
¡Valiente como el Cid eres
Delante de las mujeres!
Lelio. ¡Sufrir tal afrenta yo!
(*Echando mano á la espada, pero repriméndose.*)
¡Maldecido juramento!
Troilo. ¿De qué juramento hablais?
Lelio. Para el lance que buscais
No es oportuno el momento.
Mas, yo os juro que obtendré
Completa reparacïon!
Troilo. Hoy tuvisteis ocasion ;
Después... ya lo pensaré. (*Vase por el fondo.*)
Lelio. Marcha, y gózate en buen hora
Algunos momentos mas...
¡Véte... sí... No escaparás
Á mi espada vengadora!

(*Va á salir por el fondo á tiempo que entra Titta. En el punto mismo asoma el Duque por la primera puerta de la derecha, y al verlos se retira, entornándola.*)

ESCENA VI.

LELIO, TITTA.

Titta. ¿Aun estáis aquí? ¿Qué haceis?
Lelio. No me ha querido escuchar.
Titta. ¿Qué oigo?
Lelio. Prefiere esperar...
Titta. ¿La muerte?
Lelio. ¡Ay!
Titta. No lo dudeis.
—¡Tan invencible firmeza
En corazon de mujer!
Lelio. ¡La conviccion del deber
Es la mayor fortaleza!
Titta. ¡Lo siento mucho, á fe mia!
¡Se me parte el corazon!
—¡Mortal es la situacion!
—¡Si pudierais todavía!
Lelio. Cansárame, amigo, en vano.
(*Con desaliento.*) Firme aguarda su destino.
Pero el Duque...
Titta. ¡No hay camino
De aplacar su enojo insano!
Lelio. Muramos; no hay otro medio.
Titta. Pero... (*Con extrañeza.*)
Lelio. Inmenso es el dolor

Que encierra aquí dentro honor.
(*Tocándose el corazon.*)
Mas la muerte es gran remedio.
¡Adios!

(*Vase por el fondo; Titta va á seguirlo, pero el Duque le detiene.*)

ESCENA VII.

EL DUQUE. — TITTA.

Duque. ¡Tente!
Titta. (*Ap.*) ¡Por mi vida!
Es forzoso el disimulo...
(*Alto.*) Iba á ver...
Duque. ¡Lo he oido todo!
Titta. ¿Qué?... ¿Oisteis?
Duque. Y aun dificulto
Dar crédito á mis sentidos.
¡Tú!...
Titta. ¡Por el santo sepulcro!
Pésame...
Duque. Tú, el mas antiguo
De mis lëales, el único
Á quien fïé mi secreto.
El único amigo en cuyo
Afecto tuve confianza,
Venderme tambien! — ¡Confuso
Estoy al ver tu falsía!

Titta. ¡Vive Dios!
Duque. ¿Cómo seguro
Vivir de aquí en adelante,
Si ya no hay fe en este mundo?
Titta. Pésame...
Duque. Y aunque te pese...
¿Cómo lavar el impuro
Borron que echaste en tu fama?
¡Tú aconsejar!...
Titta. ¡Por Dios sumo!
Pésame, no del consejo,
Sino de que fué sin fruto!
Duque. ¡Villano!—Y ¿aun te glorias
De tu crímen?
Titta. Y me fundo.
Ahorrar quise á vuestro pecho,
No el torcedor importuno
De remordimiento aciago;
Sino ese lento, profundo,
Eterno dolor, que el alma,
Saciado el rencor sañudo,
Ha de sentir, sumergiéndoos
En el mas hondo infortunio.
Quise alejar de esas canas,
Que hoy orna el laurel del triunfo,
El baldon torpe, indeleble,
Que hará esa venganza público;
Guardar quise el noble acero

Que en tantos combates rudos
Vi en sangre de infieles tinto,
De tan noble sangre puro!
Quise, en fin, y no es del caso
Membraros aquí los muchos
Servicios que me debeis,
Pues no es noble ni oportuno;
Quise, en fin, ser compasivo
Por vos y por mí, y presumo
Que este es servicio, Señor,
Que vale por todos juntos!

Duque. Ese servicio es agravio.

Titta. Si erré, ya no me disculpo.
Aquí estoy, no me arrepiento;
¡Bañad el acero crudo
En mi sangre! — A vuestras iras
Pago mejor, no discurro.

Duque. Y ¿cuándo razon tuvieras?

Titta. Ya la razon no disputo.
Malogróse el plan...

Duque. No es dable
Que un crímen tal quede inulto.

Titta. Estando aquí la Duquesa,
Teneis razon... Medios hubo
De evitar... Mas ya no es tiempo.

Duque. ¡Ha de morir!

Titta. Y ¿el perjuro
Cómplice?...

Duque. Después... en duelo
Lëal...
Titta. Y ¿al traidor inmundo
Combatiréis sin ventajas?
— Ved, Señor, que eso no es justo.
Duque. Es caballero y mi primo;
Demás, que su vil perjurio
Llegó á mí solo hasta ahora
Por los rumores del vulgo.
He menester otras pruebas;
Y ya, del crímen seguro,
Le mataré cuerpo á cuerpo!
Titta. Y ¿si moris?
Duque. Si sucumbo,
Lego mi justa venganza...
¡A Lelio!...
Titta. ¿Al doncel? ¿Qué escucho?
¿Legar pensaréis á un niño?...
Duque. En el valor es adulto.
Titta. Débil, Señor, es su brazo.
Duque. Su corazon es robusto.
Titta. Y ¿si en las armas no es diestro?
Duque. Su razon le será escudo;
— Demás de que es invencible
Quien á sí vencerse supo.
Titta. ¿Qué decis?
Duque. Es un arcano
Que he descubierto no há mucho.

Titta. Aquí viene la Duquesa...
Duque. No sé ; — á su vista me turbo.

(*Entran por el fondo Isabel, Troilo, Lelio, damas y caballeros. El Duque va á su encuentro. Después varios pajes con platos, etc.*)

ESCENA VIII.

Dichos. — Isabel, Lelio, Troilo, etc., etc.

Duque. Esposa mia... Señores...
Mas, si no me engaño, á punto
La mesa ya nos aguarda.
Aquí vos. (*Llevando á Isabel á la cabecera.*)
(*A Troilo y demás caballeros, que le invitan á que se siente.*)
Nunca : yo el último.

(*Sentados ya damas y caballeros, Titta y los criados se colocan detrás de las sillas, y van sirviendo los manjares y escanciando los vinos.*)

Isabel. (*Ap.*) Finge bien ; mas yo en sus ojos
Leo mi muerte segura.
Troilo. (*Ap.*) ¡Nada empaña su ventura!
Duque. (*Con fingida alegría.*) Á anegar penas y enojos
Baje, señores, el vino
Del corazon á lo interno.
Escanciad, pajes... ¡Salerno!
Lelio. (*Ap.*) ¡Crudo, espantoso destino!
Duque. ¡Brindo por mi cara esposa!
Isabel. Mil gracias...

Troilo. (*Ap.*) ¡Nada sospecha!
Titta. (*Ap.*) ¡Qué bien hace la deshecha!
Troilo. No á tan bella, á mas gloriosa
Empresa, quiero brindar.
¡Brindo al campeon de Cristo!

(*Señalando al Duque.*)

Duque. (*Ap.*) ¡Mal á mis odios resisto!
Troilo. ¡Al guerrero que en el mar
De Lepanto, fué alta gloria
Nuestra, y de turcos espanto!
Duque. ¡De los muertos en Lepanto
Brindo á la eterna memoria!
Troilo. Contadnos esa batalla.
Duque. No me está el contarla bien...
Troilo. Yo os lo pido.
Lelio. ¡Y yo tambien!
Duque. (*Ap.*) ¡De rencor el pecho estalla!
(*Alto.*) Excusadme...
Titta. Yo os lo ruego
En nombre de la milicia
Que allí combatió...
Duque. Es justicia.
— Señores, ya no me niego.

(*Poniéndose en pié.—Todos se levantan, y forman en primer término unsemicírculo al rededor del Duque.*)

Contar no he menester, ni las razones
Que provocaron la inmortal jornada,
Ni el nombre de los ínclitos varones

Que allí blandieron yatagan ó espada;
No ignorais cuáles fueron las naciones
Que unieron su poder en tal cruzada,
Y así, paso á narrar la horrenda lucha
Cual la recuerdo...

Troilo. El auditorio escucha.

Duque. Ansiosos de alcanzar altos laureles,
Ardiendo el corazon, el brazo listo,
Dan vista una mañana á los infieles
Los que pelean so el pendon de Cristo.
Cubren el mar los rápidos bajeles
De una y otra nacion: jamás fué visto
Armamento mayor que el que en Lepanto
Dió al númen de la guerra eterno canto.

Cual suelen dos bandadas de gaviotas
Cruzarse en su camino en medio al cielo,
Tal corren á embestirse entrambas flotas
Sobre la mar dormida, en raudo vuelo;
Las filas ya para el combate rotas,
Solo escuchando el rencoroso anhelo,
Á la par rebramando mil cañones,
Conturban los mas fuertes corazones.

Al hórrido fragor las fieras ondas
Reluchan hácia atrás despavoridas,
Abriendo en derredor mil simas hondas,
Do las naos descienden sumergidas:
Allá en su tumba helada Epaminóndas
Despierta, en las Thermópilas Leonidas,

Y doblan del cañon los sones huecos
De Salamina y Marathon los ecos!
Mas ya el rugido cóncavo no estalla;
Y á par, cual carniceros gavilanes,
En mas terrible y singular batalla
Los cristianos se ven y musulmanes.
No hay peto fuerte ni robusta malla
Al filo de los corvos yataganes,
Ni marlota ó turbante que soporte
De las espadas el tremendo corte.
Allí se ostenta el ínclito Colonna
Digno del claro nombre de romano,
Y lidia, émulo á Marte y á Belona,
Veniero, el almirante veneciano;
Alvaro de Bazan y el buen Cardona
El blason encarecen castellano,
Y Doria el genovés y Barbarigo
Son estrago y terror del enemigo!
Mas ¿qué nombre citar junto á aquel nombre
Del príncipe español á quien fortuna
Dió en aquél dia el inmortal renombre
De humillar á la Cruz la media luna?
Niño en la faz, en el valor mas que hombre,
Digno en verdad de imperatoria cuna,
Fué en las azules ondas de Lepanto
Paladion de la fe, del turco espanto!
Allí donde mas cruda es la pelea,
El fulminante acero en sangre tinto,

Radiante como el sol la faz febea,
Vese al gran sucesor de Cárlos Quinto ;
La cabellera blonda al aire ondea,
Que envidiara el pastor del Terebinto,
Y mira en él la hueste mahometana
Al ángel puro de la fe cristiana!
En torno de él mil ínclitos iberos,
En fe profundos, en valor pujantes,
Al golpe de los fúlgidos aceros
Despedazan marlotas y turbantes ;
Y en la lucha mortal, de los primeros,
De sí da clara muestra el gran Cervántes,
En quien, al darle vida, funda España
Su mas ilustre, su mayor hazaña!
Al ostentar en la feroz palestra
Del corazon el brio soberano,
La mano entera le llevó siniestra
Un impío arcabuz mahometano ;
— Mas basta á tal varon la mano diestra
Á hacer eterno el nombre castellano,
Y sobra á España su inmortal memoria
Para nunca envidiar ajena gloria!
Otros muchos, en fin, allí lidiaron,
Y á inauditas hazañas cima dieron,
Y á sus heróicas patrias conquistaron
Lauros que con su sangre allí crecieron ;
Muchos, muriendo, el triunfo allí alcanzaron;
Otros, menos felices, no murieron ;

Mas guardará la historia en sus anales
Sus nombres y sus hechos inmortales.
¿Quién tan osado que pintar presuma
Aquel sublime horror, siempre creciente?
El vapor de la sangre espesa bruma
Forma en torno á la turba combatiente;
Brota del mar enrojecida espuma,
Cual si fuese de sangre un lago hirviente,
E inmenso sube á la region vacía
Aterrador lamento de agonía!
No hay tregua ni perdon, crudos pelean
En los puentes, de sangre espesos rios,
Y rotas las espadas, se golpean
Con los pomos informes; los impíos,
Aun fluctuando en las olas, forcejean
Con rencor implacable, y ya sin brios,
Ronco grito de triunfo dan al viento,
Y se hunden en el vórtice sangriento!
El ángel de la muerte, amedrentado
De su propio furor, trémulo ruge,
Y huyendo del conflicto, apresurado
Tiende las alas con violento empuje.
Párase un punto el viento conturbado,
Harto de sangre el mar, tremendo muje,
Y el mismo sol abrevia su carrera,
Su luz negando á lid tan carnicera!
Mas, rota ya del turco la pujanza,
Surca los mares en veloz huida,

Y se pierde en remota lontananza
Parte de sus bajeles reducida.
El triunfo que soñó nuestra esperanza
Logrado en fin, con voz enardecida
Himno al Señor de gratitud resuena,
Que el mar conturba y los espacios llena!

Isabel. (*Tomando de la mesa una copa; los demás la imitan.*)
¡Brindo del vate español
Por la memoria inmortal!

Lelio. ¡Y yo por su general,
Cuya fama eclipsa el sol!
Ambos merecen, á fe,
Nuestro sincero homenaje...

Duque. Bien ha dicho el noble paje:

Troilo. Yo brindo por vos...

Duque. No sé
Si son los fuegos del vino...
Pero ¡hay aquí tal calor!

Titta. (*Ap.*) ¡Poco se olvidó el dolor!
(*Alto.*) Estando aquí tan vecino
El jardin...

Isabel. Sí: entre las flores
Estará fresco el ambiente...

Duque. El consejo es excelente...
— Vamos al jardin, señores.

(*Da la mano á Isabel, y se dirigen todos á la puerta del fondo.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

—

Sala de armas en el palacio de Bracciano. — Una puerta al fondo, una á la derecha, otra á la izquierda. — En las paredes armaduras, armas, trofeos militares, banderas, etc., etc. — A la derecha, en primer término una mesa pequeña y dos sillones. — Una lámpara de bronce alumbra dudosamente la escena.

—

ESCENA PRIMERA.

El Duque; Titta, *por el fondo.*

Titta. Están todos recogidos.
Duque. Se acerca la hora fatal;
Pónenme al cuello un dogal
Estos odios comprimidos.
— ¡Cuánto mejor, Titta, fuera
Morir por la fe en Lepanto
Que venir oprobio tanto
Á tocar!
Titta. (*Con tristeza.*) Sí... mejor era.

(*Pausa.*)

Duque. ¿No te parece mi esposa
De perfecciones modelo?
Titta. ¡Compasiva como el cielo,
Y como un ángel hermosa!
(*Pausa.*)

Duque. (*Paseándose y hablando consigo mismo.*)
Fuera terrible impiedad
Por sola una mancha impura
Destruir tal hermosura,
Tan exquisita bondad...
Titta. ¡Fuera... el delito mayor!
La idea solo da espanto.
Duque. (*Deteniéndose.*) ¡Morir, Titta, allá en Lepanto,
Era, sí, mucho mejor!
(*Paseándose.*) ¿Avisaste al paje? —Di...
Titta. Sí, Señor: —ya le avisé.
Duque. ¡Tarda! — aquí á Isabel cité,
Y estará á las doce aquí.
Lelio... acabar es razon...
¿Tendrá miedo, que así tarda?
Titta. El miedo es pasion bastarda,
Y es noble su corazon.
Duque. No viene aun; — vé por él.
Titta. Voy... Mas, si el pecho adivina,
Vuestra alma al perdon se inclina.
(*El Duque le despide con el ademan.*)

ESCENA II.

DUQUE.

Duque. ¡Ay Isabel... Isabel!
¿Por qué fuiste ingrata, infiel,
Con el triste esposo anciano?
Por qué tu querida mano,
Mas que el puñal homicida,
Mancilló mi ilustre vida
Con este baldon villano?
¿Qué he de hacer ¡triste de mí!
En tan negra confusion?
Perdonarla no es razon;
Que á matarla vine aquí...
¿Por qué antes no sucumbí
Á bala, espada ó puñal,
En tanto riesgo campal?
—¡Por ella entonces llorado,
Por el mundo celebrado,
Fuera mi nombre inmortal!
¡Y no que, vengando ahora
De mis canas la mancilla,
Causará horror la cuchilla
Tantas veces triunfadora!
La fama deslumbradora,
En el incierto camino

De lo futuro, asesino
Me llame ¡oh mengua! tal vez...
—¿Y el sumo, el eterno Juez?
¡Cuán espantoso destino!
Y yo propio, ya saciada
Está mi venganza fiera,
¿Qué horrible suerte me espera?
¡Con planta débil, cansada,
En vejez abandonada,
Que ni un amigo tendré!
—Solo al fin me lanzaré,
Odiado hasta de mí mismo,
Del sepulcro en el abismo!
¿Qué haré, Dios mió, qué haré?
¿Será justicia mi accion,
O es criminal pensamiento
Este vértigo sangriento
Que trastorna mi razon?
¡Explícate, corazon!
Suene tu voz fuerte, clara;
¡Si el cielo me desampara
En tan amarga inquietud,
Muestra tú hidalga virtud
Con tal dolor cara á cara!
Sí: — debe el crímen expiar...
¡Préstame, Señor, tu brio,
Porque pueda el pecho mio
Tan santo deber llenar!

Pueda el brazo sustentar
En tan amargo dolor
El acero vengador;
Que, dentro al alma afligida,
Si clama amor por su vida,
Su muerte pide el honor!

ESCENA III.

DICHOS. — LELIO, TITTA.

Titta. Hélo aquí ya; — echad la culpa
Al sueño, de su tardanza.
Duque. (*Ap.*) ¿Me engañará mi esperanza?
(*Alto.*) ¿Es cierta aquesa disculpa?
Lelio. No pude, Señor, dormir;
Que no me llegué á acostar.
Duque. Entonces, ¿por qué tardar?
Lelio. No osaba, Señor, venir.
Duque. ¡No osabais!... ¿Por qué razon?
Lelio. Porque... Señor...
Duque. ¡No mintais!
Lelio. Os ruego que no insistais;
Si callo, es obligacion.
Duque. Bien. — Oid por qué os llamé.
De padre, Lelio, os serví
Desque el vuestro os trajo aquí...
Lelio. Como á tal siempre os amé.

Duque. Por razones que ignorais,
O comprenderéis acaso,
Pero que no son del caso,
Es forzoso que sepais
Que dentro de algunas horas
Quiere mi contraria suerte
Que arrostre un combate á muerte!
—Las armas tal vez traidoras
Son al esfuerzo mayor;
De la justicia á despecho,
Y contra el mejor derecho
Triunfa el destino mejor.
Yo, ya lo veis, soy anciano,
Y aunque tengo gran razon,
Y me sobra corazon,
Tal vez me falte la mano.
Ahora bien; si la fortuna
Al otro da la victoria,
¡Vos vengaréis mi memoria!
(*Atajando á Lelio.*) Valor y destreza aduna
Mi contrario...

Lelio. Aunque tuviera
Mas que humana valentía,
La razon de parte mia,
Seguro estoy, le venciera!

Duque. Pláceme oir tu lenguaje...
¡Eres valiente, hijo mio!
¡Bien se muestra en ese brio

Tu generoso linaje!

Lelio. Mas ¿por qué habeis de arrostrar,
Pudiendo yo combatir?

Duque. Porque me toca morir
O mis ofensas vengar.
— Solo quiero estar seguro,
Si me es contraria la suerte,
De que vengarás mi muerte.

Lelio. ¡Por mi fe santa os lo juro!

Duque. Cuando llegue la ocasion,
Titta...

Lelio. Mas vos me ocultais...

Duque. Os ruego que no insistais!
Callo por obligacion.
Ahora, antes que á recogeros
Vayais, en señal de amor,
Un presente de valor
Quiere mi amistad haceros.

(*Desciñéndose la espada y dándosela.*)

Recibid, Lelio, esta espada,
Que hasta hoy solo blandí yo,
Y mi esfuerzo conservó
De traicion inmaculada.
Llevadla en memoria mia:
Nunca brille en vuestra mano
Ni por motivo liviano
Ni por innoble porfía.
Aunque os lo mandare un rey,

No la esgrimais sin razon;
Mas pugnad como un lëon
Por la patria y por la ley!
En vuestra mano valiente,
Rayo de virtud y honor,
Sea espanto del traidor,
Salvacion del inocente!
No la vendais al poder
De los grandes de la tierra;
Que á veces hacen la guerra
Por capricho ó por placer;
Ni la saqueis por razones
De amor propio ó vanidad;
Que tan necia liviandad
No es de grandes corazones.
Salga el acero temido
Muy tarde en la propia ofensa;
Mas, como el rayo, en defensa
Del pobre y del oprimido;
Que en causa propia, al acero,
Nunca se debe apelar,
Sino cuando hay que vengar
El honor de caballero.

Lelio. ¡Mientras me dure la vida
La conservaré, Señor,
Digna del dueño anterior!

Duque. Por última despedida,
¡Llega, Lelio, abrázame!

Lelio. (*Abrazándole.*) ¡Padre! — ¡A mi brazo fïad!
Duque. Adios... Fio en tu lealtad.
(*Despidiéndole con la mano.*)
Lelio. Adios, Señor... (*Vase por la derecha.*)
Titta. Ya se fué.
Duque. Aun no es llegado el momento...
— Aquí, amigo, me sofoco...
Titta. ¡Vámonos afuera un poco!
(*Ap.*) ¡Me asesina su tormento!
(*Vanse por el fondo.*)

ESCENA IV.

ISABEL; MARÍA, *por la izquierda.*

(*Durante todas estas escenas, Isabel, pálida y demudada, estará como sostenida por una fuerza ficticia.*)

Isabel. Presto vendrá mi señor...
Déjame ya, hermana mia.
¡Vé; que en tan honda agonía
He menester gran valor!
María. ¿Cómo os he de abandonar,
Si sé que vais á morir?
Isabel. ¿No ves que con el vivir
Cesa tambien mi penar?
María. ¡Ay de mí!
Isabel. ¡Por Dios, hermana,
No dobles con tu ternura

Este cáliz de amargura!
María. ¿Por qué la suerte inhumana
Prolongó mi inútil vida,
Para que viera este instante?
Isabel. ¡Sé en el dolor mas constante!
Oyeme...
María. ¡Ay Dios!
Isabel. Prevenida
Ya en mi cámara dejé,
Con la justa autoridad,
Escrita mi voluntad
Postrera... Siempre te amé
Como á mi amiga mejor,
Y antes que Dios nos aparte
Quise un recuerdo dejarte
De mi fraternal amor.
Heredera te instituí
De todo cuanto poseo...
María. ¡Nunca! (*Sollozando.*)
Isabel. Es mi último deseo:
Cúmplelo, hermana, por mí.
María. ¡Ay cielo!
Isabel. (*Trémula.*) Dividirás
Entre mis criadas fieles
Mis ropas y mis joyeles
Que tú no quieras... Darás
(*Enternecida.*) Á Lelio, mi servidor,
Cuya fe te es conocida,

Prenda para él muy subida,
Aunque de corto valor,
Este anillo que he llevado
(*Quitándoselo del dedo.*)
Desde mi infancia primera...
¡Como memoria postrera
De un afecto inmaculado!
Dile que ya el lazo roto
De esta mi vida crüel,
¡Al cielo el alma por él
Elevó su último voto!
(*Empiezan á sonar las doce.*)

María. ¡Ay!
Isabel. Adios. — Llegó la hora. —
¡Hasta el cielo, hermana mia!
¡Ten fe! — Del eterno dia,
¿Qué es morir, sino la aurora?

(*María se arroja sollozando en los brazos de Isabel. — Esta la estrecha contra su corazon, y la hace entrar con esfuerzo por la puerta de la izquierda. — Al dar la última campanada de las doce asoman el Duque y Titta por el fondo. — Isabel baja el rostro, permanece como absorta en sus pensamientos.*)

Duque. Las doce son : — márchate;
¡Vigila bien al traidor!
Titta. Yo os respondo de él, Señor...
(*Vase por la derecha, dirigiendo una mirada de suprema compasion á Isabel.*)
Duque. ¡Verémos si me engañé!
(*Viendo á la Duquesa, cierra con llave la puerta del fondo.*)

ESCENA V.

ISABEL, DUQUE.

Duque. ¡Exacta sois, Duquesa, por mi vida!
Isabel. En las citas de honor es necesario.
Duque. ¿De honor?
Isabel. A todo vengo prevenida...
No mas disimuleis el sanguinario
Rencor. — ¿Qué vacilais?...
Duque. ¿La frente erguida
Os presentais á vuestro juez? — ¿Pensasteis
Que era saber morir lo suficiente
El borron á lavar con que manchasteis
Mi nombre?
Isabel. Al mas odioso delincuente
No hay castigo mayor.
Duque. Os engañasteis.
¡Qué! — ¿Bastaran de sangre algunas gotas
Tal crímen á purgar? — Y aunque las venas
Al filo de mi espada abiertas, rotas
En hirviente raudal, pura mi fama
Dejasen, — de este pecho que aun os ama,
¿Quién calmará el dolor y la amargura?
¿Qué importa al triste viejo un nombre claro,
Si ha de vivir en hondo desamparo,
Sin paz y sin honor y sin ventura?

Isabel. ¡Matadme, por piedad!
Duque. Cuando la suerte
De vos me separó, bañado en llanto,
Yo, que de bronce fuí al mayor quebranto,
Os dije : «Esposa mia, cruda muerte
Me aguarda allá tal vez ; quizá la ausencia
Dure prolijos años, y alejada
De mi amor, de mil riesgos circundada
Te verás en tu flaca inexperiencia...
Con ánimo viril sufre el embate
Que te darán ajenas seducciones
Y tus propias volcánicas pasiones ;
¡Que es mayor prez la del mayor combate!
Isabel. ¡Matadme!
Duque. »La virtud mas noble y alta
Para con Dios y el mundo, de una esposa,
Es la alma castidad : — cuida animosa
De que no haya en la tuya ni una falta!
Lauro es del hombre la mujer honesta,
Dote á las hijas es la honrada madre ;
Que no hay hombre de honor á quien le cuadre
Con familia entroncar que el vicio infesta.»
Isabel. Vengaros bien sabeis... (*Con amargura.*)
Duque. Vos al olvido
A par dando mi amor y mis lecciones,
Disteis rienda al furor de las pasiones...
Isabel. ¡Cesad... cesad, por Dios! — ¡La muerte os pido!
(*Cayendo en un sillon.—Pausa.*)

Duque. ¡Nombradme á vuestro cómplice! — ¡Mi agravio
Entero quiero oir de vuestro labio!

Isabel. ¡Jamás le nombraré!...

Duque. ¿Sentis, Señora,
Aun amor por el vil? — ¿En tanto aprecio
Le teneis?

Isabel. ¡Le abomino... le desprecio!
Pero mas no os diré. — ¡Matadme ahora!

Duque. ¡Necesito su nombre! — ¿Ois? — ¡Su nombre!
Si me lo revelais... ¡Os doy la vida!

Isabel. Yo vine aquí á morir. (*Con serena decision.*)

Duque. ¿Tan decidida
Estáis? — ¡Vuestra alma adora á ese vil hombre!
(*Pausa.*)
Escuchad, Isabel: — un alto ejemplo
De piedad voy á dar: — si sois sincera,
Os volveré mi estimacion entera...
¡Mi amor os volveré! — ¿Dudais? (*Con arrebato.*)

Isabel. (*Tristemente.*) Contemplo
Con pasmo vuestro error... ¿Juzgais que baste
El mas alto perdon á una alma altiva?
No es posible olvidar... Y aunque lo fuera,
Aunque su amor vuestra alma me volviera,
¿Cómo quereis que sin mi aprecio viva?
(*Levantándose.*)
Yo pudiera alegar en mi defensa
(*Acalorándose por grados.*)
Que vi pasar mi juventud florida

En dura, triste, solitaria vida!
Que flaca á tanta lucha, que indefensa,
Me hube al fin de rendir, si no vencida,
Cansada de lidiar; — que mi derrota
Solo un punto duró, y el pecho mio
Lloró, expïando el rápido extravio,
Un piélago de sangre gota á gota!
Que el sumo Dios, que ve desde su trono
Del corazon el hondo sentimiento,
Me ha perdonado... ¡Ay Dios!... ¡Fáltame aliento!...
¡Ay!... ¡Esposo! ¡Perdon!

(*Queriendo arrodillarse, y desmayándose. — El Duque la reclina en un sillon.*)

Duque. (*Irresoluto.*) Mi fiero encono
Muy léjos me arrastró...

(*Arrojándose á los piés de Isabel, y haciendo esfuerzos para volverla en sí.*)

¡Bien de mi vida!
¡Isabel!... ¡Vuelve en tí!... ¡Yo te perdono!
¡Mal haya mi dureza maldecida!
¡Alma noble y lëal, cuya pureza
Un crímen mancilló por culpa mia!
¡Angel de su diadema despojado,
Que sale al fin del reino del pecado,
Vuelto á la luz de su inmortal belleza!
— ¡Isabel!... Isabel! ¡Desventurado!
Y ¿la dejas morir? (*Yendo de una puerta á otra.*)
¡Titta! ¡María!

¡Socorro! —¡Por piedad, Señor, no dejes
Que la mate el dolor! —Del triste anciano
Tu soberana proteccion no alejes!

(*Titta y María salen por derecha é izquierda.*)

Titta. ¿Qué mandabais?

María. ¡Gran Dios!

(*Arrojándose á los piés de Isabel.*)

Duque. ¡Si será en vano!
¡Amigos... su dolor... mi suerte ha sido!
Conducidla á su cámara... un ruido
Se escucha... ¡Apresuráos!

(*Titta y María se llevan á Isabel. — El Duque cubre con su cuerpo la puerta.*)

¡Se aproxima
El momento feliz de la venganza!
—Que no vea al traidor... Dios le encamina...
Pero no es tiempo aun... Oculte el rostro
Del corazon la rabia vengativa.

(*Aparece Troilo por la derecha.*)

ESCENA VI.

EL DUQUE. — TROILO.

Duque. ¿Vos aquí... á tales horas? En los brazos
Del sueño era razon... (*Yendo á su encuentro.*)

Troilo. Mi amor vigila.
Juzgué oir vuestra voz, y cuidadoso...

Duque. Grandes son vuestro afecto y cortesía.
Troilo. Cumplo con mi deber...
Duque. (*Irónico.*) Sois extremado
En vuestra obligacion...
Troilo. Es ley precisa.
Duque. Mas ya que el cielo os trajo, oidme atento.
(*Sentándose y convidándole con el ademan á imitarle.*)
Troilo. (*Ap.*) ¡Si algo sospechará! (*Sentándose.*)
Duque. Mi estrella impía
Me fuerza hoy á decir palabras tales,
Que á mí no fuera dable proferirlas,
Ni escucharlas á vos, sino en las sombras,
En el silencio de la noche umbría!
(*Pausa. —Luego con violento esfuerzo.*)
Cuando dejé mi casa, ahora tres años,
El alma conociendo noble, altiva,
De mi Isabel, mas jóven, inexperta,
No quise abandonar joya tan rica
De la suerte al azar, y darla quise
Quien la fuera por mí custodia digna.
¿A quién fiar sino á mi propia sangre
Tan alta comision? — De mi familia
Tú eras el mas amado; — á tí mi nombre,
A tí fié mi fama esclarecida!
¿Te acuerdas?
Troilo. Es verdad.
Duque. Tus juramentos
Recordarás tambien. — ¡Razon precisa

Me vas á dar de tu lëal custodia!

(Extendiendo el brazo derecho sobre la mesa. — Troilo, anonadado, calla.)

— ¿Cómo la ejercitaste? — Las noticias
Que en Roma recibí llenan de oprobio,
De indeleble baldon la gloria mia!
— ¡Responde!

Troilo. *(Balbuciente.)* ¿Tan sensato caballero
Acoge con favor torpes mentiras?
¿Crédito da á la voz de la calumnia
Quien conoció del mundo la malicia?
A los que el vulgo vil juzga dichosos,

(Animándose.)

Siempre la flecha envenenada tira.
— « ¡Hagámosles llorar, dice en su rabia;
Que con el llanto purgarán su dicha! »

Duque. Dices bien; mas la fama de mi afrenta
Confirmada me fué por alta via!

Troilo. ¿Digna de fe total?

Duque. Juzga tú propio:
De mi esposa la voz me la confirma.

Troilo. ¿De Isabel?

Duque. De Isabel.

Troilo. ¿No os engañasteis?

Duque. Confesóme su crímen ella misma.
Ahora bien; — dime, Troilo: — por tus venas
La sangre que discurre es sangre mia...
¿Qué me aconsejas tú?... ¿Debo matarla?

¿Debo con mi desprecio confundirla?

Troilo. Vos teneis mas edad... mas experiencia...
No puedo...

Duque. (*Impaciente.*) Mi amistad te lo suplica.

Troilo. Entonces, primo, usad misericordia:
Lo ordena así la religion benigna.
—Fué de los grandes hombres ser clementes...
—Considere vuestra alma compasiva
La juventud, —la inexperiencia, —el fuego
De indomable pasion, —la fantasía
Ardiente, —los ejemplos peligrosos, —
El tiempo, —la ocasion; —la fuerza inicua
acaso de un destino insuperable,
Que la virtud mayor vence y domina.
—Fuera de que, si es grato á nobles pechos
Á venganzas difíciles dar cima,
Proseguir nunca fué de ánimos grandes
Las que solo queriendo eran cumplidas.
—¡Vencer á los demás es alta empresa;
El vencerse á sí propio accion divina!

Duque. Tienes razon, y yo la perdonara
Si en callar no insistiera, endurecida,
El nombre de su cómplice...

Troilo. Y ¿sospechas
No teneis?...

Duque. ¿Del traidor?—Negóse altiva
Á razones, á ruegos y amenazas;
—¡Ni aun la esperanza del perdon la haria

Confesar! (*Con marcada intencion.*)

Troilo. (*Ap.*) ¡Oh placer! (*Alto.*) Es grave culpa;
Y á saber antes yo su negativa,
Otra conducta, á fe, os aconsejara.

Duque. Luego... ¿juzgas que debo?...

(*Conteniéndose apenas.*)

Troilo. Sí: — ¡la indigna
Debe morir!

(*Oyese dentro un grito de María. El Duque lleva involuntariamente la mano á la daga.*)

(*Levantándose.*) ¿Qué es eso?

Duque. (*Muy conmovido.*) Nada... acaso
El rumor...

(*Vacila algunos instantes; luego, decidiéndose de pronto.*)

¡Voy á ver qué lo motiva!

(*Entra rápidamente por la izquierda.*)

ESCENA VII.

TROILO. — LELIO. — *Luego* TITTA *y* EL DUQUE.

Troilo. Era el único medio de salvarme.
¡Pueda Dios perdonármelo en su dia!
Mas ese grito... ¡Cielos!... ¡Qué sospecha!
¿Si Isabel revelara mi perfidia?...
—¡Parto!

(*Se dirige á la puerta de la derecha; Lelio le ataja el paso, cierra la puerta y se guarda la llave.*)

Lelio. ¡Todo lo oí! — Sacad la espada
Y defended vuestra cobarde vida!
Troilo. ¿Qué intentas, desdichado? ¿Doblar quieres
Nuestro riesgo comun? — Las crudas iras
Del Duque á entrambos hoy nos amenazan...
— ¿No temes despertar las mal dormidas
Sospechas en su alma rencorosa?
Lelio. Mi valor ante el riesgo no vacila.
El hora del morir sonó: el verdugo
Debe seguir á la sangrienta víctima.
¡Sacad la espada os digo!
Troilo. Estoy sin ella...
Me despertó un rumor mientras dormia...
Lelio. ¡Cobarde!
Troilo. Un breve plazo á los rencores
Otorga...

(Lelio se acerca á uno de los trofeos y toma una espada.

Lelio. Aquí hay espadas. ¡Harto indigna,
Bien se me alcanza, es vuestra infame diestra
De esgrimir las indómitas cuchillas
Que blandieron en ínclitas batallas
Los héroes que contó vuestra familia!
— Mas urgen los instantes. ¡Defendéos
Como un hombre, ú os juro por mi vida
Que os mato como á un perro!
(Arrojándole la espada y sacando la suya.
Troilo. ¡Vil fortuna!

¡Naufragar ya tan próximo á la orilla!

(*Va á la puerta del fondo; no pudiendo salir por allí, se dirige á la de la izquierda; pero Titta se le interpone con un hachon en la mano.*)

Titta. Por aquí no hay camino.

Lelio. ¡Presto, en guardia!
— ¡No os queda de escapar mas que está via!

(*Troilo vuelve furioso al centro de la escena, y se arroja sobre la espada.*)

Troilo. ¿Lo quiere Satanás? — ¡Cúmplase el hado!
¡Ay del que acosa al tigre en su guarida!

Lelio. ¡Decida entre ambos Dios! (*Cruzando su espada.*)

(*Lidian encarnizadamente. Titta, colocado entre ambos, alumbra el combate, á cuyo principio aparece el Duque con el semblante demudado y la daga desnuda. Al ver á los combatientes, la envaina con lentitud y se cruza de brazos.*)

Titta. ¡Jamás pensara
Que abrigase un traidor tal valentía!

Troilo. ¡Muerto soy! (*Cayendo.*)

Titta. (*Respirando con ansia.*) ¡Al infierno vaya tu alma!

Lelio. Muerte le dió la voluntad divina.
(*Bajando la espada.*)

Duque. (*Cogiendo á Lelio por el brazo izquierdo.*)
¡Cumpliste tu deber!

Lelio. (*Con suma agitacion.*) ¿Vuestra venganza?...
¿Vive, Señor?

Duque. ¡Murió!... Fué mas impía

(*Titta y Lelio se arrodillan.*)

La voz de su dolor que mis ofensas.
— ¡No la hirió mi puñal!

Lelio. (*Ap.*) ¡Fortuna inicua!
¡Desventurado amor!

(*Poniéndose en pié, arrojando la espada, y presentando al Duque el pecho.*)

¡Tambien soy reo!
¡Rompa mi corazon vuestra cuchilla!
¡Yo la amaba tambien!

Duque. (*Tendiéndole la mano.*) Lloremos juntos.
¡La justicia de Dios está cumplida!

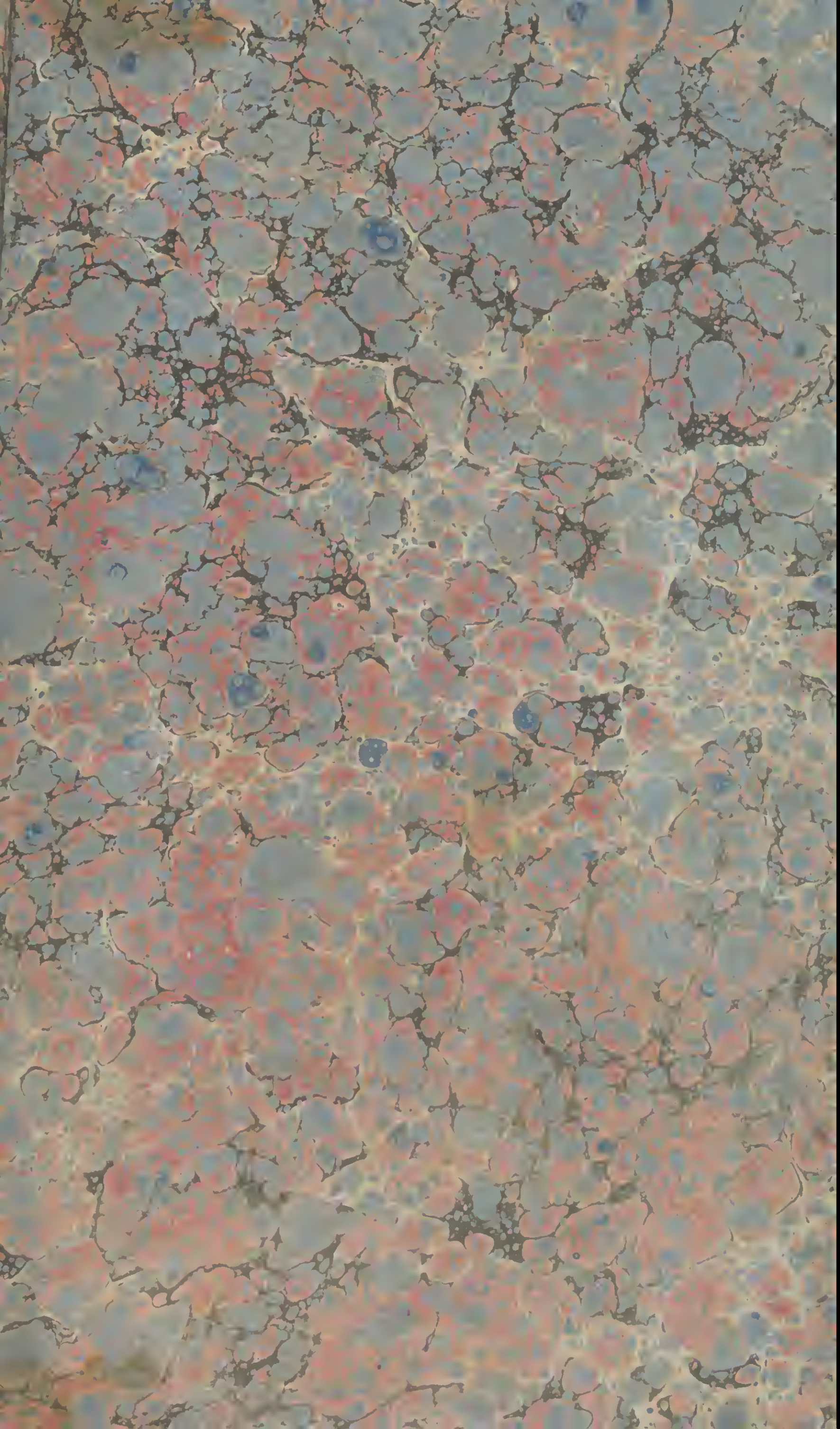
(*Mirando el cadáver de Troilo, á cuyo lado está Titta. Lelio se arroja sollozando en brazos del Duque, y cae el telon.*)

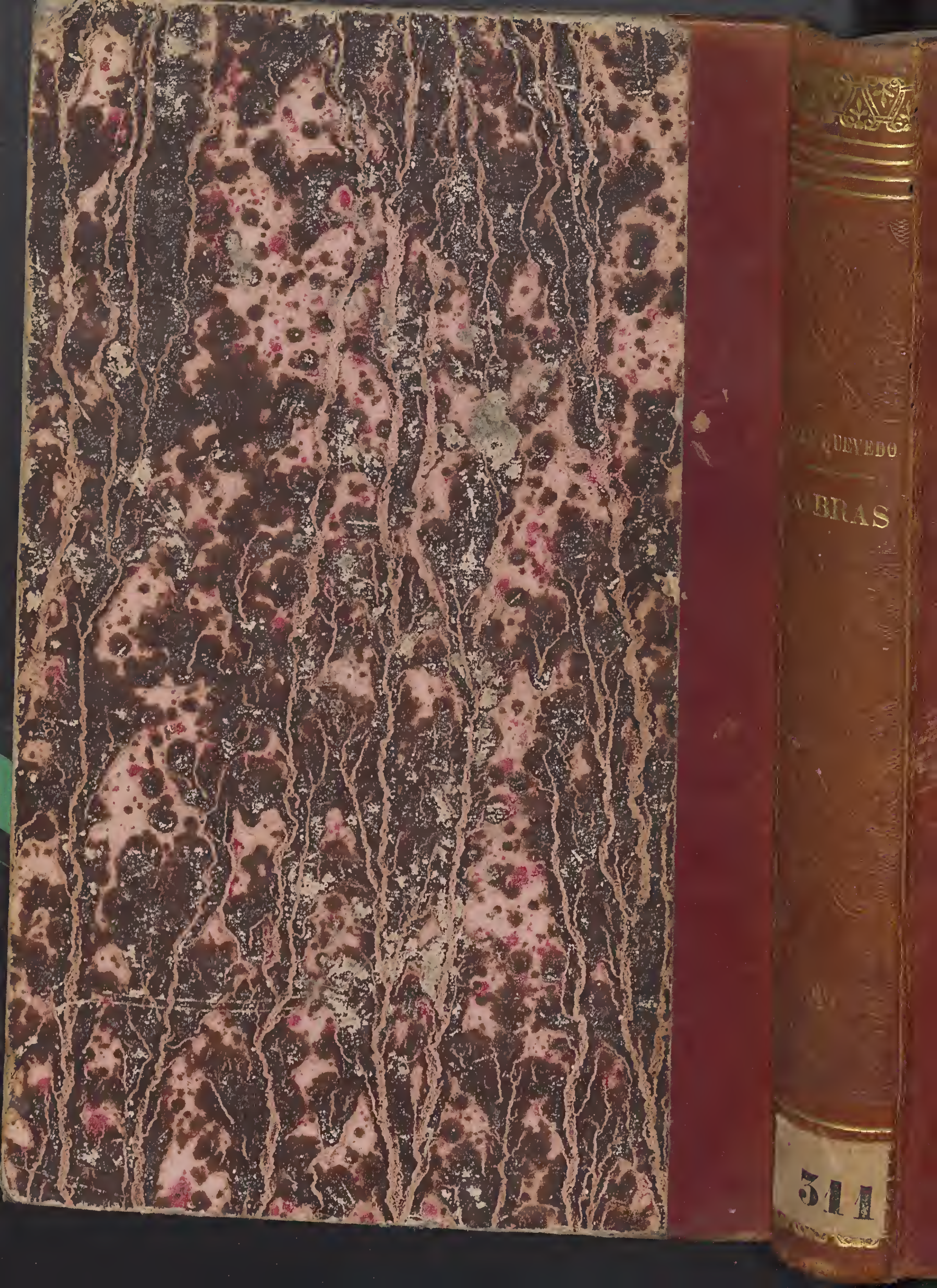
FIN DEL DRAMA.

Madrid, 16 de octubre de 1852.

Examinado por el Sr. Censor de turno, y de conformidad con su dictámen, puede representarse.—*Diaz.*






QUEVEDO
BRAS
311